

# VIVARIO

poli délano



MATTINO

**le**

EDITORIAL HUDA

colección  
fabiola

Desde sus primeros cuentos de **Gente Solitaria** (1960) hasta el presente, Poli Délano (1936) ha venido a alcanzar uno de los sitios de primera fila en la narrativa nacional. A lo largo de una década ha publicado siete libros que registran la vida y los seres de Santiago, así como también diversas experiencias de sus viajes por América, Asia y Europa. Los cuentos recopilados en **Vivario** forman un conjunto homogéneo temática y estilísticamente y representan tal vez el momento más alto de la carrera literaria de Délano. En un lenguaje desenfadado, de gran libertad expresiva, de tono coloquial y lindante a ratos con la poesía, nos acerca y nos hace penetrar en la vida y en el mundo de un enjambre de seres en toda su vitalidad, su enajenación, su añoranza del pasado. Muchos de estos cuentos ("Lloró la Milongá", "Las Arañas", "Yesterday", "Más acá de las Nubes") han obtenido importantes premios individuales; y el mismo conjunto, también bajo el título **Vivario**, llegó finalista y fue seleccionado para publicación parcial en el concurso anual de Casa de las Américas de La Habana (1970). **Editorial Huda** tiene la certeza de que los cuentos de Délano, potentes y arremetedores, acusarán un impacto fuerte en el público lector. El cuento que cierra el volumen, "Bajo la Ducha" (el más reciente escrito por el autor), ofensivo, audaz, de implacable crítica, pareciera marcar la apertura hacia una nueva ruta temática de Délano.



POLI  
DELANO

VIVARIO

Cuentos



COLECCION FABIOLA  
Santiago - Chile



Es propiedad  
Derechos reservados  
© Inscripción N° 39399

Impreso en los Talleres  
de Arancibia Hnos.  
Santiago, Chile

A  
VIVIANA DELANO,  
que cumplió 7 años y sin cuya colaboración,  
de alguna forma, este libro no se habría  
hecho.

## Más acá de las nubes

---

Y ASI, GASTANDO LAS SUELAS, LEVANTANDO UN POCO DE polvo, pateando sin querer alguna piedra, ajustándote la bufanda alrededor de la boca de rato en rato, con el jockey encajado hasta las orejas y sin murmurar, pero mascando los garabatos, caminas por la terrosa calzada en el medio de Macul la noche de ese domingo memorable, julio de 1969. Qué mierda, te vas diciendo, qué mierda, mientras no hay nadie por ninguna de las aceras y nadie asoma en las esquinas y nadie viene entrando ni saliendo por las puertas de las casas y ni siquiera pasan automóviles, ni uno solo, ni un miserable taxi, como si la ciudad hubiese sido de pronto abandonada, como si ya todos se hubiesen ido y no quedara nadie más que tú vagando en ese desconcierto; pero al menos en las ventanas se ven las luces de la vida, todos, todos estarán mirando estupefactos, y tú levantas la cabeza buscando el cielo

*todos nos íbamos a ir al cielo, el mejor lugar, allí donde se hacen humo los temores lo mismo que de niño, mirando hasta dar con él, ese cuarto creciente de las playas largas, de noches de fogata, esa luna que ahora te afanas en ver a través de nubes que le cierran el paso sin poder ocultar del todo el sitio tras el cual se halla y donde ahora, por fin, ellos se pasean. Es la misma noche y estás sentado junto a los aperos mirando cómo tu padre fuerza los brazos hasta lo más abajo y luego se despliega entero para el lance y el viaje largo de la lienza blanca parece reverberar en lo oscuro hasta que cae y se aquietta sin que puedas sentir el gloc del plomo debido al rugir incesante de las olas que también parecen avivar la noche con su espuma nívea de una nieve que aún no conoces porque nunca has visto la cordillera. Y luego, entonces, te levantas y te pones junto a él, que viene retirando, ansioso del picotón de la corvina, y lo miras justo a la cara, a los ojos, en el momento en que refulgen por el golpe y él empieza a trabajar el carrete y dice frases, "ahora, hm, ya vamos a ver" y tararea eso mismo que tararea siempre de "tuyo es mi corazón" y algo más y se va excitando y tú te pones tenso hasta que luego sale, coleando, dándose volteretas resbalosas en el aire y azotando plateadamente la arena, la corvina, la enorme, y "a faenar, cabro, a faenar" y mientras trabajas con el cuchillo con cachá de plomo que golpea fuerte, y él apera de nuevo, ya tranquilo, te dice, porque ha aparecido el cuarto menguante con su finura mesooriental, su delicadeza tenue y helada que no alcanza a derramar rayos cálidos que alumbren, te dice: *tú lo vas a ver, cabro, te dice, tú lo vas a ver, yo ya no; vas a ver los primeros viajes a la luna, que en el mundo ahora todo va muy**

*rápido* y te habla de la radio, del teléfono, del auto-móvil Ford "A" que tu tío acaba de comprarse, de los aviones, y tú piensas en el último libro que leíste, de Julio Verne y ves el dibujo en "El Tesoro de la Juventud" en que desde este planeta se tira hacia una estrella —la más cercana— un riel sobre el que marcha un tren —igual que los trenes que conoces, como ese en que hicieron el viaje entre Llo-Lleo y Melipilla— bajo el cual dice "cuarenta millones de años", ¡cuarenta millones de años a la estrella más cercana! y no entiendes entonces cómo tú vas a ver nada de eso que dice, porque después de todo Julio Verne es Julio Verne y, bueno, lo que pasa en los libros, pasa en los libros. Y ahora lo has visto, lo viste a él, el primero, descender por la escalerilla y agitar desde el último peldaño el pie, buscando, dudando, sintiendo quizás, en el estómago, ese mismo cosquilleo que tú sientes, que acaso todos estén sintiendo en ese instante, antes de que el pie vacilante se pose sobre aquel suelo incógnito, sí, lo has visto en el extraño aparato que tampoco tu padre alcanzó a conocer —cuando dijo "ver", que "verías", quiso decir "saber", que "sabrías"— y que hoy se ha metido a raja y machote en las casas —en tu propia casa no— introduciendo la imagen intrusa en un rincón de la sala, terminando con la tranquilidad de las comidas —en tu propia casa no, porque tú no tienes ninguna casa—, cerce-nando la intensidad del amor. Pero en tu propia casa no. Lo has visto poner los pies sobre la luna, dar los primeros pasos y, sin embargo, te preguntas en ese mismo momento en que todos los humanos —quizás todos no, en Asia las cosas son distintas— vibran con la emoción y la solidaridad propias del género frente a aquellos que simbolizan todo el valor, te pre-

guntas cómo se va haciendo la vida, cómo se ha ido haciendo *tu* vida, para que en ese momento te halles sentado sobre un cómodo sofá que no es tu sofá, frente a dos seres —un hombre y una mujer— que son, se dice, tus amigos y a quienes has llegado completamente solo y de quienes partirás completamente solo porque no ibas a ver la luna reflejada en una pantalla con sus nuevos visitantes, los hombres, sino que ibas solamente a estar, a contar algo, a terminar por un rato con la soledad contumaz que te llega —¿cómo?— de golpe y porrazo, precisamente porque la vida se ha ido haciendo de una manera y no de otra, y caminando así por Macul esa noche memorable resulta que tu propia incógnita es más oscura, más difícil de descifrar, más incógnita al fin, que todo el gran misterio del universo, porque ¿sí o no: *todos nos íbamos a ir al cielo, el mejor lugar?*

Y así, gastando las suelas, sin levantar ya ese poco de polvo, porque has terminado Macul y llegado a Irarrázaval desierta, donde ya no hay calzadas de tierra sino sólo asfalto, tiendas, edificios, ves de nuevo aquella imagen, el bigotazo rubio, la figura delgada alta agigantándose y las excursiones por las dunas los dos, él magnífico, tú pendejo, franqueando esos desiertos hasta el estero de los pejerreyes, hablando de todas las cosas, vaciando de a poco la cantimplora, la ves más grande aún, diciendo a tranco largo que te cuesta seguir: *el hombre cabro, es un tipo raro, nosotros nos arrepentimos más de lo que no hacemos que de lo que hacemos, pero somos bichos de carga, sabemos andar con nuestro peso al hombro, sintiendo las espaldas gachas, pero irguiéndonos.* Y ahora mismo, por Irarrázaval, te dan bajo la cintura las mismas palabras, mientras otros dos gigantes ca-

minan por la luna, se codean con las estrellas, porque la ves, te ves, y piensas en todo lo que no ha sido y hubieses querido que fuera y eso mismo, muy dentro de ti, es, porque la vida —otra vez tu padre— está más en lo que no se vive que en lo que se vive, pero entonces, ¿qué clase de pendejo eres que no puedes pasarle a las cosas sino apenas dejar que las cosas te pasen? Sin embargo, mientras sobre esa mancha luminosa que desde Irarrázaval detectas tras un nubarrón deteriorado y gris que te hace apretar la bufanda contra la boca, vas comprendiendo. No, carajo, no. O sí, carajo, sí: ¿cómo es la cosa? Ni un bar, ni una cantina abierta en todo el mundo. ¿Estará aquel poeta flaco, como lo dijo, tomándose en el mismo almacén de su pueblo el último vaso de cerveza cuando todos se hubieran ido a otros planetas? ¿Qué dices tú, Negra? ¡Qué dices tú, Negra! Tú no puedes decir nada. Confórmate con lavarte bien las manos, con reírte de los peces de colores, porque ¿dónde es arriba y dónde es abajo? Recuerda simplemente que todo es relativo, hasta el amor, ¿o no? ¿Qué oportunidad podría tener un gas-tasuela de ganarle la carrera a un Cadillac? El amor es relativo, los pesos son metálicos. Ocurre entonces que por qué. ¿Por qué? Eso es lo más difícil, sí, Negra. Piensa tú, desde tu comodidad, si es que las figuras de los selenautas haciendo rebotar piedras te dan tiempo, que por qué tú estás donde estás y yo por qué estoy donde estoy vagando solo en una ciudad desierta, donde parece que ya todos se hubieran ido, que todos estuvieran allá. Piensa, piensa que hoy, justamente hoy, hace dos horas, en el mismo instante casi en que descendían, he cumplido cuarenta y cinco años. ¿Te das cuenta, sí o no? El me dijo en una de nuestras excursiones, porque éramos grandes cami-

nantes, grandes pescadores, grandes amantes del sol y de la vida, él me dijo *eres un pajero, cabro*, porque siempre, siempre me decía “cabro”, jamás mi nombre. *Un día de estos voy a invitar a dos mujeres, una va a ser para ti*. Aquella vez no tenía ni catorce. Ahora tengo cuarenta y cinco, hoy, cuarenta y cinco, y aunque esa primera vez sobre las dunas, de noche, con luna creciente, una mujer me entregó su misterio o, más bien, me hizo descubrir el misterio mío, porque ella, escúchalo, Negra, era una puta, una puta, óyelo bien, y de alguna forma no he podido olvidarla, aunque eso, te digo y, Negra, perdona, es medianoche y quisiera tomarme un caldo, cualquiera, un consomé con huevo, porque hace frío y en la casa de los amigos —que se dice— no hay un pan cuando el hombre llega a la luna, no hay un trago de vino, tampoco, porque mirando la pantalla se está —no lo niegues, no vayas a negarlo— con el corazón en la mano. Me abisma, Negra, Negrita, que desde tu sofá pudieras estar me amando, a mí, a este pobre diablo que nunca supo, ni sabría, hacerte feliz. Un consomé, Negrita. Aunque fuera una salchicha. Una de esas salchichas que a poco no te hacen vomitar desde el primer bocado. Porque sé franca y confiesa, atrévete mucho a decir que desde ese sofá no es a mí —con todo y los astronautas— sino a él, tu ingeniero, que realmente estás amando, mientras en los bolsillos de ese traje incomprendible se echan puñados de polvo, trozos de luna, o lo que sea, atrévete a decirme que tú y yo —también—, que nosotros dos, que nosotros siempre, cuando desde la felpa lo ves todo hasta el final, cuando desde la felpa van pasando las imágenes y quieres desterrar lo tuyo y sólo ves a los hombres en la luna y te emocionas —entiendo, todos entendemos— mien-



tras también estás pensando que este pobre diablo, eso soy, un pobre diablo, que este pobre diablo va Irarrázaval abajo queriendo un caldo a gritos, pasado ya el ALMAC, pasada la florería, llegando a la calle del Estadio —donde tantas veces— y todavía más al sur, llegando de a poco, de a un poco que casi quisiera callar, esconder, a la triste pieza de las noches tristes con un velador, una cama y acaso un sueño, desde la cual una vez echado sin quitarse la ropa no pensará ya en esas maravillas del mundo moderno, sino que sólo —para no dormirse— pensará en ti y en una que otra cosa, y se preguntará como siempre, muy ingenuamente, dónde están, papá, esas corvinas plateadas, las dunas, el estero de los ciento cuarenta pejerreyes, dónde están, y después de todo, dónde está todo, ah, Negra, dónde, dime, dónde está todo lo que no sea la luna, lo que no sea estos tipos con enormes trajes que van y que vendrán sin pensar, verdad, Negrita, que aquí, aquí todavía, todavía aquí, las cosas son tan dulces, tan dulces como cuando paso a paso, igual que los superhombres en la luna, vamos llegando, también minuto a minuto, a ese sucucho negro, a esa pieza única y sin pan, sin vino, sin mujer, que en aquel entonces —digamos cuando tu padre te guiaba entre las profundidades y la luna— jamás hubieras soñado en tener.

## Como buen chileno

---

A VECES, IGUAL QUE CUERVOS MALPARIDOS ACECHAN recuerdos vergonzantes como ahora mientras espero el desayuno escuchando noticias de Japón y entonces metido entre la fila de multicolores jeroglíficos luminosos de la calleja estrecha y bullanguera bajo el torturante calor de un verano como todos, otra vez esa sensación de que se ha pasado el límite y no se puede volver atrás, de haber caminado más de la cuenta, igual que durante aquella fiesta en Santiago en la primavera de los jaleos cuando después de los disfraces, después del vino, has pasado la baranda del balcón en el segundo piso y estás no atreviéndote a saltar mientras abajo todos aguardan expectantes y alguien te grita que ya, pues, que hasta cuándo y tú sabes que de todas maneras vas a tirarte, que aunque tengas que sujetarte el poto con las dos manos no piensas echarte atrás, y lo mismo también que cuando muy orondo trepas, trepas y caminas hasta hallar-

te en la punta cimbreante del último tablón de la piscina cordillerana mirando hacia abajo en el agua tan lejos a Patricia, tu novia, que seguro ha de temblar de excitación y sabes que no puedes salir de ahí por la escalerilla, así mismo, ahora, encerrado entre las dos hileras de bares hay algo también que me asusta, porque no es mía la culpa de tener pinta de gringo, aunque sí la es de estar vagando por un país donde los gringos la pegan poco y donde mi buen romance serviría apenas para no aclarar nada y si quisiera expresarme, comunicarme con los hipotéticos agresores, tendría que echar lengua del inglés empeorando quizás las cosas, algo que a la vez me inquieta y me irrita porque qué carajos tengo yo que ver con que el señor presidente don Dwight Eisenhower, Ike, como le llaman, esté empeñado como mula en venir y los japoneses para impedirselo formen todas las tardes sus gigantescas culebras callejeras recordando Nagasaki enardecidos hasta la hostilidad con cualquier gringo que vaya pasando y para qué putas tendré facha de gringo, pero cuando la iridiscencia de uno de los rótulos me muestra debajo de los jeroglíficos escarlatas las palabras *Latín Música Bar*, tales como aquí las transcribo, siento el relajamiento de quien encuentra parte de su casa y, lo mismo que al dar el salto hacia el agua esmeralda con los ojos bien cerrados, abro la puerta, me asomo, y lo primero que oigo es a los Tabajaras cantando esa samba como del 51 de *tal vez caminando la vida nos vuelva a juntar* y me sacude rápido el recuerdo nervioso de Patricia y me digo que tal vez caminando la vida nos vuelva a juntar, pero siempre que yo deje de caminar por estos países de las antipodas y retorne con mi mochila al hombro a caminar por Santiago, por Ñuñoa, por

Avenida Suecia, que de seguro ella todavía está allí, sin moverse de su calle sombreada por viejos plátanos orientales, pero total, eso puede ser más adelante también, para qué nos va a volver a juntar tan luego y, después de todo, para qué caminando también, porque ella fue la que no quiso seguirme y yo, no me digan nada, dele y dele vuelta, como buen chileno, y aquí estamos entrando a un bar que en este instante llena los últimos poros de su atmósfera con las guitarras y las voces nostálgicas de ese par de indios que hace añitos pasaron de moda.

—Un *high-ball*— le digo a la dulce cara de almendra que me atiende. Ella me habla algo en japonés. Pongo cara de idiota y le explico: *Scotch and water and ice*. Ella muy sonriente me dice con la mano que no entiende ni jota, que espere, y en seguida se retira. El bar es occidental de corte. Un mesón y pequeñas mesas dispuestas por toda la sala dividida en dos niveles de piso. Las paredes están tapizadas con afiches de México, Perú, Guatemala, y con fotografías de palmeras cubanas, de bigotudos rostros morenos, de hermosos ojos negros (grandes y brillantes como los de Patricia), de canoas mariposeantes en el lago Pátzcuaro, y después de *Caminando* no siguen los Tabajaras punceteando la memoria, pero viene desde el tocadiscos otro dardo y cierro los ojos para olvidar el contorno y es casi como si estuviera en Chile, en el mismo Santiago, en la pensión de Riquelme preparando un examen, o tocando la armónica, o tirándome a la dueña, cuando escucho después de tanto tiempo, en este bar surgido de una droga, la voz maricona, aterciopelada y dulcemente

cursi de Lucho Gatica pidiéndole al reloj que detenga su camino. Cara de Almendra vuelve con un joven más joven que yo. El me saluda con una reverencia y en un inglés bastante mediocre me pregunta si hablo el español. ¡A mí! ¡En un bar de una calleja perdida en una ciudad que ya ni siquiera es la capital!

—Sí...

—La señorita quiere saber qué va a tomar.

—Un *High-ball*.

Cuando él le explica, Cara de Almendra me mira asintiendo y luego vuelve a retirarse.

—¿Usted ha estado en América, es hijo del dueño? —le pregunto. Me dice que no—. ¿Dónde aprendió español? ¿Por qué no se sienta? Se sienta, dice que no habla muy bien, que es estudiante de español en la Universidad de Nara.

—Venga a nuestra mesa —dice—. Mi amigo habla mejor que yo.

Entonces como buen chileno pienso entre exclamativos que ya las paré, que son un par de cazaturistas lanzando el cebo con el anzuelo listo para agarrar, dispuestos a dar golpes de sable hasta estrujarme el último dólar, a tomar y divertirse a costa mía y capaces hasta de asaltarme sin tapujos cuando ya me vean dando vueltas como un trompo perdiendo la fuerza al terminar la noche mientras ande como un idiota buscando el hotelucho de la estación donde he tomado una pieza. Pero también como buen chileno acepto y diciéndome “ojo, gallito, despacio por las piedras”, sigo a mi nuevo compañero hasta una mesa medio metro más abajo, donde un tipo bastante corpulento para japonés se levanta a saludarme y luego me hace las preguntas de rutina en un español más fluido que el de su amigo, mientras viene

llegando Cara de Almendra con mi trago y reparo en que los dos compinches están a pura cerveza y les invito a un Scotch diciéndome con frialdad que será la única atención que les prodigue y que no podré permitirme ni un pequeño mareo, porque mi dinero lo llevo en el bolsillo de la campera de algodón prendido con un alfiler de gancho y los vivos nunca ignoran esas tretas y bueno, ya veremos, y el sudor nos sale a todos a raudales por la frente y el cuello y las axilas y hacemos el primer brindis justo cuando Pedro Vargas se manda *Adiós Mariquita linda*.

Y ya más o menos por el cuarto *High-ball*, también como buen chileno, sabes que estás llegando a la raya porque la lengua se pone un poco torpe y vas sabiendo que la raya está cerca, pero que no cejarás antes de pasarla, que esta noche seguirás tomando hasta que las velas no ardan con ese par de tipazos formidables y risueños y cantarines que cuando tú has querido pagar la primera vuelta —tu única—, te han dicho “nones”, porque eres el huésped chileno y están felices de tenerte y todo corre por cuenta de ellos sin discusión y, claro, como buen chileno que eres también, calculas que si ellos pagan todo ahora es de seguro porque estarán pensando que después podrán bolsearte una semana entera, pero se van a joder, los vas a cagar de adentro, porque, primero, no vas a estar más que dos días y, segundo, no dejarás que te encaminen al hotel ni les darás tus señas, de modo que, pero la cabeza ya te está echando burbujas y palmoteas a Junichiro, el grueso, y le preguntas si acaso cree en brujas o si no, que cómo mierda se explica que un chileno solo, después de una

punta de días sin hablar con nadie, se mete a un bar de Kyoto, en una porquería de calle, y encuentra a dos tipos que hablan su propio idioma, uno que estudia el teatro de Lope y el otro que ya egresó titulóndose con una tesis sobre los estados económicos de tu propio país y que habla de cobre, de salitre, de papas, y del norte y el sur, y que sabe una montonera de cosas que tú ignoras, como buen chileno, y que toma como tú y conoce hasta algunas de tus canciones y cuando tras mucho Gatica y Vargas y Los Panchos y mucho whisky, somos casi los únicos clientes en el local, te dice ahora vamos donde yo sé y gritonea una frase en japonés y en rápida sucesión llega la cuenta, paga sin que tú alegues y están ya de pie y tú miras a la camarera y la enfocas más o menos y le pones suavemente la palma de tu mano sobre la mejilla y le dices “adiós, carita de almendra” mientras ella sonríe como si quedara muy feliz, y el más joven, Ikuo, te hace un guiño y te anuncia que ahora van donde hay muchachas y entonces piensas que ahora sí, que ahora sí que viene la cosa y palpas en tu bolsillo el rollo de billetes prendido con el alfiler de gancho, pero adelante, mierda, que como buen chileno vas a la pelea, porque venga lo que venga, con uno siempre cuentan.

—Tú me enseñas una canción de tu país: yo te enseño una canción de *mi* país.

Y las caritas de almendras, todas idénticas salvo la sin kimono, fascinadas con este tipo que viene de mundos que ni siquiera de oídas les han llegado, a no ser por uno que otro terremoto, al que le sonríen y colman de atenciones y buenos tratos y que

como chileno de primera, ya los tiene —a Junichiro y a Ikuo— en fila repitiendo frase por frase y anotando en servilletas de papel *Qué grande que viene el río* mientras una y otra cerveza van pasando y entre ensayo y ensayo este pechito ya se ha estado conversando a la tirada a occidental y hasta se han otorgado como a la disimulada un par de cariñitos y en un inglés bien chapuceado ella le ha dicho que mejor mañana y él “*tonight we go together*” y ella le ha insistido, entre unos suaves besuqueos, en que mañana, bueno y también *qué grande se va a la mar*, ¿ah, mierda, esa no la conocían, por mucho que se las vengán a dar aquí? y pasan, pasan las botellas y cuando soy yo el que repite frase a frase y anota en su libreta una vieja canción de cuna *Odonga ichín chuté, aga naite kurioka* que tiene poco de cuna en las palabras y menos —a mi oído degenerado por los Presleys— en la música *Si yo muero en campaña ¿quién me llora?* y como soy afinadito, las notas las voy dando, para gran complacencia de las japonesitas y en especial de Kochio-san, que así le dicen a mi dulce amada, o enamorada, o enamoramada, y como no es difícil pronunciar el japonés, le voy dando y dando *oranu matsuyama* hasta aprenderla *semigá nakú* o *en el monte la cigarra te llora*, aprenderla bien y cuando después de otra cerveza nos levantamos y las piernas las tengo medio enmohecidas de la posición budisca sobre el *tatami* en torno a la mesita, y tomándonos los tres por los hombros la cantamos de un viaje, la cosa es el despiporre y cuando después de nuevo los tres el “Río, río”, a poco que no me largo a llorar y a enseñarles paso a paso la canción nacional con sus campos de flores bordados y todo, y sin que se me haya permitido aportar un solo *yen* al pa-



go de la cuenta vamos partiendo y Kochio-san me vuelve a decir que no, pero me requetejura que en la mañana entrará en mi pieza y me ventilará con su abanico hasta que despierte y yo le pregunto a fuerza de guiños si acaso cuando despierte va a estar desnudita y me jura y me rejura que sí y las diez cuádras oscuras que luego caminamos hasta la estación se me hacen pesadillas grises y negras y sigámosle metiendo al canto y al sudor, que es un verano como todos y el calor no afloja ni cuando los gallos, como ahora, se lanzan sus primeras alharaqueadas y frente al hotelucho mis amigos sonríen y yo palpo el rollito de billetes por fuera de la tela y ahí estamos para despedirnos de una noche el descueve.

—Este hotel no muy bueno— me dice Junichiro.

Le lanzo un gesto como de que a quién le importa que sea bueno o no el hotel, que qué más da. La noche empieza a levantarse.

—Mañana vendré —dice Ikuo.— Y si te parece, puedes ir a mi casa. Tenemos otra cama.

Le digo que sí, que desde luego y me promete también llevarme a conocer todo lo mejor de Kyoto, los templos, los barrios, y el grandulón Junichiro me dijo que como por el día trabaja, sólo después de las seis se podrá encontrar con nosotros y, total, decidí quedarme mis dos días y tres más y tiramos el programa entero para la semana y finalmente nos despedimos y les dije una y otra vez *sayonara* y me fui a acostar, pensando que a la mañana siguiente iría Kochio-san a echarme aire con su abanico, y recordé que en toda la noche no había gastado ni un solo cobre y entonces me cayó la chaucha: seguro que era ésa la táctica: la primera vez, pagarlo ellos todo; después, métale sable con el turista. Mañana, pues, em-

pezaba la cosa, pero conmigo no, me dije, a mí no me iban a venir a meter goles tan jauja, porque como buen chileno, a vivo no me la gana nadie.

Y así, después de todo, fui capaz de desconfiar casi hasta lo último de dos tipos que cuando un rollito de dólares tenía que aguantarme muchas vueltas antes del regreso, no me dejaron pagar ni el boleto del tranvía y que al despedirme después de una semana en el andén me deslizaron en el bolsillo un sobre con unos cuantos yenes y unas letras tiernas y solidarias que como chileno de los mejores nunca contesté.

## Lloró la milonga

---

ERA TAN MENTIROSA, QUE HASTA A MI DIARIO LE MENTIA, pensando que alguna vez alguien pudiera encontrarlo, que fuera leído en la familia, que aún usted, tío Claudio, se enterara de que a este pajarito nunca le ocurría nada interesante, nada que valiera la pena contarse, de que era sólo una niñita fome y sin historia; por eso escribía cada idea que se me venía a la cabeza con la mayor soltura, como la zafada más grande. Algunas cosas sí, desde luego, eran ciertas, como por ejemplo todo eso de los orgasmos. Sin embargo, lo del profesor era mentira: él nunca me hizo ninguna insinuación, tío Claudio, él era siempre intachable, serio, espléndido. Todo lo que si acaso me hubiera muerto en esos años tú y los demás habrían leído —aunque si tan sólo tú, ya bastaba, porque el Diario llegó un momento en que fue para ti, fue mi pobre, mi único camino de comunicación contigo, por eso ahora, oh, Dios santo, quiero contarte— no pasa-

ba de ser una serie de exabruptos de esa imaginación entre desbordante y perversa que me caracterizaba, porque el señor Equis, el profesor jefe del curso, sólo me llamó para decirme durante un recreo algo que al comienzo no supe bien adonde iba *la falda corta le queda estupenda, Nenita*, hasta ahí la cosa sonaba a declaración y yo lancé una sonrisa “super” como siguiendo el juego, como dando a entender de antemano que sí, *pero, dígame, ¿qué calzones usa usted?* Me dieron deseos de preguntarle si quería verlos, de decirle que a la tarde se los podía mostrar, pero se quedaron los deseos atajados ahí dentro no más, ya que por fuera me corté —roja o verde debo de haberme puesto— y después de algo así como no atreverme a contestar, le dije, seguro que con tropezos más o menos serios de lengua, que eran de *nylon* y entonces él comenzó con el sermoneo y repitió casi textuales las ideas de la directora sobre eso de que las salas de clase eran muy heladas y el Ministerio aún no proporcionaba las estufas y por ende resultaba indispensable y obligatorio usar calzones de lana ya que —y ahora hablaba él por su propia boca— los enfriamientos continuos dejaban pésimos saldos para el futuro, vaginas delicadas, por ejemplo, enfermedades de los riñones, de los conductos urinarios, y de repente mientras decía estas cosas me atreví a mirarle esos ojos siempre tan transparentes que tenía y se me ocurrió que quizás estuviera enamorado de mí y le miré también las sienas encaneciendo, diciéndome si no sería gil (puro tango, tío Claudio), preguntándome por qué en vez de tomar conmigo esa actitud protectora como de papá, no agarraba al toro por los cuernos, no apuntaba directo al grano y de un zoácate me proponía que saliéramos, que nos encon-

tráramos fuera del colegio, que nos acostáramos, porque sus ojos otra vez —igual que durante esas clases que parecía hacer para mí sola— me partieron el cuero, me cosquillearon el espinazo y para qué, me dije, toda la macana cuando ahora las cosas se estilaban más simples que eso, sin tantos subterfugios, aunque cómo también negar que él pertenecía —seguro— a otro mundo, a una época que ya nunca quizás lograra entendernos, incapaz de penetrar en las razones que —por ejemplo— hacían que M. C. se lo llevara todo el día corriendo a matarse en su *Vespa* y por las tarde bailando *rock* dele que suene y desinteresándose de cuanto mundo hubiera a su alrededor (igual tío Claudio que ahora yo no entiendo que una mocosa de trece fume y fume marihuana) y entonces, por primera vez sosteniéndole fijo y firme el disparo de los ojos, supe certeramente que entre él y yo jamás podría haber nada, que de veras le interesaba que usara calzones de lana y hasta que si le hubiese dicho coquetonamente, cuando me hizo la pregunta, que si deseaba verlos, mirándome quizás con tristeza y asombro y sin sermonearme, me habría hablado de la vida y entre muchas linduras (lo digo sin sarcasmo) me habría rechazado. De manera que si hubieras leído que una tarde él y yo nos juntamos y caminando por el parque le paré todos sus lances, pero que a la segunda invitación fui cediendo, querido Diario, y cuando me preguntó si alguna vez lo había hecho, le dije que sí, pero sólo una, con el primo Roberto, las últimas vacaciones, habrías pensado que yo me las traía, o que era la gran puta, o qué sé yo, porque tú también, aunque no mucho, estabas en esa etapa en que los años comienzan a dar duro y entonces la imagen que de mí hubiera persistido en grabarse-

te podría haber cuajado tan falsa como la moneda de plomo con que Chaplín le paga la cuenta a Trompifay, si es que prima la importancia de los hechos en la vida de una por sobre la de los deseos, pues la verdad, no me acosté con el “soñado” profesor, tío, ni me acosté con el pánfilo primo Roberto en las vacaciones, ni tampoco, y esto usted lo sabe mejor que yo, tampoco me acosté con usted, aunque cómo lo hubiese deseado, cómo me temblaba la piel y se calentaba mi sangre y dentro de mí danzaban todas las hadas del mundo cuando usted venía a casa y me hacía algún cariño, o me besaba la frente sin pasión, o me decía —nada más que eso— que caramba qué linda me estaba poniendo, o me guiñaba un ojo y yo iba corriendo al baño, al espejo, a ver si de veras me estaba poniendo tan linda.

Por eso cuando te viniste aquella vez, cuando llegaste por la noche con una maleta y los ojos rojos y la tristeza habitando en cada parte de ti, me sentí, a pesar de todo, feliz, te iba a tener, iba a poder mirarte cada mañana, me darías cada noche un beso, hallándome lista siempre para tus cariños y esperando que porque mi amor era tan grande —no cabía en todo el barrio— el tuyo no tendría más remedio que volcarse alguna vez en mí. Y empezó algo así como una etapa nueva de mi vida y justo a la segunda noche, la noche de la mañana en que pasé frente a tu pieza y te sorprendí llorando, leí lo que llevaba escrito en mi Diario durante el año y me sentí tan poca cosa, tan minúscula, que empecé desde entonces a inventar historias, a fabricar hechos que jamás ocurrieron, para que si alguna vez caía en tus manos y le echabas adelante con la lectura, no fueses a pensar que yo era una pobre niñita estúpida, y también

por eso me preocupé, tío, de que no se fuera a reflejar ni la más mínima noción de lo que tú venías siendo para mí desde aquella tarde en que tu voz por primera vez hirió mis sentidos con su dulzura, te acuerdas, cuando recién llegabas de Europa, casado con la tía Tania, una rubia rosada y recia, y el gordito chico en los brazos; de lo tanto que llenabas todas mis horas, todas las medidas de mi fantasía; me cuidé hasta de nombrarte un poco más de la cuenta, porque al principio me habría muerto de vergüenza si de pronto hubiera observado en tu mirada una brizna de sospecha. Así es como fui tejiendo una fantástica aventura con mi profesor, capaz por sí sola de erizarle los pelos a cualquiera, y creo que asumiendo el papel de esas ficciones hasta llegué a provocarlo. Pero no todo era mentira: lo de los orgasmos era cierto...

Porque también mentí en el Diario al no contar —cuando avanzaba septiembre hacia la primavera madura de los almendros— que tuve de veras una historia, al mentir diciendo que con Milo las cosas sólo fueron así, superficiales, desde la tarde en que me había sentado en la última fila del Rialto durante una “popular” de tres películas. Estaba con la Chofi y su pololo y me sentía pésimo violineando de lo lindo mientras ellos se daban besos y se acariciaban por debajo de los suéteres, y estábamos por la mitad de *La Ninfa Constante* cuando sentí dos manos abiertas posarse suaves y firmes sobre mis hombros y la impresión fue grande, como que no me atreví a mirar para atrás a ver quién era el hombre que me había elegido. Digo elegido porque se suponía que si una niña se sentaba sola en la fila de atrás era porque debía andar a la caza de besos, de un poco de ter-

nura quizás y, más que nada, de una puerta abriéndose para dar paso libre a todo el torrente de inquietud, y entrada a los llamados dulces frutos del amor, si pensamos, bueno, por eso dije “elegido”, que a mi derecha había tres o cuatro chiquillas más tan solas como lo estaba yo, esperando la ocasión para darle a la película calabazas. Sin embargo, a pesar de las manos en mis hombros, *esa* película la vi, no pude dejar de verla, ni siquiera de quitarle los ojos y darme vuelta para descubrir quien era mi joven, que va me acariciaba los hombros y el cuello bajo la melena con todos sus dedos. Yo sabía que pronto los haría descender, que de a poco irían reptando por la lana voluptuosa de mi chaleca hasta alcanzar las orillas de mis pechos; y sabía también que lo iba a dejar, que no le pondría obstáculos, para que pronto —mientras en la película el tío Boyer seducía a la sobrina Fontaine— estuvieran allí libres, como en una casa hospitalaria, deleitándose y deleitándome, y hasta sabía que entonces yo misma —mis propias manos— las tomaría para fijarlas, para palpar también los dedos y para imaginar por ellos, por su forma, por su largo, por su grosor, cómo sería ese príncipe azul al que todavía no osaba mirar. Entonces es curioso cómo sin desenfado al profesor mi pluma lo llevó a sórdidos hoteles que de seguro ni siquiera conocía, y lo convirtió en un fogoso amante, diestro y algo depravado, hasta un poco cruel, cómo mi pulso vacilante lo hizo sostener conmigo atrevidos diálogos, mientras que ahora, en los últimos días de septiembre, mi mano se asustaba sobre las hojas del cuaderno y de esta historia que habría hecho innecesarias mis invenciones, sólo se atrevía a recorrer las orillas de lo más trivial, a decir que a Milo lo había



conocido en el cine y que era simpático, aunque feo, y que su pie izquierdo rengueaba, y que me invitó una tarde a tomar té a su casa, y que después se me había declarado, pero que yo no estaba segura de si sí o si no, ocultando toda, toda la verdad de nuestra relación, menos lo de los orgasmos. Porque eso sí que era cierto, tío, ya no lo sabrás, oh, venenosa muerte, eso sí que lo ofrendo a tu memoria como el más puro homenaje de amor —cuánto hubiera querido tener unos años más, apenas dos o tres, cuánto hubiera querido que por tus ojos se hubiese asomado un poco el diablo, y que aquella noche que entré en tu pieza porque la luz estaba encendida no hubieras estado así, con la desesperación agarrotándote las manos, los ojos enrojecidos, tu cabellera griseante salpicando mechaz para todos lados y la botella de pisco casi vacía sobre el velador.

De modo que cuando casi al final de la película —entre todo el lío de locos— el asiento junto al mío se desocupó, mi príncipe vino a sentarse y pude verle la cara sin ángel y enseguida le ofrecí mis labios sólo porque la película había terminado y sin intermedio se reflejaba sobre la pantalla el título de otra que no vi, porque me estaba convirtiendo en protagonista de los hechos, asediada por una alegre risita interna cosquilleante que me venía de sólo pensar, tío, que ahora sí, que ahora sí que podría contarle verdades a mi Diario, contarle también algunas otras cosas nuevas, como que el Concierto número dos de Rachmaninof me gustaba tanto, que estaba descubriendo el mundo, encontrando el gusto de la vida sólo porque tú existías, porque tú eras y eso nadie podía impedirlo, porque podías irte para siempre a Londres, levantar tu casa a orillas del Cáucaso, convertirte en

navegante solitario, perderte en los verdes imperios del Amazonas, emprender la búsqueda de los continentes perdidos, trepar el Jolmo Lungma, o cualquier cosa, pero siempre eras, porque habías nacido, porque pisabas el planeta con dos pies, porque yo te había conocido y ya nunca más podrías desaparecer, nunca más desaparecerías, ni siquiera, ni tampoco, ni menos, cuando empezaste a bajar las escaleras a toda marcha directo hacia el sótano, ni cuando empezaste a llegar borracho por las noches y yo te escuchaba dar tumbos entre los muros del pasillo no atreviéndome al principio a verte, a que me vieras viéndote así, cuando a mí ya se me habían quedado atrás las bicicletas y las idas a la plaza, y más adelante haciéndome mujer, sacando fuerzas de no sé dónde para ayudarte, para impedir que los papás se despertaran y pudieran tener acceso a la condición que empezaba a entristecer definitivamente tu persona; ni siquiera cuando después de aquella tristísima conversación en la mesa una noche, mientras tú andabas en lo tuyo, el papá dictaminó que el santo varón iba a tener que irse, que tu conducta no podía tolerarse más, que éramos, en fin, una familia respetable; ni siquiera después de las veces en que te ayudé a acostarte, a meterte dentro de la cama con las tripas recogióndoseme; nunca, nunca; ni siquiera después de todo eso.

De modo que le ofrecí al príncipe azul los labios y antes del final de la película partimos caminando bajo las arboledas majestuosas de Pedro de Valdivia y mientras él buscaba delicadamente las pequeñas trampas, los subterfugios para lograr sus horribles propósitos, yo ya estaba totalmente decidida a seguirlo adonde me quisiera llevar y todo nada más que

porque *La Ninfa* se me había dejado caer como una lluvia fuerte y la luz encendida me golpeó de pronto cantándome a las claras y con el tono alto, que estaba estúpidamente condenada a no tenerte nunca, sólo que tenía tan hinchadas de amor las venas, y ese atardecer que fue la primera vez no importó. Lloré, más por tí que por nada, y entre la gran confusión —el cojo fue tierno— no supe llegar. Pero no importó. Fueron las segundas, las terceras, las otras veces, cuando me di cuenta en definitiva de que si no eras tú, jamás se abriría esa puerta, que nunca sería capaz con otro hombre de caminar por las nubes, de flotar rumbo al cielo, ¿comprendes? ¿Comprendes entonces que lo de los orgasmos era cierto?

Y ni siquiera cuando ya dabas tumbo y el corazón parecías estrujártelo todas las noches con aguardiente y durante el día andabas como sonámbulo, el rostro congestionado, la lengua lenta y entorpecida, los reflejos débiles y un par de cuevas moradas debajo de los ojos, y hasta tonto de palabras, ni siquiera, porque sólo pretendí que mi corazón se mantuviese firme, que las fibras sensibles no fallaran cuando me gritaras bestialidades, tener la capacidad maravillosa de seguir amándote, de que no se me dejara caer como invitada de piedra la desilusión, porque la noche en que al llegar y querer yo ayudarte a subir —cuando ya el papá, tu propio hermano, te había dado el ultimátum y tenías que irte, que buscar, que irte, aunque no supieras dónde— me lanzaste el bofetón, la sufrí, la lloré de punta a cabo hasta que cantaron los gallos y tanto por la cachetada *caminito amigo* como por las eléctricas palabras *clavel del aire* que descargaste cuando resignada te ayudé de todas maneras a meterte en la cama, oh dulce inválido, tierno

inútil, amoroso paria de la vida que no volverás a oírme, cuando era mío el placer de tocarte, de servirte, cuando habría sido tu eterna y total esclava si sólo me hubieses derramado un poco, un poquito de amor *mi noche triste* o si me lo hubieras pedido con un gancho de meñique, en vez de contarme cómo ella ya no te amaba y a ti te costaba vivir, y describirme, entre incomprensibles llantos y eructos violentos con mucha acidez de cebolla, de vino, de cecinas fuertes, aquella horrible escena en que tuvo agallas para dértelo, para meterte la bala sin prejuicios (*dime que sí y la noche pampera abrirá y los rayos de luna pondrán luz de amor en tus ojos*, eran los tangos de los hermosos domingos cuando después del almuerzo largo pedías la guitarra), en que las garras de la fiebra perforaron tu alma para siempre, entiendes: ni siquiera con nada, porque bueno, “te tenía debajo de la piel, te tenía profundo en el corazón”, tío, te tengo, porque tampoco cuando supe que desde el sótano habías cavado una cueva y que estabas llegando, llegando, a esos fondos más bajos, a los recovecos más ocultos de la oscuridad y que ya nunca, tío Claudio, nunca podrías salir, porque habías dado los primeros pasos de ese camino irreversible (*sin palabras esta música va a herirte*, aquella vez que se cumplían veinte años de la muerte de Gardel, el Morocho del Abasto, como le decías, imitando la pronunciación de los ché, y que te sacaste los zapatos y la garganta homenajéandolo con tu poderosa voz, con la gracia que premiaba todos tus actos), ese camino sólo de ida, de bajada, *one way*, como las espigas que al chupar se van metiendo lengua adentro, paladar adentro sin echar nunca pie atrás; ni siquiera cuando un jueves a las 2 de la tarde entré con la avalancha a la sala

común de El Salvador después de la noche que empuñaste la chaqueta en un bar y te dormiste luego sobre un escaño del Forestal y te pilló la helada y fue una suerte que te hubieran llevado al hospital y no a la morgue, y sentada a los pies de tu cama, rodeada de otros enfermos desconocidos, con un dolor que me perforaba hasta los huesos, te miré la barba crecida, los ojos oscurecidos y la piel amarillenta, y recordé aquel día en que bajaste del avión con tu flamante mujer y yo era una mocosa, y la noche que llegaste a la casa con tu maleta y tu tristeza a cuestas, y la tarde de aquel domingo que se cumplían veinte años de la muerte del Zorzal, y a través de mí misma ví los cambios en ti y entonces (¿por qué me mirabas casi como pidiéndome que me fuera?) no pude decirte que tenía dinero, que estaba consiguiendo más para que te trasladaras al pensionado y poder visitarte a diario y contarte cosas y pedirte que me recitaras algunos de esos poemas que nunca llegaste a publicar —*lloró la milonga su antigua pasión*—, contarte, por ejemplo, que estaba pololeando, que la cosa iba en serio y callar lo que a mi Diario sí le decía: que no funcionaban los orgasmos, que la puerta no se abría, que debías mejorarte, rehacer tu vida, romper tajante con ese pasado tenebroso y maldito, desterrar de tu sangre a esa mujer que posiblemente nunca te quiso, nunca logró conocer sino lo más externo de tu piel, que jamás pudo ver hacia el fondo de tus ojos, tío Claudio, y que se empecinó hasta lo último en penarte como un fantasma —*pero no hay nadie y ella no viene*— y ni siquiera, tampoco, cuando en la familia ya se había perdido tu rastro y una mañana desde la micro bajando por la Costanera te divisé al otro lado del río y le grité al chofer que parara

como si me estuviese muriendo y corrí, corrí loca hasta el puente desde el que te encontraría de frente. Sólo cuando estábamos a media cuadra de distancia advertí que cuando te agachabas era para escarbar en los basureros de los edificios de Santa María. Dejabas el saco en el suelo y te entregabas sin mucha pasión a la búsqueda y yo ya estaba a tu lado casi y no sé de dónde me vino el coraje para detenerme y enfrentar tu mirada, pero gracias al Señor, tío Claudio, gracias al cielo y a todas las estrellas, que pude hacerlo porque fue ¿recuerdas? la última vez que nos vimos. Me miraste como extrañado, como desde lejos, hasta que la memoria de seguro hizo fraguarse las imágenes y entonces sonreíste y tus ojos se iluminaron, tenían una rara iridiscencia, tío, porque quizás también me amabas, quizás sin saberlo me habías amado siempre, y desde tus rancios andrajos, tu barba sucia, tu nueva vejez que no te conocía, lanzaron ángeles tus ojos y muy en silencio comenzaste a llorar y me alargaste tus manos y no nos dijimos nada, pero en tu sonrisa —y es lo único que siempre me conformará— se vislumbraba la dicha de los iluminados, y después de un rato —no pude hablar, no cuajaron las palabras, no funcionó la voz— me soltaron tus manos y seguiste tu camino en silencio, con el saco al hombro, Mapocho arriba, hacia donde ya no volveríamos a encontrarnos. Y ni siquiera, tampoco, cuando tuve que ir a la morgue para identificar tus restos, que no eran restos, porque estabas tan entero, tan digno, tan jovial en ese nuevo estado, tío Claudio, no había dolor en tu rostro, ¿por qué no había dolor? ¿cómo habías descubierto esa paz? Oh, Dios santo, ni siquiera entonces, en ese momento de

mi condena, de la certidumbre de una infelicidad que me haría para siempre suya.

Hoy, fíjate, es también (igual que aquella feliz tarde de domingo) veinticuatro de junio y se cumplen treinta y cinco años de la muerte de Carlitos. He pasado la tarde escuchándolo de programa en pro-ma y escribiéndote esta carta un poco llena también de tango, dolorosa, amarga, la primera que te escribo para decirte una vez más —nunca leíste mi Diario— que aún ahora, con un marido bueno y dos cachorros, esa puerta no se abre, que es igual que con el cojo, que surjes siempre tú, que tus imágenes me tupen la mente y te veo a ti, te siento a ti, pero cuando ya parece que se fuera a abrir, que se estuviera abriendo, entre risas, entre mariposas, viene el portazo en las narices y el nudo en la garganta y luego, muy sobre todo, la ira, que ya nunca se abrirá la puerta, y que el único que tuvo alguna vez la llave fuiste tú.

## Yesterday

---

Y ME PREGUNTO POR QUE DIABLOS SIEMPRE CUANDO LLEGA la última vez —digamos no la última definitiva sino la última provisoria, pues nunca perduran las ausencias más de unos cuantos días, salvo cuando...— asedia ese temperamento y los deseos de joder se intensifican por ambas partes como nunca y en lugar, entonces, de que el temporal adiós sea plácido, la acidez de los momentos anteriores —al adiós mismo— deja un dejo de tristeza, una sensación como de volver a extrañar esas locomotoras viejas con pedales que ya no se ven, pero que cuando niños..., un saber al mirarse antes de partir, que no habrá reposo durante esa ausencia, que la sangre te hará de todas maneras cosquillas y que aunque lo plácido de los paseos —puede ser un fin de semana, o las vacaciones, o un viajecito especial de los que a veces le llegan a uno como tirados al blanco y haciendo fama—, lo intenso del sol bronceando las espaldas después de



la zambullida, lo luminoso de las noches con la generosidad de los mariscos, la bondad del tinto, y también del blanco, el descanso, permanecerás en todo caso ciertamente atado a esas últimas imágenes que representan hechos, palabras, gestos, después de los cuales —su vigor, su contumacia— la refulgencia amorosa de la última mirada apenas basta, casi no borra, porque por qué. Por qué siempre, siempre, la última vez.

Bueno, es como si a la distancia nos estuviéramos comunicando, conversemos entonces, a conciencia pura, algunas cosas, uno que otro detalle. Por ejemplo, hablemos de alguna ida al San Cristóbal un día equis. Llegamos en taxi hasta el funicular y es una tarde sin mucho sol, pero tampoco antipáticamente gris.

Girando alrededor de los muros que cercan al pequeño torreón, vamos fijando bien las diferentes partes de Santiago, que debe hervir allá abajo. Mira Recoleta, donde una vez un mecánico bastante narigón me tuvo ocho meses una moto a la que no le pasaba nada, Alameda, donde a ti una tarde a la salida del cine se te metió el taco en una de esas rejillas y yo, yo mismo, en lugar de lanzarme de cabeza a sacártelo de una vez, me largué a reír a carcajadas, Plaza Vertigitalia, Gran Avenida más abajo, allá donde los perros, ciudad chata, vamos viendo, a trechos sembrada de torres como las de Tajamar que se elevan allí mismito, al frente. Y allá, nos decimos, allá abajo, verdad, todo sigue. La vida mantiene su ritmo y dos horas más tarde, reflexionamos, nos será difícil, allá abajo, enchufarnos en nuestra vida, digo, dices, la de cada uno, la tuya y la mía. Vamos girando y girando alrededor de la cima, escudriñan-

do Santiago, descubriendo tu calle, adivinando tu casa y los lugares y todos los barrios por donde. Entramos, mejor, por la apertura en el muro y subimos la escalera caracoleada, la escaracolera del torreón y una vez arriba, desde sus inútiles almenas comenzamos a reparar con desconcierto en que no somos los únicos habitantes del Cerro: pegada de espaldas a un árbol de amplio tronco y generosa sombra está una mujer rubia de vestido amarillo bastante joven jugando con la corbata de un tipo que le reptas las manos cintura abajo y la mira calientemente, mientras ella, ¿por qué no lo mata? ¿Por qué no lo conduce hacia los arbustos para que una pistola sujeta por una mano invisible revienta en el fuego asesino por la espalda y termine con su miserable vida, igual que en *Blow-up*? porque los dos pensamos en *Blow-up*, al verlos, en esos mismos parajes un tanto solos, bajo cierto tímido sol; también, a escasos metros a la redonda, un hombre deambula preocupado entre la arboleda tupida que mira hacia el Polígono; quizás se ahorque, quizás no, porque en este Cerro siempre pasan cosas y cuando el sol empieza a abrirle las puertas a la noche, habrá que bajar vigilantes y alertas, porque no más el otro día, y muchos otros días, antes, se amaba en los prados una pareja de adolescentes y todo les duró hasta que cuatro o cinco chacales los descubrieron en la noche y a él lo mataron a ladrillazos (¿por qué ladrillos?) y a ella le dieron otro tipo de merecido, por lo tanto, para qué correr riesgos inútiles, verdad, te digo mirando fijamente esos ojitos que también me miran enamorados diciendo sí, apurémonos, y ha llegado hasta la plazoleta floreada un impecable bus que comienza a vomitar turistas, hombres de pelo blanco, de pelo ru-

bio, de pelo negro, de pelo rubio y también de pelo blanco, con sus colgantes cámaras y sus mujeres viejas y multicolores igualmente dispuestas a fotografiarlo todo, ¡zas!, ahí quedaremos, grabados para siempre en una foto que le disparan al torreón, y el gordo nunca sabrá quienes somos, ni qué hacemos ahí, ni siquiera que casi en el momento de la instantánea hemos pensado que es un gordo estúpido; finalmente baja también del bus un japonés, que no podía faltar —habías dicho— y ríes contenta porque ahí viene otorgándote la razón. Y entonces, de acuerdo, pues: apurémonos, que de sol va quedando poco y amparado así por los parapetos, que nos llegan casi hasta los hombros, te he levantado la falda y aprieto la carne dura y la piel suave de tus muslos, de tu cintura, mientras por encima del suéter mi boca adivina mordisqueando tus pezones y entonces una gringa de mierda que ha llegado hasta el muro de abajo, donde nace la escalera, le dice graciosamente al que tal vez sea su marido, *come on, let's go up, hurry, come*, y se nos nubla el panorama, gringa bruta, por qué siempre una nube, por qué siempre una nube, pues aunque la pareja todavía no llega al sitio donde estamos cuando un par de bocinazos del bus turban la quietud y ella *Oh, the bus is leaving, let's go back, hurry*, nosotros ya nos hemos compuesto, la magia se ha quebrado, se ha ido para abajo el termómetro y estamos ahí haciéndonos los tontos. De todas maneras te pregunto si vamos a un hotel y tú dices que no y yo recalco que parto mañana y tú preguntas que ¿y? y yo insisto en que serán varios días sin vernos y tú que mejor y yo que cómo y tú que estarás más tranquila, retomarás el hilo de tu vida y vámonos, y yo, no, un rato más y tú, no, vamos, y partes sola y

tengo que seguirte sabiendo que ya difícilmente hablaremos, que a lo que te pregunte, responderás con monosílabos o con gestos de cabeza, o no responderás en absoluto y seguiré a tu lado, en vano queriendo dulcificarte, pidiéndote que por favor, que sí, que no, como un imbécil, hasta el momento de separarnos en alguna esquina —tomarás un taxi, yo seguiré caminando otro poco— donde me dirás que ya no, que la estamos embarrando, que francamente no puedes, que por favor, que entienda y que punto. Yo trataré de convencerte, te rogaré, cuando se acerque y lo hagas parar, que no lo tomes, que esperes otro taxi, que hablemos, que sigamos, pero tú te habrás metido adentro y a través de la ventanilla nos disparamos la última mirada, los dos cargados de tristeza y de furia, aunque sabemos ¿o no? que no es definitivo este adiós, que es transitorio, que se trata tan sólo de ponerle unos cuantos cartuchos de dinamita a mi viaje, de que no tenga quietud, me joda, me desespere, me apure, te escriba cartas que nunca te mando, pero que después siempre te entrego, te extrañe, vuelva pronto y te busque y comencemos igual que la primera vez. Y bueno, es como si a la distancia nos estuviéramos comunicando, pero hasta ahora lo he dicho todo yo; mejor hablemos, construyamos una conversación de verdad, yo desde Iquique, sumido solo en este gran palacio arabesco con sabor a gloria de otros tiempos, bebiendo *whisky* —total, no soy yo el que paga—, tú desde Santiago, sentada en el Morris que tu marido remató para la biblioteca, tomando una taza de té sin azúcar, o mejor un café, un cafecito negro y fumando:

- ¿Cuándo vuelves? —pregúntame.  
 —En tres días.  
 —No me busques.  
 —Sabes que te voy a buscar.  
 —Sí, lo sé. Pero no me busques.  
 —Bueno.  
 —O si quieres, búscame, ¿me comprendes?  
 —Te voy a buscar, ¿me comprendes?  
 —¿Y si te doy la gran sorpresa, como pienso dártela, y no me encuentras? ¿Me comprendes?  
 —Me quedo chupando el dedo, ¿me comprendes?  
 —¿Me comprendes?  
 —¿Me comprendes?  
 —No, definitivamente este diálogo no resulta, no nos comunicamos en absoluto, ¿te fijas?  
 —Cambiemos, entonces, cambiemos por “te fijas”, ¿te fijas?  
 —Y nos decimos qué, ¿te fijas?  
 —Y nos decimos la verdad, ¿te fijas?  
 —De todas maneras, ¿te fijas?  
 —De todas maneras qué.  
 —La verdad, ¿te fijas?  
 —Bueno, me fijo, ¿te fijas?  
 —Claro que me fijo, ¿te fijas?  
 —Sí, ¿te fijas? Sí me fijo, ¿me comprende?  
 —De todas maneras.  
 —Linda forma de no decirse nada.  
 —¿Ni la verdad?  
 —Ni la verdad.  
 —Eso: ni la verdad.  
 —Ni tampoco la verdad.  
 —Claro, no se puede. No, la verdad no.

- La verdad nunca.
- ¿Te fijas?
- ¿Me comprende?
- De todas maneras.

No resulta esta conversación. Pido otro *whisky* —total, no pago yo— y me pregunto por qué mierda será tan oscuro y tan solo este palacete engalanado como para las mejores fiestas y por qué, fuera de estar aquí metido, no hay nada más que hacer en este condenado pueblo; para la playa no tengo ánimo, pero mañana me pegaré una escapadita a buscarte algunas conchas, una que otra piedra que te haga disparar los ojos; pido otro *whisky*, decía, y tú prepárate el segundo café— o un té, un tecito esta vez— y cambiemos de tema, o hablemos simplemente en serio, mejor. Acortemos además la distancia. Yo estoy en Santiago escuchando *Yesterday* en mi propia casa *suddenly, I'm not half the man I used to be*, sin abrir todavía la *Ultima Hora* para ver más noticias sobre la guerra en Vietnam y regocijarme con las bajas yanquis tras las bajas yanquis tras las bajas yanquis. Y tú, porque es sábado, estás en Quintero findesemeneando con tu marido y los amigos en la casa del otro tío de tu otra prima, jugando al póker, o esperando el asado al palo, o tomándose fotografías los unos a los otros; bueno, *oh, yesterday came suddenly*, ah, es bonita esta canción y, sin duda, McCartney es el mejor, porque John Lennon, en fin, y pronuncia sódenly en lugar de sádenly, porque es del norte de Inglaterra. Sí, bueno, aíslate unos instantes, deja las risotadas, no escuches más, sal un rato al patio, o a la terracita del segundo piso —si es

que hay una terracita en el segundo, si es que hay segundo piso, porque patio habrá— y mira el mar y tranquilízate y escúchame desde lejos, escucha desde lejos mis palabras ahora más trascendentales.

—No, hoy no quiero. Hablemos otro día, otro día. Hoy no. Estoy, estamos bien aquí, él y yo y todos. Por favor, hablemos otro día.

—Te quiero.

—Por favor.

—Muy bien, entonces no hablemos hoy, no hablemos hoy. Adiós.

—Sí, estamos tan bien todos, él y yo, y tú sabes.

—No, no sé, ahora no quiero oírlo. También necesito estar tranquilo. Voy a cerrar el *switch*, a desecharte tu imagen.

—Tú sabes que él sospecha y tiene celos.

—Tú sabes que también ella sospecha y tiene celos.

—Pero tú manejas la situación.

—Sí, claro, sigamos. Por supuesto. Yo soy, como dices, el Gran Planificador, o algo así. El que mide paso a paso, segundo a segundo, milimétricamente todas sus acciones, ¿verdad?

—Eres el que no perdona.

—A Meaulnes le llevó años descubrir que lo que buscaba estaba allí mismo.

—Eres el seguro, el que nunca trepida.

—Sí, sí, el seguro. *Why she had to go, I don't know, she wouldn't say.*

—Eres la cordura.

—No. Tú eres la cordura. ¡Tú fuiste la cordura! ¡Tú has sido siempre la cordura! Yo nada más que voy y vengo, vengo y voy, voy y vengo.

—Vamos y venimos.

—Y a veces no sé en cual punta del camino echar raíces.

—No sabemos.

—Si en ésta, o en ésa. Si acaso entre la desesperación y la cordura, realmente es mejor la cordura. Si la plácida vida de burgués, o la angustia corrosiva de la búsqueda.

—¿La búsqueda? ¿Cuál búsqueda? ¿La búsqueda de qué?

—Qué sé yo; del pasado. De aquello que se sabe de antemano que no te puede hacer feliz. *Yesterday, love was such an easy game to play*. Del paraíso perdido.

—Que nunca, mientras fue presente, fue paraíso.

—Ni se perdió, puesto que nunca se tuvo, ¿ah? ¿Así te gusta hablar, a flechazos envenenados? Sí, de eso, la búsqueda de lo que se quedó en el camino, de lo que se tenía por delante, de lo que se hizo humo. Pero voy a dar vuelta el *switch*.

—Eres el que no perdona.

—Tú eres la que no perdona. O dime si acaso no va a perdurar el rencor pasado mañana, el lunes, cuando en el puente yo no esté y tú esperes y yo no llegue y sigas esperando, debatida entre la desesperanza y la rabia, y yo no llegue, y pienses primero que me pasó algo grave, y en seguida, que ya no me importas, y por último, que soy un carajo de la peor especie, y vayas partiendo lento desde el Puente, despacito, por si acaso, y masticando bien el castigo, porque a ti eso no te lo hacen, verdad. Dime si no estarás algunos días poniéndome cara de bulldog, tratando de hacerme sentir cuán torpe, cuán poca cosa, cuán infeliz soy capaz de portarme con quien tanto por



mí se sacrifica. Dime si no me dirás que soy un degenerado cuando llegue sonriendo, con la excusa a flor de labios de por qué no llegué al Puente. Bien, ¡dímelo!

—Tú eres el que no perdona. Sí, te lo digo. Eres capaz de portarte torpe, poca cosa, infeliz, conmigo, que me sacrifico tanto. Eres un degenerado, porque el lunes no irás a la cita y me quedaré esperando en el Puente y a lo mejor hasta llueve y la tristeza será mayor aún de no verte después de estos días. Sí, por lo menos durante una semana te recibiré con cara de bulldog, para que vayas aprendiendo, porque a mí eso no me lo hacen. Y mi castigo comienza desde ya, de modo que ahora desapareces, porque soy yo la que corta el *switch*.

—Un minuto. Dame un minuto...

—Ah, y déjame decirte con regocijo que no voy a salir a la terracita, porque estoy con todos en el living, al lado de mi maridito, y vamos a jugar al póker, y me siento tan, tan feliz, cuando me hallo al lado de él, que no te extraño, amor, que no pienso siquiera en ti, amor, que ni de paso me acuerdo de que existes, amor. Además, no hay terracita.

—Veo bien tu sonrisa al imaginarte la cara que tus palabras me están haciendo poner.

—Sí, sonrío al ver la cara que pones, me deleita comprobar mi poder, pero silencio, esto pertenece a lo que se calla, al secreto. De modo que ahora corto el *switch* y puedes decirte a tí mismo, ya que te preguntabas con McCartney *why she had to go...*, que claro, que cómo no, que sin duda *I said something wrong, now I long for yesterday* y, chao, lindo, amor al que no recordaré ni una vez más hoy ni mañana,

pero a quien estaré esperando el lunes a las cinco, en el Puente, y que si no llega, si no llega...

—Espera...

El *switch* se ha cortado, de manera que una vez más habrá que cambiar. Pero, bueno, además del ejemplo de la ida al San Cristóbal, podemos también hablar de otras cosas, cosas, digamos, del pasado y, agreguemos, de un pasado algo lejano, porque ya dejamos de ser nuevos, verdad. Hablar, más o menos, de entrevistas en automóvil, o de que una vez —18 de septiembre, para poner una fecha patria de mucho símbolo— he llegado hasta Quintero sin saber ni por las tapas hacia donde está la casa de ese otro tío de esa otra prima tuya y he buscado ansiosamente en todos los rincones hasta divisarte en la playa del Papagallo tendida boca abajo en bikini, despaturrada como siempre, con tus apretadas piernas bien abiertas, al lado de una amiga, o prima, o tía, o prima, o simplemente amiga, pero sin *él*, como le dices, que estará quizás leyendo a la sombra de su habitación, y qué locura —empalideces—, cómo se me ocurre, esos son desbordes, momentos de crisis que deben a toda costa evitarse para tranquilidad de nuestras vidas tranquilas, y la amiga, o prima, o tía, discretamente da una excusa y se retira y tú qué dices —ah, qué dices, mientras te pones los pantalones—, que partamos inmediatamente de ahí, que si tengo algo que hablarte, vamos de inmediato a otro lugar, a ese cerro, a este bosque, ya que. Pero qué ya qué ni ya qué: *él* viene a buscarte y los dados están rodando, vendrá el encuentro que yo quería, que tú evitabas; que yo quería porque creía; que tú evitabas porque sabías,

el encuentro del que se sale (yo), mote, pésimamente parado, cola entre las piernas, como palo de gallinero, y todo porque sí, qué curioso, porque sí, porque ya las cosas, porque el tiempo, porque los cariños, y en fin, de esa y otras ocasiones podemos hablar tú y yo, o bien monologar yo, ahora sin el *switch*, de esa y muchas otras, pero para qué: piensa que ese maldito gringo, al ver las fotos que una tarde de turismo tomó en el pintorescou cerrou San Cristoubl, se topará con una en que aparece un torreón y tras las almenas asoma una pareja en actitud amorosa, y podrá el gringo muy bien preguntarse quiénes serán estos sujetos y qué hacían allí, porque de la foto nada más podrá decirse que dos sujetos como los que somos, nada tendrían que hacer ahí, porque, entre nos, el tiempo pasa, no lo habrá "borrado todo" a lo Parra, pero pasa y quizás para percatarnos, deberíamos ver esa instantánea que estará mirando el gringo, verla tú y echar una lagrimita, verla yo y echar otra puteada y cantar, concluyendo: *Yesterday, love was such an easy game to play*, pero no necesito como McCartney ningún lugar para ocultarme, pues de todas, de todísimas maneras, tú eres tú, yo soy yo, los dos somos los dos y eso es algo, y más que algo, y si el jetón del gringo no lo ve, que se vaya derecho a la mierda y adelante, pues, *Switch*.

## Las arañas

---

COMO CUANDO DESDE LA CAMA SIN PODER LEVANTARTE porque los huesos, porque la fiebre, por la amarillenta pared que te da de frente —cerca de la foto donde a tu lado en otros tiempos está colgando la primera iguana que cazaste— ves bajar negrísima y simétrica una araña, y entrecerrando entonces los ojos, ya que no puedes levantarte para aplastarla, destruirla totalmente, reducirla al asqueroso jugo que las infla, viajas otra vez, como si fuera una obsesión, otra vez más, a los verdores lujuriantes de aquel trópico veracruzano después del carnaval y donde también una araña, otra araña, donde has llegado muy joven, muy pleno de vitalidad y pensando que tienen que pasarte muchas cosas, muchas cosas, para tener qué contarles un día a tus nietos; como antes también tu abuelo te contaba, mientras ahora piensas, viendo bajar esa araña, que si hubieras tenido hijos, si hubieras tenido aunque fuera un hijo, podrías también,

pronto, tener esos nietos, uno solo, un nieto rubiecito, de cabellos rizados —como tú fuiste— a quien contarle que estabas esa noche en Veracruz bajo los cocoteros, plateado el mar de luna y rugiente de absurdas olas, cuando la araña. Porque mientras yaces —la fiebre, los huesos— viéndola descender desde la cama asquerosa, agigantándose su sombra en el desteñido papel del muro, quisieras tener la fuerza, el ánimo, para levantarte y aplastarla de un solo golpe certero. Amiguito rubio, le dirías, otra cosa es con guitarra. Cuando se ha tenido el pecho entero, los brazos, las piernas, reducidos a pus por los malditos jejenes, cuando antes de salir de la carpa en la mañana se ha sentido el aguijonazo asesino del alacrán al meter el pie en la bota y se ha tenido que aguantar veinte días delirantes también de cama, calores, fríos, sequedades, así medio como entre la vida y la muerte, porque los antibióticos, nietecito, no existían; cuando frente a la cama de tu hotelucho en Querétaro al despertar está quieta sobre la puerta la tarántula que te ha hecho vela y de afuera llegan los compases de *estoy bajo de una palmera, en la noche playera, suspirando por ti* mientras te levantas sigiloso y caminas haciéndote el tonto hasta que asestas certeramente el zapatazo y se te enfría ya el sudor; cuando has visto morir entre delirios a un indio porque internándose lago adentro en su bote pescador lo pica en el brazo ese modesto zancudo de patas largas que produce la fiebre palúdica; cuando hasta las inocentes escolopendras están llenas de ponzoña, entonces, jovencito rubio, no le puede andar uno con risitas a ningún bicho, ni tenerles compasión, aunque muchas veces tengan que pagar justos por pecadores, por-

que en el trópico es ver al bicho y matarlo reflejamente. Cuestión de supervivencia.

Contarle también —ya más crecido, el cabello más oscuro y más liso— que una noche te has ido a la playa, has tirado al suelo de la plaza tu máscara, entre chayas, entre serpentinas y matracas enloquecedoras y cornetas, entre papagayos, entre los olores húmedos de las glicinas que van cubriendo enteras las viejas casas, de las buganvillas, del ron, del sudor masivo y ondulante del carnaval, entre griteríos y ebrios cantos y cuchillos, la has tirado al suelo, tu máscara de Tribilín, y has cortado para la playa a seguir tomando ron echado flojamente en la arena bajo la palmera curvada, con el Mexicano, y él te dice que la van a hacer grandes, manito, en lo del gobernador, y tú le preguntas más detalles y son dos, son dos las hijas del viejo, bien morenitas y bien culonas y buenas, que se dice, para la cosa. Iremos después, más tarde, cuando hayamos terminado esta botellita y los ruidos del carnaval mengüen un poco y los zopilotes estén durmiendo y con un leve guitarreo las haremos salir al balcón y de ahí ya será fácil en un santiamén estar de nuevo bajo las alas briseadas de estas palmeras con las dos chamacas negritas y más dulces que este ron, carajo, y qué carnaval ni qué mil cuernos, y qué carajo. Y decirle entonces al amiguito, al nieto, que entre pase y pase de la botella la ves agazapada y enorme en un claro que forma el rayo de luna y te estremeces inquieto y luego te levantas de un brinco y sientes viva la comezón del miedo y te vas acercando con la botella que piensas reventar en añicos contra el monumental arácnido, cuando a medida que te acercas, ella sale corriendo de lado, enorme como una mano machetera, la

jaiva hipócrita, muy igual a las que en tu país llaman "moras", y te largas en una carcajada todo el temor que tenías retenido y toma tú la botella, Mexicano, yo me voy a bañar y eufórico de que no no hubiera sido araña, te empelotas cantando a toda voz *tengo el as, tengo el dos, tengo el tres* para echarte una zambullida tonificante, total, no es muy tarde y habrá que esperar todavía un par de horas para lo del gobernador.

Y contarle que México era México. Con sus arañas y todo, con sus moscos y todo, pero México; que tú también eras tú, lleno desde la médula hasta la punta de los pelos, desde más abajo de los pies hasta más arriba de la cabeza, de ansias hirvientes, de anhelo por sacarle a la vida chispas, de hacer fuego a roce con la vida, de estallar en una gran hoguera.

Y asegurarle que lo de las hijas del gobernador fue apenas un chiste y que la mujer era otra, era Magdalena, la hija del posadero en Guanajuato, que te llevó una tarde al sótano ése a ver las momias y después se fueron caminando, caminando, hasta la laguna del pelícano blanco y se querían como el diablo y casi no se hablaban de puro mirarse y todas las mañanas llegaba ella a tu cuarto con el desayuno y te despertaba suavemente, lanzándote a la cabeza, a la cara, a los brazos, unas piedrecillas con sabor a dulce, porque abrías los ojos y encontrabas los suyos refulgentes de amor, y la veías entera con la bandeja de nuevo en las manos, riendo, y al dejarla sobre la mesita de noche te daba un beso rápido y tú le decías que dónde me vas a llevar hoy, y ella que momento, joven, vamos a ver si mi jefe me da permiso, y después siempre le daba, porque allá, rubiecito, jefe es el padre, y salían hasta que pudieran y era

ella, Magdalena, la mujer, y no la hija del gobernador, pero qué diablos, chiquillo, cuando se hacen huevadas hay que pagar las consecuencias, porque en esos días tuve que viajar a Veracruz y allá me tocó el carnaval y qué diablos, cuando te tomas una botella de ron y después te tiras a una hijita de familia en su propia cama porque a la playa para qué, si aquí no más, dice, y la familia es la del gobernador y muy católica y te ponen, entonces, el caño de un revólver al pecho y te obligan a casarte porque si no..., y tú aceptas mansito para no pasar de lacho a carne de lombriz como el Mexicano, que plantó la carrera y pum, carajo, ahí no mas quedó, a unos metros, y entonces cuando el cura bajo la mirada amenazante de toda la gobernación te está preguntando si sí, piensas en Magdalena, ella era la mujer, nada más que tardes de caminata, momias en hileras, pelícanos blanquísimos, y tienes que ser muy hombre para que las lágrimas no se desborden sino que queden ahí no más, debajo del párpado.

Y decirle que, en fin, tampoco se pasa mal los primeros meses en esa gran casa de putas del viejo con bigote porfiriano donde se come tanta barbacoa en los enormes patios frutales, tanta perdiz, tanto ciervo, tanta fruta también en bandeja por las mañanas en la terraza de los guacamayos, donde se toma tanto vino, tanto pulque, tanto ron, donde se ríe tanto en el día con los cuentos y percances del patriarca, y en la noche con las calenturas hilarantes de tu legítima esposa, pero jurarle que Magdalena, que en verdad Magdalena, que únicamente Magdalena con su primor delicado, su trenza larga, sus ojitos amarillentos, su sonrisa cada mañana, jurarle y rejurarle que sólo Magdalena, como que cuando hubiste co-



mido y chupado bastante, no aguantaste y las emprendes a la negra una noche a Guanajuato, pero ella ya, como dicen los mexicanos, ni modo, nada contigo, chileno ingrato, y te jodiste no más, porque tú, pero Magdita escúchame, y ella, no señor, ni modo, y tú que sí y ella que no y definitivamente que no y tú te ibas a la cresta, pensaste, porque para embarrarla ya no habrías de parar nunca.

Y contarle entonces que aquella noche en la playa de Veracruz, pero que no, que ahora mismo no puedes despegar los ojos, nieta lindo, de esa araña negra pared abajo junto a la foto de la primera iguana que cazaste, y tú entonces, ahora, desde la cama —aunque los huesos, ¡aunque la fiebre!— y porque así lo aprendiste: ver un bicho y matarlo y sobre todo las arañas, desde la cama entrecierras otra vez los ojos, pero no viajas de nuevo inevitablemente a los años de locura donde también otras arañas —la estriada, la con la estrella blanca en el jardín, la horrible—, sino que te haces un solo nudo, te haces una sola nube, una sola madeja y te levantas arduamente —porque las arañas, nietecito— y no sabes cuánto tardas en llegar a la pared por donde ella desciende segura de sí misma —nietecito sin nombre— y te echas un poco atrás y cuando ya viene a la altura de tu hombro, empuñas, jalas el brazo y lanzas a todo meter el golpe siempre certero. Y cuando alguien entre, Mexicano, verá una araña hecha papilla salpicada en la pared, y verá un atado de carne y hueso —poca carne, mucho hueso— desparramado por el piso, porque ya en ese momento estaré tan muerto como tú.

## Abranme la puerta

---

FUE ENTONCES, ANTES DE EMPRENDERLAS A EMPEÑONES con las paredes de la escala, cuando me vino el hastío y les grité. Porque en la mesa éramos apenas cinco, es decir la mitad de los presentes, según lo cual el “apenas” estaría sobrando y en verdad si lo escribí, primero, y decidí dejarlo, luego, es porque los otros cinco, aunque eran tres los que funcionaban a todo meter, parecían elevados al cubo y no únicamente por la bulla y los gritos —los únicos que bailaban— sino porque por ellos la vida zapateaba, subía y caía como en las peores caídas y en las subidas más sublimes, etc., etc., ¿va bien? Bueno, enriélemonos y volvamos a los cinco iniciales para que este relato guarde un mínimo de orden.

Hablemos primero del Hombre Feliz. Se llama Gaspar y tiene siempre una sonrisa a flor de boca, siempre un buen chiste que disparar, un humor, un

gesto alegre —aunque pongámonos de acuerdo: no es que Gaspar se lleve todo el tiempo la breva pelada y en la boca, sino que Gaspar... bueno, Gaspar— y siempre una frase amable, de esas jodidas frases tan elogiosas que no sabe uno si van, como diría Cantinflas, de a de veras, o si, a lo niño, son de mentiritas no más. Bien: Gaspar es hombre que va pegando firme para los cuarenta, o sea, muy posiblemente tenga sus treinta y cuatro, treinta y cinco, pero llevados —vividlos, queda mejor— con cierto exceso. Viste con sobriedad, un poco demasiado a lo caballero para estos tiempos de corbatas floreadas, camisas de cuellos costilleros y pantalones que llaman “pata de elefante”, pero que no se parecen en nada a las patas de los elefantes, porque en lugar de caer en arrugas, se van ensanchando lisos hacia el zapato. Y la verdad es que si dije que los treinta y cuatro los llevaba posiblemente con cierto exceso, es debido a que Gaspar no representa en absoluto al típico universitario egresado a punto de obtener el título para orgullo de su familia entera, el niño, sino que, bueno, es una persona que está, sí, a punto de obtenerlo, pero que viene de regreso también, o sea, que entre curso y curso ha dejado a veces pasar uno, dos años —qué más da— manejando camiones, contrabandeando de Mendoza, apuntando a casarse, pero nunca, en fin, etc., y entonces qué se puede decir, sino elogios, de un fulano que después de andar haciendo las de Quico y Caco por ahí, de ganar dinero que le dé para esos abrigos que colecciona, de vivir bastante bien, decide de todas maneras —¿será más correcto “no obstante”?— recibir su título, sometiéndose a la desagradable tarea de rendir exámenes atrasados, de llevar a cabo la humillante “Práctica”, de escribir la tesis de grado. Y re-

sulta, pues, que lo que finalmente uno valora, no se refiere ni a títulos ni a honores, sino a ese venir de vuelta, que solidifica más a las personas.

Y lo curioso de Gaspar es que cuando uno le dice “hombre feliz” dibuja una sonrisita un poco triste y responde “ojalá”, como si en el fondo su felicidad no fuera más que una burlona máscara.

Pero va muy larga esta descripción, si pensamos que esto es un cuento y no una novela, y que hay unos cuantos personajes más esperando turno; de modo que dejemos la mesa y vámonos al otro grupo. En la esquinita de ese sofá, junto a las persianas de listas de madera, está sentada Rosita, echada hacia adelante, con los codos apoyados sobre las rodillas y la cara reposando en sus dos palmas. Es morenita, de cabellera lacia y suelta y piernas largas que me gustaría acariciar, pero yo no soy el “jovencito” de este cuento. Frente a ella, acomodado en una especie de pastel de cuero relleno que llaman “pouff” y que lo hace parecer como si esuviera en el retrete, alaranea Sergio Salinas, pues, Sergio Salinas, el buenmozo, el codiciado, el príncipe azul de las muchachas, el alto, el musculoso, el de facciones cinceladas, el de sonrisa imán, pues, Sergio, Sergio Salinas, que no sólo es primer piloto de un mercante y viaja a Nueva York varias veces al año y conoce de memoria todos los puertos-escala, y que no sólo usa puras cosas importadas (corbata, perfume, zapatos), sino que además, cuando le toca estar de pasada por Valparaíso, dispone de un Volvo Sport cremita que su hermana le pasa apenas llega. Quién sabe qué pueda estarle diciendo a Rosita —quiero ser un narrador objetivo y no tirarre carriles demasiado gruesos—, a la dulce Rosita (perdón, no debiera calificar) quien lo escucha y lo

mira embelesada, o boba, o aturdida, porque acaso él se halle contándole algunos de sus fantásticos viajes —ella nunca ha pisado un barco y le creerá a pie juntillas todo— (Gulliver, Robinson, Simbad son meras alpagatas), hablándole de cocodrilos en el Canal de Panamá, de cuando años atrás, mientras el transatlántico esperaba su turno para entrar a las esclusas, se lanzó de cabeza al agua para recoger el pañuelo de seda que se le había volado a una pasajera italiana que se podía sin remordimiento jactar de un par de piernas fuera de toda serie y que lo andaba trayendo más deschavetado que otra cosa; o exagerándole acerca de cabezas reducidas por los jíbaros compradas y cambalacheadas por encendedores, joyas de fantasía y otras bagatelas, en misteriosas ceremonias nocturnas en Guayaquil; de primitivos palafitos que se convierten en casas flotantes en Buenaventura, de graves panas mecánicas del jeep cruzando las amarillas arenas de Talara, del acordeón del Capitán, de las damas enamoradizas que buscan emociones fuertes en noches de barco y exóticos días de escala, de los amores y las aventuras. O quizás ni corto ni perezoso le esté más bien piropeando los lindos ojos que se gasta para mal de los hombres, celebrando sus gentiles gracias, preparando, en otras palabras, el terreno para lanzar de pronto el lancetazo. O quizás esté —con el perdón de ustedes— diciendo puras huevadas, como suele también hacerlo a la perfección. Se los dice uno que no lo conoce desde chiquitito, ni como si lo hubiera parido, pero que ha logrado hablar con él, con Sergio Salinas, pues, unas cuantas veces. El hecho es que permanecen así, de frente, como listos para la foto, mientras la música arrecia también y pide más acción, bailongo, zapateo, en el

centro de la pista, y Gaspar y yo le metemos duro al tinto y en la mesa las botellas vacías se van acumulando.

Chuleta saca a bailar a la que al llegar presentó como su señora y que, con toda seguridad, debe ser su señora. Le digo Chuleta no por molestarlo sino, primero, porque no me acuerdo para nada de su nombre y, segundo, porque los padres de la patria habrían hecho un soberano ridículo compitiendo con este hombronazo maceteado cuya mujer es harto competente —gordita también— y baila con una soltura que —válgame Dios— sólo los pícaros grados que se van acumulando en la cabeza pueden otorgar, un relajo muy suelto y traposo que parece pudiera de pronto botarla lisa y llanamente al suelo y total, para lo que importaría. Bueno, por si mis eufemismos no les han calado el entendimiento, diré mejor, para que no vaya a perderse detalle, que la señora le ha puesto entre pera y bigote sin ninguna inhibición y que entre vuelta y vuelta a todo ritmo, si Chuleta no la sostiene con sus poderosas manos por la cintura, daría botes en el piso.

—Parece que se anduvo curequeando la hermana de Sergio— dice Carmen, la dueña de casa, una de las nuestras.

—¿Esa es la que le presta el auto?— pregunta el Hombre Feliz.

Y bueno, puchas vayan y puchas vengan, carajo, que quién se gastara una hermanita así, aunque tiene también sus manías, dice Carmen, y si bien le presta su lujoso coche y lo complace en todo, hay, eso sí, ciertas cosas que no estará dispuesta a permitirle y por eso, explica Carmen, es que Sergio no se ha casa-

do y ya va estando pasadito el niño y por eso también es que parece que es marino, porque imagínense, dice Carmen, y si no —nos alerta— observen bien cómo no le despinta los ojos, mientras que a la Rosita (y créanle a Carmen, que sabe lo que habla) parece que la estuviera fulminando.

Y la verdad... Bueno, no voy a elucubrar, contaré sólo aquello que mis ojos logren ver, quizás doble dentro de poco, porque el vino. Gaspar —y esto es objetividad pura— le pide a Carmen que abra otras dos de tinto y yo apruebo con mucho agrado, ya que el primer Gin con Gin fue sólo un gesto de cortesía tomárselo. Gaspar y yo somos de tinto y tinto del bueno, no cualquier tinto, sí, pero de nuevo me estoy arrancando con los tarros. Mea culpa, mea culpa. Repito una vez más para conocimiento de todos: yo no llevo velas en este entierro. Me limito a mirar y a contar lo mejor que me sea posible aquello que vea. Sergio, por ejemplo —y no hay manera de equivocarse— va siguiendo con Rosita una Canción de Maysa bastante apta para bailar romanceando y mientras ella echa la cabeza un coquetón tantico atrás y le manda una mirada reverencial, él la mira terso, medio sonriente, y murmura lo que nadie dejaría de suponer frases bonitas: eres una pluma para el baile, o algo de laya semejante. Cuando me tomo unos tragos, las cosas terminan por darme asco (¿Iré después de todo a acabar robándome la película? Otra vez me retracto). Chuleta se ha sentado y su mujer viene hasta nuestra mesa para hacer un brindis —anuncia— por la dueña de casa, pues. Gaspar le cede su asiento y por lo tanto la deja el idiota mirando justito a la pista. (Aquí se va notando inevitablemente que aunque quiero parecerme a una cámara cinematográfica de

cualquier cantidad de milímetros, estoy en antecedentes del final de la historia. Si no, ¿por qué me adelanto a tratar de idiota al pobre Gaspar?). Ella se halla a punto de alzar su copa, cuando de pronto se decide a dejarla nuevamente sobre la mesa y a levantarse como de un salto para sin vacilaciones llegar hasta el gramófono y cortar la música. La voz dulce de Maysa se quiebra bruscamente con un chirrido. Sergio y su pareja cesan de dar esas vueltas cariñosas en la pista de baile. Ella parece que va, ¡sí, señores!, parece que va a protestar. Pero él tenía, claro, que apretarle la muñeca y conducirla como un amo hacia el mismo asiento que ocupaba. Entonces —ya lo supondrán— la señora de Chuleta vuelve triunfante a nuestra mesa, dispuesta, de seguro, a proseguir su frustrado brindis.

—¿Por qué cortaste el disco?— pregunta el malévolo de Gaspar.

—Me carga esa tonta de la Maysa.

Mientras brindamos en el colmo de la alegría (aunque a estas alturas del trago, ya las cosas me empiezan a asquear) por la magnífica dueña de casa que nos ha prodigado esta exitosa fiesta Sergio y Rosita, en los mismos asientos, guardan lo que podría llamarse absoluta seriedad y se muestran quizás un poco tensos. (El “quizás” es para no parecer tan categórico; pero ya pueden ver ustedes que a mí no se me va una). Dejamos secos los vasos. Gaspar mira a Carmen y ésta le hace un guiño antes de partir a colocar otro lotecito de discos. Tomamos otro vaso a la salud de cualquier cosa y la señora Chuletas me dice que oiga, que baile con ella. (Podrán ustedes suponer que sus palabras exactas son “oye, baila conmigo”). Protesto tratando de decir y repetir que no le pego



mucho al tango, pero ya me ha tomado de la mano y me arrastra hacia el centro, gritando entre risas “ya, pues, ya, pues”. Entre vuelta y vuelta —la verdad verdadera es que para el tango soy como tigre— tengo que desplegar las pocas fuerzas que me quedan para impedir que se me vaya a pique, pero como no me gasto la corpulencia de Chuleta, en esa parte de *no te vayas a olvidar que es mujer y que al nacer del engaño hizo un sentir* le firuleteo de ida y vuelta para el lado y a ella se le enredan sus patitas y al suelo, mi alma, con gran estrépito. Chuleta llega de un salto para levantarla y Sergio también, abandonando a su Dulcinea, acude en auxilio de la caída. De nuevo con las plantas firmes sobre el piso, ella tiene el valor de decir que ya, que ya, sentaditos, que nosotros seguimos bailando. Pero a mí se me habían apretado los nervios y no volví a dar un solo paso como Dios manda.

—¿Eres chileno?

—Chileno, ¿y tú?

—Yo me llamo Teresa. Me dicen Teresita.

Le aprieto con más fuerza su cintura y trato de pegar en su cara mi mejilla sudorosa, total...

—Nada de juegos —me para en seco. Después ríe. —¿Te desconcerté?

—Ni una pizca. Pero soy de la tribu de los que piensan que en el baile hay que agarrarse firme.

—¿Conoces Europa?

—Muy poco. En realidad casi nada. ¿Y tú?

—Crecimos en Suiza. Cuando volvimos a Chile, yo tenía dieciocho. Y él tenía quince.

“No te dejes engañar, corazón”, va terminando para mi alivio el disco y gentilmente conduzco a la

dama al sofá donde Chuleta fuma en silencio. Gaspar se levanta de nuestra mesa, dice salud y trastabillando se acerca.

—Ahora me toca a mí, Teresita...

La verdad es que a cierta altura las cosas empiezan a darme ahí abajo, como se dice. Ustedes podrán adivinar a qué palabra le estoy esquivando el bulto, o a qué jeringa le estoy quitando el traste (no siempre va uno a hacerse impunemente el lesa). Bailan, Gaspar, borracho y todo, como un ángel; ella, con una gracia que en verdad no le sienta muy bien. Ella ríe. El la sigue. Hablan y se van acercando al rincón donde Sergio y Rosita.

—El, pues, *él* —grita Teresa Chuletas y acto seguido, soltándose a manotones de Gaspar, le toma la cara a Sergio y le da un ligero beso en la boca y mira burlona otra vez a Rosita, cuya dignidad, pues, no le permite otra cosa que levantarse airada y retirarse a la otra pieza, a la habitación.

Carmen me mira como diciéndome que qué le vamos a hacer, que hay que dejarlos no más que vivan su vida. Chuleta viene a nuestra mesa en busca de trago.

—Ya empezó ésta —dice—.

Guardamos un silencio respetuoso.

—Cada vez que llega Sergio —sigue—, le da por curarse, se vuelve como loca.

Sergio ha seguido a Rosita a la otra habitación y conversan sentados sobre el borde de la cama. (No crean que es omnisciencia y que el narrador ve más allá de las paredes. La otra habitación comunica mediante una amplia puerta corrediza con nuestro salón). Conversan, sí, sentados sobre el borde de la ca-

ma en una actitud dramática que no puede producir mucha pena. Cuando la escena llega a ojos de Teresita, ésta vuelve a desprenderse de Gaspar y de un portazo (imagínense, sí, un portazo de puerta corre-diza) deja encerrada a la pareja para luego echarse a cuerpo entero sobre el sofá y llorar a pulmón lleno. Chuleta la va a ver, de seguro a consolar. El Hombre Feliz vuelve sudando a nuestra mesa. ¿Tinto, señor? ¡Tinto, señor!

—¿Qué hablaban tanto?— dice Carmen.

—Nada que valga la pena, viejita. Me contaba que cuando llegaron a Chile de no sé dónde, él tenía quince.

—¿Quién?

—Sergio Salinas, pues.

Bueno, sé a lo que me arriesgo. Me van a decir una sarta de insultos: que me achapliné con el cuento; que no me dio el cuero para terminarlo como se debe; que para qué describí tanto a Gaspar en un comienzo, si después no lo iba a desarrollar —*ya viene el negro zumbón*, mamita— como personaje; que para qué tenía que tomar tanto vino; en fin: que fallé medio a medio. Bueno, pues. Díganme lo que quieran, incrépenme, tírenme tomates —*¿Te acuerdas del percal*—, huevos podridos, tírenme mierda, pero les decía que las cosas me venían asqueando —es posible que ya no quedara vino, que hubiéramos estrujado las botellas— y de pronto tuve ganas de allegarme a la ventana y vomitar, pero el pudor. Y me acordé también de que en la casa mi mujercita ya estaría preocupada porque yo no aparecía y, sobre todo, sobre todo, me acordé de que tenía una mujercita que me esperaba en la casa y a la que por qué la dejaba plan-

tada en la noche —*tiburón, tiburón, tiburón, tiburón*— para venirme a meter en esta cueva sórdida y —aunque es posible que no quedara vino— fue entonces que me paré, ábranme la puerta, señores, y perdonenme que sin ser el héroe de esta fallida historia, sino sólo su ojo observador, termine centrando en mí el desenlace, pero la verdad: más allá no pude saber las cosas, porque como decía, me paré entonces y les grité a todos, antes de salir de un portazo para vomitar en la escalera, les grité que se fueran no sólo a la cresta, sino también a la mierda. Con el perdón de los señores lectores.

## Adiós a la Candelaria

---

### I

SIN SER SU PELLEJO SUFICIENTE PARA CONTENERLO, CHUCARO de impaciencia, saturado de una explicable dicha y de dinamita la sangre, Barrientos por fin corría, corría, y corrió hacia su casa como un poseído por las furias, abriéndose paso a grandes trancos, aleteando con los brazos, entre las caravanas callejeras, sin detenerse ante nada, hasta donde la vieja. Abrazos y saludos y hasta lágrimas después de tanto. Pero sobre todo una lavada rápida y quedar de nuevo listo para partir, aunque en la cocina, cociéndose por dentro, viene primero la más importante crónica del último año de Carelmapu: murió don Ernesto, su hermana Inés perdió la guagua, la vecina Julia se casó con el hijo idiota de don Benito y ahora, hijo, la fiesta está que arde y entonces, apresurando el mate, partió ahora sí en busca de Clara, retomando su galope y su ale-

teo de alcatraz, saludando a algunas gentes, no pudiendo evitar ciertos abrazos y postergando a manos llenas las invitaciones de quienes lo estimaban y esto, mierda, sí que era vida, sentirse así de querido, de respetado, como un buen rey que venía siendo desde que salió de nuevo al mundo con un decidido adiós para siempre a los recintos militares, apenas dos días atrás.

—¡Conscripto Barrientos!— había sonado como ráfaga la voz del oficial bajo el cielo de esa mañana clara frente a la bandera.

El soldado avanza unos pasos, se cuadra y mantiene el saludo militar hasta recibir el papel; luego estrecha la mano del superior y, haciendo que los tacones echen humo con la seca media vuelta, retorna a su puesto en la fila y cuando mi capitán grita conscripto Cavada ya él no escuchaba, comenzaba su vuelo, se perdía, se transformaba —se había transformado— en una pura idea fija que significaba mundos, que significaba todo: Carelmapu, con esa interminable cola de hechos que la sola palabra disparaba como imágenes de una película, la Clara de blusa blanca ceñida, su casa sola, Alejandro, el amigo, buceando erizos cerca de la orilla, todo aquello que involuntariamente había dejado por más de un año, sí, pero sobre todo la Clara, porque ahora sí, mientras a intervalos regulares la voz del oficial resonaba potente, andaba ya por esas nubes y estaba de veras a punto de volver a lo suyo, de partir y llegar a plena fiesta de la Candelaria si acaso hacía las cosas rápido, aunque sólo a las finales llegaría, a las del estribo, pero por algo siempre los tres últimos días han sido los mejores, así que de qué quejarse, los de más vino, más baile, más alegría, más peleas, más calor,

más cuchillo, más Clara también, ahora que sabía tres o cuatro cosas nuevas. Que le cortaran un brazo si pensaba hacer las cosas de otra manera que no fuera rápido. Empezará en la misma noche el viaje para que si todo marcha como Dios manda, llegue a más tardar un día antes de la procesión, como prometió en su última carta.

Y en el amplio patio bajo un cielo que de pronto se había vuelto amenazante de lluvia, sus camaradas, entre taconazos, recibían el papel, mientras él siempre volando, cada vez más lejos, porque bueno, digo yo, ya debe de estar todo el pueblo dando saltos, revuelto como una gran marejada, los viejos, los niños, las mujeres, todos corriendo aquí y allá, poniéndole color a las casas de madera, viajando a Puerto Montt para cambiar de traje y aperarse que ya viene, llega, está viniendo, la avalancha de viajeros desde todas partes, de la Isla Grande, las Guaitecas, de Aysén, y estarán aglomerándose en una sola pieza las familias para abrir sus puertas, convirtiéndose en pistas de baile los pequeños salones, enramándose los patios para el tinto y la cueca, transformándose el pueblo en un hormiguero lleno de colores, bulla, música y licor, y estará ya la única calle atestada y estrecha con los vendedores y los charlatanes contando que vienen desde lo más al norte, desde Arica —juran— recorriendo pueblo por pueblo y que terminada la fiesta partirán al sur, todavía más al sur, por la vida, hasta Punta Arenas, sí, estarán instalados en las orillas polvorientas de la calle diciendo sus palabras mágicas con esa voz clara de los canutos y con buenas frases bonitas para rodearse de mujeres enloquecidas ante tanta belleza importada y multicolor, y también estarán instalados los cacharrereros chilotas,

y andarán las niñas paseándose por las tardes de un extremo a otro de la calle, esperando una invitación a bailar, un piropo, ojalá de los afuerinos, y los cabros rondándolas con los ojazos muy abiertos —que no les toquen feas— en busca también de compañía, y hechas luego las parejas, métale al baile en las fondas todo el día, una tras otra, caña y caña, tinto y blanco, botellón y empanada, que hasta los cabros chicos tienen que ver estrellas, bailando rancheras y cuando ya la tarde va muriendo, muriendo, a perderse entonces, flor de canela, del brazo por los caminos del cerro o alejarse despacito, como que no quiere la cosa, playa abajo, mierda, cómo estará la Clara de impaciente igual que él, esperándolo que ya es hora que llegue, mientras le ayuda a la vieja doña Olga en los quehaceres, y nada más que Carelmapu, ¡la flauta!, la Candelaria, desde esas nubes blanco puro y grises que están llenando el cielo, mientras que entre taconazo y taconazo, acecha apenas ahí afuerita el mundo, el largo recreo que se merecen todos tras el encierro.

Y entonces avanza el rey como a saltos de canguro con la vida puesta en una sola cosa.

—Vamos a echar un trago, Miguel—. Era Alejandro, el amigo, el mejor buzo del mundo, al que en la espalda se le palmorea fuerte.

—Ganchito, dejémoslo para más tarde: todavía no veo ni a la Clara, vengo llegando.

## II

Clara evitó la mirada de don Arístides, que recurría su fonda saludando y festejando a los parroquianos.



—No tomes tanto, Feño.

—No he tomado tanto. A ver, bailemos esta ranchera. Después nos vamos.

Le estaba ocurriendo lo mismo con todos. Cuando llegaba el momento de cruzar miradas, sentía fuego en los ojos ajenos, disparos reprobatorios que la herían, debilitando toda la sangre que en ella quería mandar. Las viejas eran increíbles, lo sabían todo y lo que no sabían lo adivinaban, igual que ella al presentir, sin entender bien cómo ni de dónde, la presencia cercana, la llegada inminente de Miguel.

—Mamá, salgo un rato —había dicho un par de horas antes—. Dejé los platos listos.

—Vuelve luego, niña. Y cuidadito. El Miguel ya debe estar por llegar y no sé cómo te veo con el Feño ése. ¿Que te anda ligando?

Salió sin responder. Su madre no comprendería, ¿qué sacaba con decirle? Caminó hacia la fonda de don Arístides. Por todas las ventanas y las puertas escapaba volando la música, y el bullicio de casa y casa arremetía en la calle arremolinándose en un cesante y poderoso zumbido. Para qué tenía su madre que andar haciéndole preguntas. La oscuridad, el viento fresco y punzante, la inquietud también, de adentro, la hicieron apurar el tranco. En la puerta de don Arístides la estaban esperando.

—Hola, Feño.

—Creí que ya no venías.

—Pero vine. Mucho trabajo en la casa.

—Me estaba comiendo la impaciencia.

—Pero vine. Ya estoy aquí...

—Vamos al cerro, después entramos.

Le rodeó con el brazo la cintura y se inclinó como para besarle la mejilla, pero la soltó antes. Echa-

ron a caminar entre gentes, hombres y muchachas que iban y venían, reían estruendosamente, se bamboleaban, caían al suelo y gritaban, y también guardaban silencio.

—Tengo que hablarte algo, Feño.

—Ya sé: Miguel; que llegará de un momento a otro y todo lo demás que ya me conozco de memoria y me tiene hasta aquí mismito. No ahora, chicuela, no me jodas, pasémoslo bien esta noche.

—No, si tiene que ser ahora, ahora mismo, ahora.

En pocos minutos dejaron atrás el gentío y la bullanga. Habían salido del pueblo y se echaban bajo el alerce grueso, a los pies de una colina desde donde se distinguía el mar, oscuro e inquieto como una sombra negra, respunteada la playa por una hilera de puntos refulgentes como luciérnagas sin vuelo iluminando el blanco sucio de la lona marinera.

—Deja, ya... —Luchaba por desasirse de los poderosos brazos que querían estrangular todo su cuerpo—. Oyeme, Feño. Miguel llega luego, quizás mañana, quizás ahora. —Y, bueno, ya sabía él que la gente andaba diciendo cosas, que hasta su mamá le había echado una talla, y no es que le importara lo que dijeran, pero con Miguel sí era distinto, qué iba a hacerle, no quería que pudiese echarle nada, nada en cara, decirle que era una tramposa, una mierda porque lo engañaba, una puta de mierda, porque se la había jugado—. Además, tú mismo no has sido bien hombre—. Porque siempre que se juntaban le rejuraba por Dios y la virgen que había que cortarla, cortarla de una vez, mala suerte, pero que lo mejor era esperar hasta que Miguel llegara para arreglar las cosas correctamente, como se estila entre gentes de una

pieza, y después era el mismo el que hacía que siguieran, el que taladraba las voluntades y hacía que terminara siempre igual, sin hablar nada, ni una palabra, de cómo hacerlo para cortarla, encamados ahí en la hierba, para remate, y claro, la que no podía dormir en las noches era ella. Escondió bien el rostro entre sus manos y sacudió la cabeza de lado a lado y pero qué le iba a hacer, si lo quería.

El Feño Bórquez asintió y dijo que ella tenía razón. No había derecho de recibir así a un viejo amigo, ¡palabra, Clara!, no debieran haber tenido nada, cómo podía ser tan maricón, pero algo más fuerte, más bruto que él lo empujaba como un viento norte, jugaba con su voluntad y entonces cuando estaba solo, palabra, y sentía que era imposible dejar de verla y también sentía que no existían razones en el universo para no tocarla, tenerla, estrujarla hasta el dolor, que eso era lo primero, lo único, lo primero de todo, salía del pueblo. —Y me vengo aquí debajo de este alerce perfumado a esperarte, porque sé que si me has visto pasar frente a tu ventana no tardarás en llegar. Cuando demoras, me fumo un petardo y otro, como si desde dentro me comiera una fiebre, un fuego, como si se fuera a acabar el mundo si no vienes.

Y no era preciso estar donde estaban ni hacer lo que ya empezaban a hacer para saber que esa noche, por lo menos *esa* noche, debían volver al pueblo antes de que en las fondas quedaran pocas parejas arrastrando los pies sordos a la música, antes de que muchos durmieran sobre las mesas o desparramados por el suelo, boca abajo, entre espesos charcos de vino, de que en las calles no se viera gente en pie, y de que la noche —más palpable, más densa— se fuera tornando a cada momento también más oscura. Por

eso entonces, bailaban ahora una ranchera, inocentes, como dos que hasta podían no conocerse, en la fonda de don Aristides.

### III

—¡Vamos a echar un tinto!— repitió Alejandro, el amigo, casi violento.

Miguel sabía por experiencia que a un borracho no se le lleva la contra, no se le rechaza una invitación. Entraron en una fonda y en el mesón pidieron un jarro de vino. Más vino, vino ahora, porque la verdad es que aún no dejaban de asediarlo los fantasmas, ese ejército de verdugos, por la borrachera en que se habían dejado caer Mujica y él.

—¡Rompan filas!— se había escuchado la voz del capitán, como diciéndole a esa jauría de bestias que por más de un año domesticara bajo sus órdenes, cariñosamente diciéndoles, que se lanzaran de nuevo a la pelea, a ese mundo abierto que aguardaba el otro lado de los muros, a los almacenes y las fábricas y a las calles y a los trenes y a los fundos y a los pudridos de donde habían venido.

Después, todo rápido. En menos que canta un gallo caminaban por la avenida libres como las guñas de toda disciplina él y Mujica, de esas amistades ensambladas al son de duras tareas y bajo el ensueño nostálgico del pitillo en los atardeceres, a la hora del descanso.

—Un año de vida al tacho de las mugres— había dicho Mujica.

Sin entrar en discusiones, pero por qué al tacho de las mugres cuando se aprendían cosas de seguro

útiles en la pelea general, ser más ordenado, por ejemplo, como que quizás si hasta pudiese ahora dejar de mariscar, buscar un destino más amable, irse con Clara al puerto, a lo portuario, y apechugar duro para ir subiendo. Ciertamente que Carelmapu era lo mejor, pero en Puerto Montt las oportunidades crecían como enredaderas, ideas masticadas en el servicio ya que cuándo antes pensó en surgir.

Mujica se detuvo frente a la puerta de una cantina celeste y entraron a echarse el último trago juntos, el del estribo, ahora así, porque después cada cual cortaría para su lado, a sus andanzas, con distinto rumbo, y quién sabe si alguna vez.

Para empezar, un tinto. No era la hora de afluencia y en el boliche hacían nata las mesas vacías. Después de servir, el gordo cantinero volvió a leer su revista tras el mesón.

—¡Por que no nos falle la cabrona!— dijo Mujica alzando el vaso. En el regimiento, a la suerte le llamaban “la cabrona”.

—Salud.

—Sabes, te iba a decir que para qué te casas tan luego. Pero son huevadas. Cada uno sabe donde le aprietan las chalas.

Cómo podía mirarlo sin un no sé qué, porque si conociera a la Clara, entonces otro gallo le soplaría consejos al oído. Buenas ancas. Durita. Piel suave y lustrosa. Cuanto antes se casaba y que a nadie le cupiera ni la menor duda, si hasta los viejos de ella le habían agarrado estima y le escribieron para decirle que se dejara de leseras y se las barajara como fuese para llegar a la Candelaria.

—Medio placé vas a llegar; eso ya debe andar en las últimas.

Pero esas eran las buenas, las últimas, ahí, méta-le trago, mierda, desde que despunta el sol hasta que las velas no arden, sin parar y, que lo entienda Mujica, toda la santísima noche refulgen esas fogatas en la playa junto a las carpas armadas a vela y mástiles, mientras pescadores, marineros y cristianos de toda laya calientan sobre las brasas el café y el caldo y de punta a punta de esa playa de arena y guijarros flamean a la brisa las velas blancas y ondulan las llamas anaranjadas y ahí mismo, entonces, entre palo y palo de un lado a otro de la carpa, se mecen las saladas sogas de donde cuelgan sartas de navajuelas, machas, pancoras, y algunos viejos de los más viejos le dan firme al mate preciso, porque lo bueno es cuando cualquiera de esas noche agarras un bote y bogas canal al frente por puro gusto, para divisar desde lejos las fogatas como puchos encendidos en la noche y luego vuelves a remo lento para que los fuegos crezcan poco a poco igual que los aviones cuando van a aterrizar.

—Alguna vez voy a ir, Barrientos. Buena fiesta debe ser ésa. Ahora no tengo un cobre, pero a ver si el próximo año me dejo caer. Bueno, otra botellita. Esta noche hay que ponerle firme.

Y de pronto, así no más, entre botella y botella, el tren avanzaba perforando bosques, metiéndose a veces la línea entre espesos follajes de vegetación tupida y a veces cruzando valles geométricos donde se yerguen los maizales y ondulan las espigas doradas del trigo maduro, y también penetrando cipreses, alerces, tepúes, quilares, helechos, todos con su verde distinto, cada uno con su propio verde, verde todo, sólo verde interrumpido a ratos por el ceniciento gris de los ríos al atardecer.

Al despertar, los ojos aturridos no pudieron enfocar de inmediato el panorama. Dentro de la cabeza tenía un millón de agujas como tratando de organizarse para salir.

El remezón que le dio el conductor, su voz ronca y seca solicitando el boleto, fueron el primer indicio de que los tintos del estribo con Mujica ya habían terminado, que era algo distinto lo que estaba pasando y, mierda, mierda, la cosa ya venía, la cosa ya venía.

Al volver del baño a su asiento, pudo ver con claridad que al tren no debía ya faltarle mucho camino para llegar a Puerto Montt y sintió una especie de escalofrío paseándose por sus miembros, una especie de anhelante angustia, de impaciencia tímida, un bulto nudoso que subía y bajaba como un ascensor y que terminaba por atascarse en la garganta. Y cómo seguir también el viaje, después, desde el puerto; porque no es cosa de minutos llegar a Carelmapu. En micro a Maullín, si pilla una. De ahí, a pie o a caballo, según la suerte. Y si la cosa, bueno, es el descorrote, pillar un chalupón o alguna lancha y partir por el canal. Pero si lo jode la cabrona, alojar en Puerto Montt, también, por la puta, aunque, bueno, ¡por la puta!, qué más decir. No le faltaban, verdad, unos cuantos pesos para comer y buscarse una cama barata. Lo que le faltaba era paciencia, lo que le sobraba eran nervios y ya, sin más discusiones, esa misma noche llegaría a Carelmapu, así tuviera que morirse. A su pueblo, a la Candelaria colorida, a la Clara, que a medida que el tren avanza está más cerca, que crece la ansiedad, Clara, que hace pucheros la sangre, Clarita robusta de carne morena tapada por una falda azul y una blusa blanca apretada, ceñida, tal cual

se despiden aquella mañana, tal cual la ve en el cuartel durante los ensueños vespertinos, tal cual la descubre, sí, a pesar de la infancia juntos en la escuela, la descubre apenas tres años antes, justamente un día de novena, durante la fiesta. Había entrado a la iglesia y por azar se hincó junto a ella en las últimas filas del recinto, y su cuello se erguía desde la blusa ceñida que no lograba tapar el chal de lana negra —eso, eso le gustó— que debiera haberla cubierto hasta la cintura, y en sus mejillas brillaban algunas lágrimas que la hacían parecer hondamente emocionada, como deben emocionarse, llorar, iluminarse, arder, sufrir, angustiarse, gozar de dolor, reír de furia, todas las mujeres en presencia de la Candelaria, tengan o no —aunque más si las tienen— deudas con la benefactora virgen. Cuando él se hincó, cruzaron miradas y se saludaron con los ojos y por primera vez entonces advirtió —ese chal negro que no cubría la blusa ceñida— que la presencia de Clara lo turbaba, le cosquilleaba el estómago, le pasaba una plumita sobre la piel, mientras *bajo el nombre prodigioso/ de Virgen de Candelaria/ todo el mundo te venera/ con un culto religioso/ y se tiene por dichoso/ de tal patrona invocar* rezaban las viejas, y ahora mismo, al traqueteante ritmo del tren, despacito para que ningún pasajero lo escuchara, él fue murmurando también, entre bocanada y bocanada hasta la respuesta que los fieles *Oh, Virgen de Candelaria/ válganos vuestra piedad* dan a esos versos del coro.

Y los versos le habían producido aquella tarde hasta emoción porque mientras los cantaba iba sintiendo nacer una inquietud desconocida. Después de la misa salieron juntos y aunque tantas veces habían caminado codo a codo, ésta fue la vez distinta. Así



prendió la chispa, así es la suerte que en plena fiesta, en los desórdenes, los lleva caminando hasta su casa sola, a un mate, una tendida y más tarde a un año entero chupándose la sangre el uno al otro y a otro año más tranquilo, hasta que el servicio militar y el temor de la ausencia los hicieron necesitarse más y se avivó el fuego y tres semanas de fuego, de fogata, de incendio, sol ardiendo, piedra caliente, todo vapor, arbustos, playa, cerros y la amarga perspectiva de un año vacío *Oh, Virgen de la Candelaria/ válganos vuestra piedad*, repitió adormeciéndose nuevamente con el monótono ronroneo del ferrocarril.

—¡Salud!— dijo Alejandro, el amigo.

—¡Miren no más: Miguel Barrientos!

—¡El Miguelito!— gritó una anciana entrada en carnes.

—¿Cómo te las barajaste en el norte, cabrito?

—Mientras por acá te andaban comiendo la color, ¿ah?

Barrientos miró de frente al que acababa de hablar. El tipo le dio la cara sin timideces. Alejandro lo apartó con un movimiento ágil e imperativo y le sirvió un cañón de tinto y le respondió también a la interrogación de su mirada.

—Es verdad —dijo—. Lo que dice ése. Bueno, será mejor que te lo lance de frentón. El Feño Bórquez volvió hace unos meses y anda metido con la Clara.

Miguel vació al hilo tres vasos de vino. De pronto, sin decir nada, se abrió camino a codazos y salió.

—¡Miguel!

Pero iba demasiado lejos para escucharlo, caminando como un loco, como una langosta maciza, los ojos vidriosos de esa ira compañera de celos y decep-

ciones. ¡A Miguel Barrientos no se la jugaban! Recorrió la calle entera de ida y vuelta. Luego empezó a explorar fonda tras fonda. Si no estaban en la calle, tenían que estar en una fonda. Y si no, los buscaría en todos los cerros hasta dar con ellos, así tuviera que echar abajo cuanto bosque le saliera al paso. Entraba, recorría de un vistazo todas las parejas, se echaba un vaso de pipeño, y seguía. En la casa de don Aristides, la más grande, las mesas estaban repletas por todos sus lados y el mesón, enhebrado por una corrida de hombres acodados, borrachos y sobrios, fumando y empinando el codo, gritando y queriendo cantar con los compases de la orquesta. En el centro bailaban aglomeradas las parejas, algunas como si fueran a caerse al suelo de puro cansancio, con las cabezas colgando, pudiendo seguir el ritmo sólo porque Dios es grande. Desde la puerta, Miguel disparó escrutadoramente sus ojos pareja por pareja hasta fijarlos en una esquina cerca de la pequeña plataforma donde los tres músicos —guitarra, acordeón y maracas— hacían su ruido: ahí estaban Clara y el Feño Bórquez, muy juntos, siguiendo los compases de una ranchera. Ni siquiera miró a quienes quisieron detenerlo para un brindis. Atravesó la sala y se plantó haciendo sonar los tacos, igual que en el regimiento, frente a su novia.

Dejaron de bailar. Bórquez se adelantó como para cubrir a Clara. Algo quiso decir, pero el golpe que recibió en la mandíbula se le adelantó. Alboroto y expectación. Algunos gritaron frases incoherentes como para echarle más leña al fuego, como si hasta entonces hubieran faltado las peleas y aquí la situación prometiera buenas posibilidades. Los músicos detuvieron su ranchera. Los parroquianos despejaron rá-

pidamente la pista y se concentraron pegados a las paredes. Clara se había arrinconado. Sus pechos saltaban como si el corazón les lanzara desde dentro certeros mandobles. En su rostro se gravaban la vergüenza, el estupor, la angustia, y tal vez su cuerpo hasta estuviese algo frío.

Fernando Bórquez no reaccionaba. Más parecía querer hablar, pero la gente ladraba por ver pelea y así supo que tenía que devolver ese golpe como que había Dios, que no calzaban las explicaciones, que correría sangre, que no le quedaba otra fórmula para seguir llamándose hombre. Empuñó fuertemente las manos y avanzó con lentitud hacia Barrientos hasta ponerse justo al frente. Miguel dio un paso atrás, pero alguien lo empujó con violencia por la espalda haciéndolo chocar con el recto duro y preciso que Bórquez le tenía preparado. Cayó.

—¡Ahora máatalo!

Sin moverse, Bórquez esperó que el contendor se levantara.

—¡Mátalo de una vez, o tiene miedo el maricón!

Estremeciéndose, Clara sacó ímpetu desde lo más hondo de su postración para abrirse paso entre el gentío sanguinario. Cuando vio por fin que el caído no era Feño, dejó escapar en un suspiro todo el aire que el miedo le había hecho retener.

Don Arístides llamaba sin éxito a la calma, pero ¡cállate viejo de mierda! ¡No te metas donde nadie te llama si no quieres que te corten el pescuezo!

Barrientos se levantó. Los gritos crecieron y el público furioso estrechó su ronda. Bórquez esperaba con la guardia inmóvil, estaban otra vez frente a frente y Barrientos convirtió sus dos puños en un certero remolino mientras se lanzaba en un ataque

sin timideces. Los golpes volaban, errando y acertando. Sonaban también, algunos. Otros rompían la carne y hacían asomar la sangre enfurecedora. Los parroquianos azuzaban y cerraban cada vez más el aro de acción, cercando a los contrincantes que ya con las ropas rajadas, los rostros sudorosos y ensangrentados, el cabello hecho jirones, la boca espumosa, se trezaron en un abrazo que remató en el suelo. Con pies y manos, ambos se dieron implacablemente hasta que uno quedó montado sobre el otro. ¡Ahora dale, ahora mávalo! Y le dio y lo estaba algo así como matando cuando alguien, un alma caritativa, dijo ya está bueno compadre, lo va a matar, y separó a Miguel del cuerpo inerte del Feño Bórquez.

Clara rompió el anillo de espectadores y se precipitó sobre su hombre para enjugarle la frente, limpiarle el rostro desfigurado, darle si era posible un poco de consuelo.

Barrientos se tiró sobre una banca de madera sujetando temblorosamente una botella que alguna otra alma caritativa —ahora sobraban— le había pasado. Humanizados ya, después del circo, varios hombres recogieron a Bórquez y lo tendieron también sobre una banca. Trajeron alcohol, aguardiente puro, para curarlo. Aún se hallaba Clara junto a él, acariciándolo, cuando Miguel la cogió bruscamente de un brazo.

—Tenemos algo que hablar —dijo—. Vamos.

—Andate tú si quieres —se tragaba el llanto, el miedo, la vergüenza—; yo me quedo aquí. No tengo nada que hablar contigo.

La crisis de lágrimas que le impidió seguir ha-

blando no fue lo suficientemente poderosa para hacer desistir a Miguel, que la fue sacando a empujones de la casa de don Arístides.

#### IV

Cuando amaneció el cielo estaba cubierto de nubes. Lentamente se fue despejando y el azul empezó a fijarse sobre el ancho Canal de Chacao. Desde temprano se hacían los preparativos de la partida y antes que las campanas llamaran a misa, las carpas levantadas en la playa habían retornado a sus lugares de origen, junto a los mástiles de los veleros.

Los que partirán por tierra comienzan a ensillar sus caballos. Todos han de volver a los lugares de donde vinieron, a sus casas, a sus fundos, a sus canales, a potreros y pasturas, a los montes. La música de las fondas ha cesado y ya no corre suelto el vino. Desaparecieron de la calle polvorienta los vendedores ambulantes y los magos. El espíritu de la fiesta ha fenecido y un suave sentimiento de tristeza revolotea en el corazón de Carelmapu. Los lugareños no ignoran que esa tarde todo quedará tan vacío como antes, que les va a ser difícil, como año a año, acostumbrarse de nuevo a la rutina y a la soledad del tiempo.

Alrededor de las diez de la mañana la gente comenzó a llenar la iglesia y los que no cupieron se fueron aglomerando en la puerta, privados de la oración del sacerdote.

Clara se dirigió hacia el extremo del pueblo. No estaba en sus planes asistir a la procesión con que se daba término a la Novena y moría la fiesta. Te-

nía rabia con la virgen, que ayer, cuando la tincada le vino fuerte y partió a la iglesia, no la había querido escuchar, esa Candelaria pequeña, de tosco vestido amarillo salpicado de otros colores, de corona metálica a su vez coronada por una cruz, de brazo derecho llevando al niño Dios y mano izquierda sosteniendo una candela. Todos saben que la encontraron hace muchos años —más de cien, o de doscientos, o hasta de trescientos— los soldados de un batallón español, a la orilla de la playa, mientras avanzaban, semienterrada en la arena, y que la cogieron cuidadosamente y buscaron en los alrededores un lugar apropiado para levantarle una capilla. Así nació Carlmapu. No la quiso escuchar, ayer, cuando ella se persigna y camina sin cavilar hacia la todopoderosa señora de los favores entre varias mujeres de terco negro que rezan sin cesar y derraman sus lágrimas y después de besar una y otra vez su vestido y de hincarse, comenzó humilde a pedirle su favor, válgame tu piedad, virgencita santa.

Cuando la virgen otorga es preciso pagarle de alguna manera sus servicios. Por algo una vez, años antes —también lo sabe Clara— desde uno de los extremos del pueblo (justo por ahí donde va) apareció un hombre desnudo marchando de rodillas por el centro del camino; viejos y niños salían a las puertas para consternarse ante su imagen y cuando lo veían de muy cerca —las más ancianas hasta osaron tocarlo— derramaban gruesos llantos, adivinando que se trataba del duro pago de una manda. El hombre llegó a la iglesia dejando un reguero de sangre que manaba de sus rodillas destrozadas y después de besar las manos de la santa, cayó desfallecido; sólo mucho más tarde, cuando al amparo de tiernos cui-

dados volvió en sí, vino a saberse que era un náufrago de los canales que milagrosamente había escapado de la muerte.

—Si se cumple mi deseo —dijo Clara, mirándola fijo—, vendré todas las semanas del año, virgencita, a encenderte una candela. Pero tienes que hacer lo que te pido—. Y no lo había dicho en voz alta porque la virgen no necesita oír, pero lo que le pidió era que Miguel ya no la quisiera, que otra mujer la hubiese destronado. Sí, le había fallado la doña. Por eso ahora, en el extremo del pueblo, entraba a la pieza de Feño y ahí pensaba quedarse y al diablo la procesión, dijeran lo que dijeran en su casa. Que se indignaran, que la retaran, pero, pero todo.

—Las cosas no salieron como pensábamos, ah.

—Qué le vamos a hacer. Mala suerte.

—No te muevas, te duele. Trata de no hablar. Yo me quedo aquí contigo.

—Cuéntame qué pasó después. ¿Me quieres?

—No pasó nada.

—¿Me quieres?

—Después quiso hablar conmigo. Conversamos un poquito. No te muevas.

—Bueno, quieres contarme o no. Parece que le hicieras el quite.

—No hay nada que contar. A él sí le hice el quite.

—¿Te pidió explicaciones?

—Estaba enfurecido. Yo no sabía mucho qué decirle.

—¿Me quieres?

Para qué entrar en detalles, no. Las cosas estaban selladas y eran confusas, pero Feño tenía ya bastante con sus heridas y, bueno, para qué decirle que no pegó los ojos en la noche, que todo fue llorar y

pensar y remorderse, confusión, dolor y también una pequeña —¿pequeñita?— satisfacción. No por cualquiera se batían tan salvajemente dos fulanos. Por ella sí, se habrían llegado a matar. ¿Si lo quería, preguntaba el Feño? Sí, la verdad, lo quería. Pero para qué engañarse: un viento fuerte soplabá también hacia Miguel. Lo supo cuando a empujones la sacó del pueblo rumbo al cerro diciéndole que caminara, mierda, que qué se creía. Sintió el peso de lo que al cabo habían sido dos años de fuego, y como donde ha habido fuego cenizas quedan, lo que quedaba eran cenizas, pero era algo, algún resabio de las pasiones que se apagan con la ausencia. Le dolía pensar que Miguel la odiara, o que pudiera despreciarla, le dolía que le fuera diciendo mierda mientras caminaban. Lo supo también, como un siniestro secreto, cuando después de hacer su voluntad, Miguel la dejó plantada ahí mismo en el cerro, sola, tirada desnuda sobre las hojas bajo la noche. Sin hablar, sin ni siquiera hablar. Todo sin hablar. Lo supo porque lo sintió, al hombre, porque le gustó ese breve viaje al cielo. Pero bueno, las cosas estaban ya bien selladas y para qué, después de todo, entrar en detalles.

—Sí, tontito, sí te quiero.

Adiós a la Candelaria, mejor quedarse aquí, acompañarlo, tenderse junto a su cuerpo lastimado, sumergirse lentamente en un sueño a la vez dulce y sobresaltado, con un dejo también amargo. Pero poco.

## V

Desde lo alto de la colina, mascando pasto y tragando espuma sobre un tronco podrido, Miguel Barrientos ha calmado su rabia y ve a la gente salir de



la iglesia y comenzar su marcha en una larga fila por la calle del pueblo. Primera vez que su propia voluntad lo hacía faltar a la ceremonia, a este desfile que encabezaban cuatro sacerdotes y cuatro vecinos sosteniendo la plataforma de madera sobre la cual se levantaba por encima de todas las cabezas la figura sagrada de la Candelaria. Después venían las niñas de la escuela, vestidas también con largas faldas amarillas. Luego los fieles, confundidos hombres y mujeres, entre cabizbajos y aún atontados por el vino de tantas noches. Miguel encendió un cigarrillo, se tiró sobre la hierba y vio venir el sueño. A pesar de sus caminatas frenéticas, del circo entre las fieras y de la brutalidad que más tarde fue capaz de cometer, como si de él se hubiese apoderado el diablo, no había logrado pegar las pestañas durante la noche, porque Clara se iba con el Feño, estaba perdida; o que no se fuera, pero estaba perdida; o que el Feño estirara la pata (duro le había dado), pero estaba perdida. Estaba bien perdida, perdida de una vez para siempre, pero bueno ¿y ahora qué? Ahora nada y ahora todo. Si se quedaba en el pueblo tal vez no se acostumbrara a ver a la Clara todos los días con Bórquez, tal vez no se acostumbrara a ver a Bórquez. Mejor quizás desaparecer, aunque la vida podía no ser tan jauja en tierras extrañas. Por qué no te vienes conmigo, Barrientos, le había dicho su amigo Mujica, y que juntos podían hacer muchas cosas, y que la pesca en San Antonio, aseguraba, donde tenía un hermano, en serio, Barrientos, vente conmigo, a lo mejor hacemos plata. ¿Pero y? Con la Clara en la cabeza, se había limitado a sonreír y a hacerle un gesto como de para qué dice huevadas, ganchito. Ahora tal vez por ahí anduviera el camino, sí, de seguro

volvería a buscar a Mujica para probar suerte, la patria era angosta, la pesca en San Antonio, cualquier cosa, carajo. Ya el largo gusanearse de la noche en vela le estaba inyectando la decisión en los huesos.

Cuando despertó, el sol había pasado el límite de la mañana y avanzaba firme hacia occidente. A unas dos millas de la playa, como si cada uno le quitara el cuerpo a la soledad, una fila de veleros cortaba las olas rumbo a Chiloé. Las velas triangulares estaban hinchadas y parecían pirámides blancas desliziéndose por el agua. Dos chalupas y un barquito a motor, repletos de pasajeros, zarpaban en ese instante. Eran las últimas embarcaciones y con ellas se iba lo rezagado de la fiesta. Carelmapu quedaba solo.

Miguel Barrientos de pie frente a la brisa contempló cómo se alejaban esas últimas velas. Se peinó con los dedos el cabello revuelto y pensó mordiéndose de melancolía en lo rabiosamente amargo que sería alejarse, como lo hacían esas embarcaciones, diciéndole adiós a Carelmapu.

## Anestesia

---

PORQUE DE TODAS MANERAS NO CREO EN LO QUE SE DIJO, en lo que se prometió, en eso que habría podido aún jurarse, pido ahora la palabra para gritar a toda voz que viva la vida, que muera la muerte, que mueran las puertas cerradas, que mueran las puertas a medio abrir, que vivan las puertas abiertas, las que se abren contra todos los vientos, contra los padres tiranos, contra la hermana bien casada en Concepción, contra el marido que siempre antes pasa a tomarse un café al Haití, contra ti misma, que no sabes sino vivir de ideas fijas que se fijan —se van fijando a pesar tuyo— en un plasma racional que de seguro te produce náuseas y brindo entonces con el mismo candor de siempre por el adelante, por la seguridad quebrada, por la incógnita oxigenadora, por todo lo malo, o bueno, o malo, que pueda desplegarse siniestro o celestial más allá de la puerta que no quisimos empujar delicadamente sino que rompimos a patadas

para vislumbrar nubosos ese más allá que suele traducirse en infernales vahos o en aire puro, se destapa en aquellos cromos rosa-pálidos de la niñez o en violentos, vertiginosos morados y naranjas, o en negro muy oscuro.

Sí, cuando en la proa de un barco remontando el milenario río, de un pequeño barco que audaz cruza gargantas apretadas, mientras toco en mi vieja música de boca *eres alta y delgada como tu madre* y de estribor a babor oscila misteriosa la corriente, *morená, saladá*, tú llegas, nada más, y estás ahí de pie y, tocando siempre, te miro y veo que no eres ni alta ni delgada, que eres más bien baja y regordeta, quiero detenerme, pero sigo tocando porque después de todo pueden mucho la nostalgia, la memoria maldita, el desentendimiento, sigo *benditá sea la rama que al troncó salé* y no puedo evitar el recuerdo, la imagen de esa hija lejana que no es, no será, ni alta ni delgada como su madre (*morená, saladá*), pero que un día de estos sí será tan alta como la gigantesca sombra que ya proyecta sobre la vereda o bajo el alero del balcón.

Te miro y me pregunto qué nos aguarda un poco, apenas un poco más adelante, más allá de la próxima garganta, a la vueltecita de la esquina, y he dejado de tocar y te miro y al darme entonces cuenta de que no estás ahí, de que cada vez que te miro, que te palpo, que te siento, en realidad no estás ahí, no estás tampoco al otro lado del barco, comprendo que estoy miserablemente solo, que estoy también más loco que una cabra, que lo sigo perdiendo todo y que navego en un barco de locos hacia la locura, sí, ya todos me están mirando, ya todos se concentran en mí con sus horribles caras cubiertas por el paño blan-

ce, con sus ojos fijos y agudos como puñales, y del bolsillo trasero de mi pantalón saco la botellita y me tomo otro largo trago de whiky que aumenta mi caudaloso sudor, y ya vienen, se vienen acercando, te acuerdas: tú recogías las hojas de otoño humedecidas por el chubasco con la punta de tu paraguas, una a una las ibas ensartando mientras caminábamos en la noche y no sabíamos qué hacer y yo no podía evitar echarte una mirada de reojo que cuando descubrías y cruzabas con tus ojos enamorados se dibujaba en una sonrisa de como si todo lo hubiéramos dejado atrás y en cámara lenta fuésemos dando pasos flotadores en las algodonosas nubes blancas y rosadas y celestes, igual a esa mezcla de risa y lágrimas, de rojísima euforia y depresión, hasta que llegábamos, te dejaba cerca y nos despedíamos lejos del farol como dispuestos a matarnos, cada uno por su lado, hasta el día siguiente y entonces otra vez el dolor, otra vez la botella para soportar las noches tristes, sí, aquí vienen, me miran todos con sus gorros blancos y vienen armados, mi frasco de whisky está vacío, el barco se mece suave, suavemente en la corriente del Yangtsé, y creo que no podré ir mucho más allá de la próxima garganta, por eso —sí, vacío, lo arrojo al agua— de aquí, de ahora, prefiero despedirme, ya llegaron y estoy cercado, me atan, despedirme desde este otro lado del mundo, mirar hacia las estrellas y mandarles a todos con una ondeada de manos este último adiós.

—Opere, Doctor.

—Bisturí...

## Ser alguien

---

“¡CARAJO!” SE DIJO MIGUEL. “¿ES QUE NO PODRA COM-  
prender nunca?”

—¡Porque quiero llegar a ser alguien!— exclamó casi en un grito, esforzándose para no escupir el “y no un simple carpintero” que le hacía cosquillas en la lengua—. ¿Me entiendes? ¡Alguien!

Y la mirada de buey degollado a los ojos que le dio su padre se le metió venas adentro y acabó de convertirle la sangre en un hervidero, porque para qué crestas lo miraba así, si a su resolución ya le había dado duro con las muelas y la tenía bien digerida y sin duda *su* voluntad era reina, la suya propia, no la de nadie más, no la de ningún viejo, por lo cual definitivamente no pensaba entrar a la universidad, esa era, porque bastante tiempo llevaba amontonado en el tacho hasta el Bachillerato, un examen estúpido que no conducía a ninguna parte, o a lo más a algún éxito cagón a largo plazo, a un plazo que no estaba

dispuesto a pagar, si pensaba que verdaderamente tenía prisa, prisa, por surgir, por llegar a la cúspide y entronarse de una vez por todas en la jefatura del grupo, ya que si los cabros lo admiraban —y lo admiraban— era debido a que un carácter como ése cualquiera no se lo gasta, ejecutivo y dinámico, debido también a que era choro, a sus agallas, y en ningún caso a las condiciones que pudieran escudriñarle para la arquitectura —un as de las matemáticas, campeón de dibujo— ni para ninguna huevada semejante, sí pues, y no estaba dispuesto a defraudar a medio mundo entre sus amistades perpetuándose en una maldita escuela universitaria, él, ¡él!, ni tampoco Beatriz estaría dispuesta a soportar esa espera y no que quisiera casarse aún —lejos de caer en sus planes—, pero sí quería retenerla, retenerla lo más posible hasta que a la paloma le crecieran las alas y volara solita, y en cambio, si se ponía a estudiar como un huevetas, la paloma, con alas o sin alas, se alejaría a medio vuelo hacia esa vida que parecía estar aguardándola de cerca, ¿o acaso no la acechaba el Melena López como un buitre para echársele encima y montársela a la primera de cambio? aunque por el momento, bueno, no se atrevía, al menos no después de lo de la fiesta, *cuando llegué y la Beatriz bailaba con él dejándose apretar y manosear por detrás, respondiendo con sonrisas y dejándose y habiendo llegado a dejarse mucho más si no llego y pongo las cosas donde deben estar, porque ese ambiente de semi-oscuridad y licores, carajo, y mientras todos bailaban desafiadamente como demonios más desenfundados que demonios, Beatriz con su mini celeste y el Melena con su melena, al margen de los compases espasmódicos del rock, como embriagados en un sueño lento, se*

arrinconaban a ritmo suave —¡la perra!: había que ponerle bozal para que no mordiera, pero sí dejarla ladrar porque eso estaba en su naturaleza—, se arrinconaba a ritmo suave y el Melena la manoseaba por detrás y le entreabría las piernas con su rodilla, rock, rock, rock round the clock, se las entreabría de seguro haciéndola sentirse, ¡el maricón!, pero supe en seguida, de sólo entrar y ver y echar una olfateada, cómo tenía que actuar: ni siquiera salir al patio, sino que ahí mismo no más al Melena le volé un diente por audaz y a Beatriz no la castigué sino que me la llevé para arriba, al segundo piso, no, la verdad, no se atrevía después de lo de la fiesta, abiertamente, al menos, no, aunque tampoco era difícil ver cómo acechaba igual que un buitre hambriento, hambriento de sexo, buitre del carajo, hambriento de Beatriz, de mi niña, *mi niña*. De manera que si se ponía a estudiar como un imbécil tendría que resignarse a prolongar intolerablemente lo que durante tantos años llevaba sufriendo: andar vestido como un pobre y triste huevón, sin un centavo ni pa' remedio en los bolsillos, haciendo tristes colas para subir en autobuses hediondos, invitando a Beatriz al cine apenas una vez al mes y al parque —¡al parque, Beatriz al parque!— los otros veintinueve días, claro, otra flor en el ojal, señores, no era vida para él, que quería buenos trajes, zapatos de color y camisas rayadas y corbatas, muchas corbatas, corbatas de seda, corbatas de lana, corbatas violetas, todo quería tener y quería tener crudo para el bolsillo en abundancia, para un traguito, para un pequeño convite, un aperitivo, un hotel más o menos, quería —y debía— ser capaz de comprarse un automóvil, chico que fuera, al principio, y tener para Beatriz, mientras aquí estaba, en cambio, su padre, con el in-



decente overol, su ineludible serrucho en la izquierda, ya que para remate era zurdo, sin afeitarse en tres días, mirándolo fijo a los ojos como ternero herido —él, que se había jodido toda la vida el tonto— mirándolo fijo y queriendo convertirlo también en otro tonto del montón pero qué mierda —¿no terminaría jamás esa discusión?—, él no pensaba ni por error poner los pies en la universidad, no cejaría un milímetro y ojalá el viejo se metiera eso de una vez en la cabeza y abandonara sus contumacias y lo dejara hacer su voluntad, que de todas maneras haría —¿cómo podía no comprender?— y se cabreara de preguntarle basura como eso de que en qué iba a trabajar, que de qué iba a vivir en estos tiempos difíciles si se negaba a estudiar —cosa mía, señor, cosa mía—, porque tenía, sí, lo suyo, que no pensaba decírselo para evitar inconvenientes, pero lo tenía, y listo, punto, señor, sí, viejito, sabía perfectamente en qué iba a trabajar, de qué iba a vivir en estos tiempos difíciles, que les llamaban, y lo supo tan pronto vendió las compras del primer viaje al norte, *milagroso viaje de estudios a fin de año, a Arica, puerto libre, y algo, después de todo, aprendí, pues si el asunto de los colegios es dar "un arma para la subsistencia"* —como tanto enfatizan y blablabeen los profesores en sus acartonados discursos finales— *bien que me la habían dado y contundente, aunque sólo a última hora, fuera ya del liceo y de las materias de estudio, porque Arica, puerto libre, esa era la cosa, la cosa buena, la buena inversión de todo lo que llevaba en dos relojes, cinco pañuelos de seda japonesa y tres combinaciones de nylon, y de regreso en Santiago, apenas se logra vender rápidamente todo, supe de inmediato a qué iba a dedicarme en el futuro, porque casi un millón —¡casi*

un millón!— con diez míseros de a diez que llevaba, con sólo cien que de a chaucha me juntó el viejo, en tan poco tiempo, tan buenos frutos, y, bueno, ¿a qué decírselo a su padre?, cuando eso le acarrearía más peleas estériles —¡no tener algo para mandarse mudar, mierda!— más miradas largas, insoportables, tristes, sí, casi un millón, la base de su futuro, el dinero para el segundo viaje, que haría ida y vuelta por tierra para gastar menos, pese a que el trayecto por tren y bus era largo y pesado, sobre todo largo, pero se apechuga las primeras veces hasta irse formando un capital y que la quinta o sexta jornada sea con Beatriz y más adelante hasta pueda quizás llevarla dos veces al año, y cuando ya la situación fuese más sólida, cuando viajando solo no alcanzara a comprar y traer todo lo que su dinero pudiese, contratar a uno o dos ayudantes —al Rucio y a Soto— para que viajen con él y traigan llenas las maletas, ellos por tierra, él por aire, y ya todos en Santiago, ofrecerles como pago buen dinero, en crudo o en mercancías, y así que se inicien los muchachos, y tal vez si resultaban listos alcanzaran casi tan lejos como pensaba llegar él, aunque de seguro no podía tenerles un cien por ciento de confianza, pero en fin, Soto y el Rucio lo conocían y eso era un consuelo, pues no se atreverían mucho a andarse con jugarretas sucias... Sí, claro que quería ser alguien, mandarse la parte —como tal vez cada hombre quisiera o hubiera querido alguna vez ser alguien, hasta quizás si el mismo carpintero—, pero lo quería pronto, es decir, muy pronto, o sea, ahora, sí, señor, ser grande y poderoso, *alguien*, para mostrarles a esos ojos tristes quién era su hijo, para que vieran que antes de la mitad del tiempo que toma una carrera que sólo conduce a una mediocridad crestos-

na, él sería rico, sería grande, sería grande, porque el auto, la casa, las rentas, todo, todo vendría como una sucesión de flechas que clavan todas en el blanco, go-go, una casa alegre, llena de música, de *rock*, de baile y juerga, de whisky, de trompetas celestiales, todo, todo vendría a su debido tiempo, es decir muy pronto, porque por suerte el curso había realizado ese viaje abridor de las puertas de la vida, despertador de la conciencia de su propia naturaleza, descubridor de la vocación, que lo determinó, lo obligó a dejar con los codos hechos y la cola entre las piernas al terco viejo que se empeñaba en torcerle la ruta, en darle vueltas el mundo a vómitos, en mandarlo a la mierda alegando razones necias y pretendiendo para él "lo mejor", y que miraba con esos ojos tristes, esos ojos que daban pena, pero que de pronto se abrirían muy grandes, aunque les sería, sin embargo, inútil querer abarcar de un solo golpe todo lo que este pecho tendría ya para mostrar, y que no podía —el viejo— ¡no podía! tampoco comprender, y cómo era pues posible que habiendo sido siempre un pobre carpintero no pudiera comprender, carajo, no pudiera comprender algo tan simple.

—¡Llegar a ser alguien! —repitió tajante y definitivo, poniendo fin a la escena—. No un triste carpintero. ¡Alguien! ¿Cómo puedes no comprender una cosa tan simple?

## Estribo amargo

---

YO IBA EN LA MICRO Y TU IBAS EN LA MICRO UN POCO más adelante y nos miramos algunas veces y nos sonreimos, pero no nos conocíamos, porque de lo contrario al ir quedando medio vacía habría sido estúpido no acercarnos, no juntarnos más para conversar y a mí no me hubiera cacheteado esa vergüenza por no atreverme a decirte nada y no habría, como tuve, tenido que dejar de hacerte guiños y dar vuelta la cara porque ahora era absurdo seguir el duelo desde lejos —tú al centro, yo atrás— cuando casi nadie más que nosotros quedaba de pie, ni esperar a que bajaras, cerca de Plaza Brasil, para bajarme también y seguirte a ciertos metros —mirabas cada cierto trecho para atrás— hasta ir armándome de coraje, venciendo el asqueroso temor que me come siempre que el fracaso es posible a pesar de la evidencia del éxito, porque podías, ¿o no?, decirme que me fuera al caño, mocosos, y situarme a tu lado como a mitad de

cuadra y sacar voz y hasta dárme las un poco de seguro de mí mismo.

—Perdone —te dije torpe—, estoy seguro de que nos hemos vistos en otra parte.

—Sí —tú no demoraste nada en balbucear—. Fíjese que yo tengo la misma impresión, pero no recuerdo...

—¿Dónde sería?

Pero ya no importaba dónde hubiera sido, porque tú y yo sabíamos que todo eso era chiva, que nunca antes nos habíamos visto hasta la micro, y el hecho es que íbamos caminando juntos de frente al sol declinante —dirección Quinta Normal— a esa hora en que atardece tan rosado en los extremos de todas las calles que apuntan hacia el mar, íbamos caminando, conversando, y yo había perdido mi terror y era, entonces, de nuevo, como en la micro, al primer guiño, el jovencito de la película que empezábamos a filmar, muy inflado y satisfecho, respirando a todo pulmón, cuando llegamos al fin de la caminata y me dijiste “Aquí vivo” y yo no supe muy bien qué decirte, aún sabiendo que tenía que hacerlo, porque además tú esperabas que te dijera algo. Miré tu casa, una casa típica de Catedral: puerta doble y con vidrio a la vereda, una larga escala recta hasta el alto segundo piso, vieja, con ineludible facha de pensión, aunque se adivinase por cierto en ella un pasado mucho más glorioso. Luego te miré a ti y tú esperabas, tus ojos centellaban deseos de que todo no fuera a morir ahí. Pensé decirte que siguiéramos caminando un rato más, pero la hora era la hora y yo no tenía plata en el bolsillo como para invitarte a tomar once en alguno de los boliches de la plaza.

—¿Que vas a hacer a la noche? —te dije finalmente.

—Nada especial. —Listo. Me dejabas tomar la batuta, pero sin perder el control que te daban los años de ventaja. Estaba listo. Ahora ya nadie se podía correr y el asunto marchaba sobre rieles.

—Juntémonos...

—Bueno...

—¿A las ocho y media?

—Bueno...

—¿En la esquina de Los Gobelinos?

—Bueno...

Cada vez que decías “bueno”, me dabas una miradita irónica, pero lo fantástico es que cada vez que decías bueno, decías bueno y eso era lo que contaba. Se me ocurre que cuando nos despedimos, sabías mejor que yo cómo iban a ser las cosas.

—Yo que soy el dueño, no tiro ni la mitad, mientras que el perla...

—Cuestión de suerte.

—Cómo se las arregla el hombre, ah.

—La percha.

—¡La percha! No tiene facha ni para vender plumeros el huevón. ¡La percha! Las patas, diría yo. A ver, quiere tirar gallito el siete machos?

—¿Hay trago?

—Una botella de pisco y un poco de gin, ¿quieres...?

—No, no. Preguntaba.

—Ah, ya. Fuera de ensuciarme las sábanas, me vas a tomar el trago. Bueno, si no tienes plata, usa

el trago. Hay queso también. Y dos discos nuevos. Y algunas revistas de señoras, para que se entretenga si no se te para.

—¿A qué hora piensas volver?

—A las once. Mañana hay clases temprano. ¿No vas a ir?

—No sé. Dame hasta las doce, gallo. No es llegar y meterse a la cama al tiro. Acuérdate que es primera vez.

—Once y media. Tú acuérdate de que hay clases temprano.

—Bueno, once y media, pero como siempre, tocas el timbre dos veces antes de meter la llave.

—Te aconsejo que no estés aquí cuando llegue. Voy a comer donde los Wood y eso ya es bastante sacrificio, si piensas que tendré que hacer sobremesa hasta las once...

—Jode un poco a la Silvia, no es nada de mala.

—No va a la pelea.

—A la vieja, entonces...

—No estaría mal, la verdad. Un día la voy a traer con cualquier pretexto.

—Pero no te la tires en mis sábanas.

—No jodas más. Déjame estudiar. Desde las nueve el departamento es tuyo. Ahora lárgate, o te quedas tranquilo.

Eran las ocho treinta, las ocho cuarenta, las ocho cincuenta y empecé a impacientarme primero y después a desesperarme porque por ninguna de las cuatro calles te divisaba apareciendo y no es que me importara demasiado, en el fondo no me importaba un

pito, o un rábano, o una breva, o una hueva, o una mierda, o un cuesco, sino que a veces —y ésta era una— cuando uno se hace el ánimo, sobre todo si has tenido que hacer preparativos, dejar una cama con las sábanas limpias, el pisco listo, los vasos en la mesita, si has tenido que comprar papitas fritas y una lata de aceitunas, y jodes a tu compañero de curso, a tu amigo, para que se joda de veras y tampoco pueda preparar la prueba, pero sin la compensación que te propones tener, has tenido que faltar a reunión de base porque después de todo —y de alguna forma estás también reprochándotelo— estas cosas vienen con ángel, vienen y si no las agarras también con ángel, se van simplemente y después, cuando quieres, un palmo de narices, te dan, un portazo en el ojo, una cachetada que te deja ardiendo las orejas y, entonces, al volver a mirar el reloj te entra esa comezón desazonadora de como si se estuviera acabando el mundo, de como si el único camino limpio que te quedara fuese irte lisa y llanamente a la cresta, ya que entonces. Y la vista se multiplica y hasta logras mirar más lejos y distinguir entre dos viejas pintiparadas con dos sombrero rudos caballeros que les cuelgan de los brazos, adelantándose, un vestido amarillo que cuando llega resulta que es de lana y que te queda como si un hada lo hubiese hecho a varillazos mágicos para tu figura.

Y estamos juntos en la esquina y quiero disimular en mis palabras toda huella de ese nervio angustioso que me pasa una escofina debajo de la piel, porque tengo que ser muy ducho, muy de mundo.

—¿Me atrasé mucho? —preguntas con cara de perdón.

Pero ya viéndote allí qué me importaba, si todo



lo que me importaba era que estabas justamente allí, frente a este puma, esperando que yo dijera algo, que indicara una dirección, que invitara.

—No— te dije. Y luego, con pocas ganas de mirarte, pero mirándote, porque si no, cómo, te pregunté qué querías hacer, ir al cine a ver *Picnic*, que estaba de moda, o ir a “mi” departamento, te dije, a bailar un rato y tomar un trago y tú no pesaste las dos cosas sino que sabías muy bien a lo que ibas y partimos caminando en dirección al Parque, a Santo Domingo 580, para ser exacto.

Allí corrió todo sobre ruedas. Tomamos un piscosour que no tardé mucho en preparar, porque ya estaba preparado, y después otro, con unas papitas, unas aceitunas, y después otro. Los dos estábamos algo así como felices, como eufóricos, a pesar de que no nos conocíamos y eso quita libertad, pero como felices nada más que de vivir, como cuando se encuentra un momento que largamente se ha esperado. Y otro más, y luego de pronto bailábamos apegados y hacía calor aunque era primavera y era noche, hacía calor y el vestido amarillo de lana se te pegaba al cuerpo cuando empecé a palparte, primero con delicadeza, después con esa furia que enciende exclamaciones a las que tú también respondías con otras exclamaciones encendidas, y en un baile prolongado fuimos conociéndonos mucho —intuyéndonos mucho— con ese conocimiento que sólo da la piel, fuimos cayendo poco a poco a la cama y te saqué con destreza el vestido de lana amarilla y entre tangos, entre boleros, entre uno que otro rock, estábamos ya bien desnudos anudándonos sobre la colcha y yo te besaba de arriba a abajo, pasando por todas, por cada una de tus partes fragantes como flores recién abier-

tas, tus senos, tu vientre suave, tu sexo dulce y ácido que hubiera querido coronar, revestir de perlas, cubrir de nácar, incrustar de esmeraldas, sorberlo, tus piernas, tus tobillos, las uñas de tus pies, y tú eras terriblemente libre y la expresión de goce era muy pura, sin angustias, sin remordimientos, hasta que, torpe esa primera vez, fui terminando de poseerte y quedamos, con los cuerpos resbalosos de sudor, algo exhaustos, relajados, pero muy dentro el uno del otro, hasta que nuevamente vinieron las palabras y entre flores y flores, me asestaste el mandoble que me pilló sin guardia, que me volteó, ineludible, al preguntarme si nos veríamos mañana, y decir yo que no sabía aún, y decir tú que ojalá que sí, y que pasado también, porque el viernes llegaba tu novio de Buenos Aires y sería más difícil después, a menos que la hora... mandoble sin guardia porque ya te amaba yo, te estaba amando con furia, frenético, y no hubiera querido la existencia de ningún mierda de novio, y que me volteó también, ineludible, porque era preciso, pensé, era preciso el desparpajo en alta dosis para esos petardos sonoros, para acordarse del novio a pote pelado y nombrarlo y ¿sonreír ante su recuerdo? desnuda sobre una cama en la que ha hecho delirar el placer; y entre flores y flores, también, me invitaste a la ducha y yo te dejé ir y cuando un poco después te seguí y me metí bajo la lluvia tibia, dijiste, "quién te invitó a tí", y yo dije "tú" y me hincué y con el agua chorreándome entero te hice otra vez delirar a besos, a lengüetazos, a mordiscos.

—¡Hasta cuándo vas a seguir despotricando contra todo! Toma, tomemos “el estribo” y partamos de una vez, que vamos a llegar tarde, mierda.

—Pero ya sabes...

—No, no. Terminemos con eso. Lo que te dije es la última palabra.

—Pero, maricón...

—No me vas a hacer cambiar.

—Los amiguitos que se gasta uno.

—Decisión indeclinable.

—Para amigos así, mejor enterrarse...

—¡Qué tengo que ver yo con tus polvos! Te lo has llevado tirando todo el mes, todos los días, a las horas más raras. Ya no puedo llegar a mi propio departamento; tres veces por semana tengo que andar haciendo tiempo como imbécil antes de venir a acostarme, y cuando voy a prepararme desayuno, encuentro las tazas sucias, el azucarero vacío, ¡ándate a la cresta! ¡Hasta cuándo!

—Y dices que soy yo el que despotrica...

—Bueno, tú alegas porque no te presto el departamento. Yo alego porque no puedo seguir viviendo así, con todo patas arriba, en una casa de putas semejante.

—Una semana más.

—Una semana más, una semana más. Déjame que me ría. ¡De aquí te tienen pescado, de la jeta! Están haciendo lo que quieren contigo y no te das ni cuenta. Si el amor es tanto, ¿por qué no manda a su novio de una vez a la cresta?...

—¡Ya, córtala! Te estoy pidiendo el departamento, y no consejos.

—¿Sabes por qué? Porque es argentino y es diplomático, y en cambio tú no eres más que un pobre

y triste huevón que así como vas, pierdes el año, y que además hacen lo que quieren contigo.

—Bueno, ya, ¿sí o no? Para qué seguir...

—Sí, ya. Pero una sola vez más, para que se peguen el del estribo, para que se despidan y te puedas dar el lujo de decirle unas cuantas cosas. Mañana, si quieres, te lo dejo toda la noche.

Bueno, llegaste como siempre un poco tarde, con ese retardo que primero me intranquilizaba y después me empezaba a desesperar; llegaste con otro vestido delgado de lana, no amarillo, que te trajeron de Buenos Aires, por la mierda, ¡de Buenos Aires!, y me preguntaste, como siempre, si hacía rato que te esperaba y yo, respirando de nuevo, te dije que no y estaba tan nervioso y angustiado, que ni te di el abrazo quebrante y crujidor con que te aguardaba y que me exigías siempre, porque después de todo, *era* la del estribo, y mañana ya no más, no sólo porque tenía que dejar el departamento, te dije, sino porque tú misma —me lo habías dicho esa misma mañana— ibas por última vez, ya que no podíamos seguir desquiciándonos así, dijiste, tú no haciendo nada de lo que debías hacer, rehuyendo un poco, o mucho, al argentino con quien después de todo estabas por casarte y quien te decía últimamente, lleno de extrañeza, que si ya no lo querías, que qué te pasabá, y yo, faltando a clases, perdiendo el año porque los parques en la mañana, el cerro por las tardes, la cama por las noches, importándome un bledo todo, atormentándome un poco al pensar que qué sería de la revolución si todos los revolucionarios fueran co-

mo yo, te dije, pensando que esa voluntad que siempre había creído firme, se desmigajaba como un pan de hace tres días por tus piernas blancas y almibaradas, tus pechos fragantes que alguna vez iban a estar perfumados de leche de otros hijos, pensando que ese ser indestructible que era yo, podía ser destruido, aniquilado por una mujercita con quien una tarde en la micro nos guiñamos inocentemente los ojos y, entonces, dijiste, no podía ser, no tenía sentido y lo mejor era, pues, la cordura, la razón, ¡Dios mío, la razón!, y yo me preguntaba si acaso tú te habrías preguntado por qué te pedía tus fotos de colegio, en malla de ballet, en shorts de gimnasia, a los siete, a los diez, a los doce, a los quince, a todos los años, y por si no hubieras llegado a preguntártelo quise decirte lleno de ternura que yo las miraba, que te miraba en todas las edades porque te amaba desde siempre, y que de seguro te seguiría amando, desde la piel, desde la sangre, aun cuando tuviéramos sesenta y cuatro años, pero callé, callé y no dije nada, porque después de todo *tú* desertabas, *tú* me tirabas de un puntapié al tacho y dejabas que me comieran los buitres, y supe esa misma mañana que no habría persuasión, que ésta sí que era de verdad la del estribo y, métale pisco, huif ay ay ay, y entonces, como no pensaba rebajarme, ni pedirte, ni rogarte, no pensaba permitirme un solo llanto, ni un solo gesto de dolor, ni una palabra de lamento, no te di el abrazo quemante con que te aguardaba, sino que te hice pasar sin tocarte siquiera y nos sentamos y yo estuve con el habla adentro un rato largo y tú, entre parlanchina y descifrante, hiciste tiempo preparando un trago y después de servirlo sacaste de la cartera un paquetito y me lo diste mirándome a los ojos con

tristeza y yo te dije entonces, pero con la voz muy firme a pesar de la angustia, "¿de veras nunca más?" y tú me diste un beso leve, de esos que no me gustan, rápidos, tantalizantes, y me dijiste "ábrelo" y yo lo hice, nervioso, y sobre la pared del hermoso encendedor de plata, grabadas finamente, estaban las palabras "adiós y gracias, gracias" y supe que el adiós era porque te ibas, y que el gracias, gracias, era porque yo te había hecho, como nunca nadie, sentirte mujer y sentirte amada desde los huesos y desde la piel, y me vino la rabia, porque lo hallé muy absurdo, pero después de todo, ya cuánto me lo habías dicho, los dados estaban tirados, yo era un mocoso sin futuro visible todavía, él, un diplomático argentino, con viajes, con países, con tanta, tanta vida; absurdo, sin embargo, porque la vida entoces qué, ah, ¡entonces qué! Y no pude ser ni tierno en la cama, sólo hosco primero, brusco después, y bestia al final, cuando te dije que eras una puta, una puta de buen precio y que te fueras, que te pusieras la ropa, tus calzones de puta, tu sostén de puta, tu estúpido vestido de lana de otro color, traído de Argentina, y te mandarás cambiar de una maldita vez, y que si me topabas en la calle, no osaras saludarme, porque el asco me haría dar vuelta la cara y vomitar, y tú quisiste acariciarme, sedar mi ataque, y entonces te lancé el bofetón y desnuda, hecha un ovillo, lloraste en el sofá, y no te consolé y seguiste llorando, como esperando que los ángeles me devolvieran la gracia, hasta que la ira me hizo también llorar y te grité de nuevo que te fueras, antes de tener que echarte a empujones; y cuando saliste ni siquiera te miré y habrás pensado quién sabe qué cosas, pero querías que te contara que esa noche me la sufrí entera, me

la lloré de punta a cabo, que fue la única noche de mi vida en que si hubiera tenido un revólver a la mano lo habría posado contra mi sien y habría hecho presión sobre el gatillo, porque lo que acababa de perder para siempre era apenas tanto amor, tanta vida, tanto amor, y lo que venía después no era sino un hoyo negro, pero lo que te voy a decir es otra cosa: pese a la noche todo el pisco del barrio me hizo dormir hasta el otro día que ¡por la mierda! era otro día.

## Felices

---

A TRAVES DE LA VENTANILLA SE VIO A TODO EL GENTIO aglomerándose en la orilla del agua y a la playa blanquizca quedar sembrada de montoncitos multicolores de ropa. A cierta distancia, sobre un mar ligeramente taimado, ondulaba un bote de los mismos en que los pescadores salen al congrio por las noches. Abriéndome paso a codazos y empujando a los demás pasajeros, logré bajar antes que la micro, cuyo lugar esperaba impaciente una ambulancia, arrancara con su pique arremetedor para la cuesta.

Entre el cuchicheo loruno de los que van y vienen por la Terraza y entre el masivo murmullo de rumores, alguna frase de pronto resonaba nítida.

—Pobre. Y pensar que hacía señas el pobre.

La señora no le responde a la muchacha que se lo dice. Su vista parece embrujada por el bote, bajando y subiendo, perdiéndose y apareciendo tras las olas.



—Es que son tan imprudentes —dice al aire una especie de oso con jockey celeste y bigote negruzco—. Por algo ponen bandera roja cuando la mar está mala.

Alguien de más adelante le hizo eco al enfatizar que tan imprudentes, no, y agregando también que lo que pasaba era que deberían tener dos botes salvavidas y no uno para las dos playas y que en el fondo, más que la imprudencia, ahí estaba la cuestión.

—Qué pasa, qué pasa— pregunta un tardío.

—Un ahogado— le responde alguien.

—¿Que no era mujer?

—Parece que no, que era hombre.

—¡Pobrecito, Dios mío! Pueda ser que lo salven.

Miré enmudecido el bote y me pareció que si alguien se había estado ahogando, el tiempo para terminar de ahogarse ya le sobraba y que poco o nada se podía hacer. Se me contrajo la garganta y pensé que me vendrían los vértigos, porque yo también he sentido el cansancio en los brazos, la resaca invencible, el agua salada llenándolo todo. La realidad se me fue desmigajando y la memoria se detuvo ahí. Sólo permanece el murmullo masivo y cimbreado de las voces confundiendo con el oleaje.

Una muerte no parece mucha cosa. Después de todo, ¿qué es una muerte? Aún en los pueblos chicos morirá alguien cada día. De cáncer, o del corazón, o arrollado por la locomotora. Pero en un balneario, un ahogado es distinto, un ahogado hace que por las venas de los nadadores circule el temor, que las madres aprieten las nalgas cuando sus hijos pisan el agua, que la curiosidad también —por las conjeturas, las descabelladas teorías que pretenden recorrer

los velos de la verdad —se despierte más ferozmente, y así, aunque los periódicos de Santiago ofrecieron la noticia en tres o cuatro líneas, Cartagena, sí claro, es sensible que una vida joven, no, todavía no lo encontraban, tendría que salir solo a la playa o aparecer en la superficie tarde o temprano y por las que estarían pasando fueran los hijos o los padres o la esposa o quienes fueran y qué diablos si lo que el Señor ordena a todos algunas vez ha de tocarnos, y en cuanto al Alcalde, buena ocasión de hacerlo saltar por su criminal negligencia, al sinvergüenza ese, Cartagena, sí, claro, dedicó al ahogado gran parte de su tiempo y qué hacerle con el destino, verdad, porque por qué malditos designios tenía que hallarse tan lejos del bote, aunque, oigan ¿y suicidio, no podía ser? En extremo sensible, pero sí podía ser, a pesar de los brazos agitándose como en pos de socorro.

El morboso interés que me hace andar siempre buscando muertos, fue creciendo. En alguna parte de ese mar se lo estarían devorando las jaibas, corrientes asesinas lo arrastrarían de playa a playa y el agua salada le habría hinchado los pulmones, el estómago, el corazón, los pulmones, los pulmones. Poco antes una vida. Esos brazos debatiéndose en el oleaje, allá lejos, en el último recoveco del desamparo. La mueca de horror. El miedo espumoso. Esa desesperada conciencia de que se comete el último acto de la vida, mientras ahí afuera, a doscientos metros, todo sigue igual.

Comí un par de Jaibas cocidas y salí a caminar, a gastar un poco de suela, a hacerles algunas visitas

de estilo a las viejas que monopolizan el copuqueo universal del pueblo y sus alrededores. La viuda me detiene frente al puesto de leche.

—Ya supo lo del joven del Correo, ¿no? Ese que era tan amigo de su hermano.

—¿Del Correo?

—Se ahogó ayer. Hoy en la mañana sacaron el cadáver.

Alguna vez debo de haberlo visto. algún fin de semana durante el año, cuando vengo.

—¿Era medio rubio?

—Ese mismito. Ayer en la tarde no llegó a trabajar y todos se extrañaron porque no avisó. Era un joven muy cumplidor, dicen.

Lo imagino ahora, lo recuerdo más: sonrisa cordial, bigote delgado, muy del montón.

—Creyeron que estaba enfermo —sigue la viuda—. Pero no. Se había ido a la playa. Lo que casi nunca hacía, dicen. Porque no le gustaba el mar.

—Tremendo, no—. Una señora que viene de compras. —Y parece que era casado.

—Pobrecita la señora; cómo estará la pobre —dice la Rosita, dueña del puesto de leche.

—... Ni tampoco le gustaba el pueblo. Quería su traslado.

Siento que puede venir de nuevo el vértigo, llegar otra vez el nudo y es preferible partir, no seguir oyendo estupideces, olvidarse de ¿cómo se llamaba?

—Miguel. Miguel Torres.

De Miguel Torres. Pero es poderosa la imagen, la hermosa imagen siempre, siempre, de un hombre contra el mar.

El sol pica fuerte. Sin proponérmelo he subido la cuesta hasta el correo, donde no tengo nada que

hacer, porque no escribo y nadie me escribe. Sin embargo, es preciso que observe cada rostro, cada par de ojos, cada expresión de quienes fueron sus compañeros (si aquella vez no me sacan, ¿cómo habría sido?, en el instante del arrepentimiento aún había tiempo), preciso que descifre cada reacción, cada gesto, cada sentimiento ante su muerte, porque todos, todos, son los asesinos, preciso que llegue a comprender —*esto* más que nada— qué huella puede haber dejado su vida entre quienes lo tuvieron cerca.

Una señora tan entrada en carnes como en años se ocupa del franqueo tras el breve marco de la ventanilla. Más atrás, un tipo bastante pelucón clasifica cartas y paquetes, y una mujer más joven escribe a pluma en un grueso libro. La veo inclinada y de perfil. Ceja notoria, ojo prolongado en verde, pestañas largas. Y tiasas. Mirándola un poco mejor, no resulta tan joven.

A la más vieja le pido una estampilla de veinte pesos y le digo al pagar que yo era amigo de Miguel Torres y que quisiera encontrar a su esposa para darle el pésame y trato de hablar bajito, pero el hombre ha escuchado, levanta la cabeza y me estudia mientras ella, como obedeciendo a un reflejo, vuelve la mirada hacia la no tan joven, que se mantiene rígida.

—¿A su esposa?— ¿podrá haber ironía en el tono, malicia en su mirada?—. En la Residencial Pandora, pues.

La no tan joven, como piedra siempre, ha entrecerrado los ojos y su pluma no se mueve sobre el papel: está tan detenida como ella.

La vieja casona se yergue sobre un cerro. Desde el piso de arriba se domina el mar, toda la bahía, y los pueblos que bordean la costa hacia el norte.

La dueña demostró agitación cuando sacando hígado de no sé dónde le pregunté por la señora de Miguel Torres. No sabía qué iba a decirle. Ni por qué. Sin embargo, habría pagado en oro la oportunidad de verla, de intuir su tristeza, su nueva incertidumbre ante el mundo, de saberla confusa en su dolor.

—¿Para qué la desea?— me preguntó desconcertadamente.

—Bueno, quisiera darle el pésame.

—Ah, no tiene idea, entonces. No sabe nada. ¿Los conocía?

—A él.

—¿Y a ella?

—No.

—Se la llevaron. Pobrecita. Tanto que sufrió desde que se vinieron aquí.

Por el ventanal se divisaba el sol anaranjado a punto de meterle su olímpico y cotidiano gol al mar. Una brisa fresca se colaba desde fuera y hacía zapalear contra la pared a la marina chueca. *Ella había sufrido*. Las cosas venían saliendo como a pedir de boca. Irreprimibles deseos de verla de una vez y de hablarle ahora mismo, de tener el valor para dispararle unas cuantas preguntas feroces de veneno.

—¿No está...?

La dueña se llevó un pañuelo a los ojos.

—No —dijo en un tono que me pareció cocodrilesco en cuanto a llanto—. Ya se la llevaron. Cuando vinieron a avisarle que el ahogado era don Miguel, ya estaba muerta.

Tuve deseos de patear al mundo, de mandar a Dios a la mierda, de azotarle a esa vieja la cabeza contra la pared hasta dejársela como un membrillo machucado por un niño a la salida del colegio. La verdad se hacía inverosímil. Un drama de lo más simple agarraba ramazones tupidas. Quizás nunca ahora, ¡por la mierda!, llegaría a saber, a entender qué sentido tenía la muerte de Miguel Torres. Qué sentido había tenido su vida. Si sólo una vez, una sola vez, hubiera podido ver sus ojos. Los de ella.

—La pobrecita —decía y repetía la dueña.

Y al bajar corriendo las escaleras tuve la imagen de una víctima.

Era hermosa, a su manera. Distinta de la pintura que me había ido configurando. El traje de baño modelaba sus líneas discretas y también insinuantes. Sonreía con los ojos ligeramente cerrados frente al sol. El cabello le caía suelto y confundía su color con las rocas de atrás. Junto a ella, sujetándole la mano y mirándola enamorado, estaba él, más blanco, menos acariciado por el sol de ese verano. También sonriente, también feliz. Cuerpo menudo, casi infantil.

Apareció en primera página, con una leyenda burda. Tomada el verano anterior y hallada en el dormitorio. Hermosa fotografía. Pero sin cala: insuficiente para ver más allá de la relación de esa sonrisa.

Algo se aclaró al leer la información. El sin sentido aparente de que ella estuviera muerta cuando le fueron a avisar, tenía, después de todo, muchísimo sentido. Porque cuando le fueron a avisar, hacía ya veinte horas que estaba muerta. Con las venas tajeadas. Nada escrito. Ninguna nota. (En el minuto del arrepentimiento acaso no tuvo tiempo). Crimen y sui-

cidio, o doble suicidio, o crimen y accidente, decía el diario que podía ser. Sórdida truculencia de melodrama.

Caminé en la tarde por la playa. Estuve sobre las rocas donde Miguel Torres y Amelia habían sonreído felices ante la cámara. *La pobrecita*. Las palabras de la dueña me zumbaron toda la noche y apenas si pude, ya de madrugada, cerrar un rato los ojos.

Entraron abrazados. Ella, de pantalones y polea. El, con su terno de trabajo. Todas las tardes pasaban por ahí cuando Amelia lo iba a buscar al correo y se volvían a casa. Ahora se habían detenido para entrar a comprar sobres. Abrazados, como siempre se les veía.

— *Mijito, ¿me acompaña después a la farmacia?*

— *¿Para qué, mi amor?*

Todo sonrisas. Así tal cual. Todo amabilidad y solicitud y ternura.

— *Quiero comprarme un rouge.*

— *Mañana, mijita, ¿quiere? Estoy cansado...*

— *Bueno, lindo.*

Y tan abrazados se habían ido, con los sobres.

La muchacha de la librería hizo que la escena y las palabras cobraran vida.

—Y como le digo, esto fue el martes. Un día antes. El era tan amoroso. La mimaba, viera usted. Si parecía que siempre anduvieran en luna de miel.

Como los había visto la muchacha de la librería, así los vieron todos: amorosos, eternamente enamorados, coquetos y juguetones el uno con el otro, felices. Ahora, medio mundo hablaba de ellos a quien quisiera escuchar. No, no tenían amistades ni enemistades con nadie, sí, querían el traslado a Santiago, principal-

mente por el niño, que vivía con los abuelos. (Un hijo, por añadidura. Cuánto dependería su felicidad de lo que se le callase). Claro, era rubio como él, pero con los ojos de la mamá. A veces lo traían, sí, señor, y era un espectáculo verlos bajar a la playa, sí, era el asma la culpable de que no viviera con ellos. Claro que ella viajaba a Santiago todas las semanas y él a veces los domingos, cuando no tenía turno. Nunca, señores, se les había visto disgustados, óiganlo bien, aunque sí se reconocía la posibilidad de que alguna vez lo hubiesen estado.

Imagen quebradiza. Para todos, Miguel y Amelia eran la pareja más feliz. El mundo, sin excepciones, los veía así. Sin embargo, algo fallaba en ese cuadro, alguna pieza no ajustaba y yo quería entender, *¡entender!*, y como a estas alturas no me iba a quedar a medio camino, porque los vampiros necesitan sangre, después de un rotundo fracaso con la no tan joven del correo, me fui a ver al inválido, el esposo de la dueña de la Residencial Pandora.

—Peleaban como perro y gato —dijo el inválido—. Subían siempre muy del brazo, pero entraban a su pieza y prendía la llama. Alguna punzada insignificante y estallaba la pólvora. Como perro y gato, sabe.

(En esa habitación que no conocía, vi desaparecer la sonrisa).

—Nunca se llevaron bien. Pero la culpa fue del cartero. El tartamudo. Para qué tenía que entregarle la carta delante de Miguelito. Una traición, ¿se da cuenta? Piense que la correspondencia no podía pa-



sar por el correo. Por eso el otro, el profesor, arregló con el tartamudo para que entregara y recibiera de mano a mano las cartas a la señora Amelia. Cartas sin franqueo, ¿se da cuenta? Eso duró un buen tiempo. Yo lo sabía. Aquí sentado no se anda uno a carreras con el tiempo, señor. Sabía que Miguelito lo sospechaba también, por las escenas de celos. Me imaginó que le daban alguna plata al tartamudo. Era una cosa infernal, cuando peleaban. Lloraba ella. Después lloraba él. Desde aquí afuera se presentía la violencia.

(Objetos lanzados por el aire. Golpes de mano. De dientes. De uñas. Retratos rotos. Llantos y gritos. La sonrisa se ha transformado en una mueca de odio).

—... Y después, un poco más tarde, se pedían perdón, querían olvidarlo, se decían caricias y se harían tal vez el amor, usted sabe. Y todo como si nada, como si en ninguno de los dos hubiera cabido el rencor. ¿Comprende? A la mañana siguiente salían llenos de sonrisas y ella lo iba a dejar hasta el correo. Así es la cosa. El era un joven honesto: nunca se atrasó en el pago. Muy tímido, sí. Ella no. Sabía desenvolverse y tenía conversación. Sabe, en un comienzo pensé que era mucha mujer para él. Cuando llegaron. Tenía personalidad. Pero a poco andar las cosas, vi que Miguelito, con su facha de niño, callado como se mostraba, era hombre de una pieza. ¿Por qué sería que comenzó lo otro, no? Sí, señor; yo veía mucho de lo que pasaba por ahí. Y créame que nunca quise decirle nada a la Marcela. El tartamudo no debiera habersele entregado estando él. Fue maldad. Y de ahí partió todo. Ahí se armó.

(Puedo imaginar a Miguel Torres preguntando:

—¿Y esa carta?

Y a ella tratando de ocultarla. Escena demasia-

do trivial. A él leyéndola mientras ella lo enfrenta sin temor).

—Las cosas que le dijo, señor. Que era una puta... No me vaya a oír la Marcela. Una puta de mierda. ¿Se da cuenta? Venía llegando del correo, a las doce y media. Y después que la dejó como la mona, le dijo eso y partió sin almorzar. Ella tampoco almorzó. Quiso quedarse encerrada en su pieza...

(La veo llorando echada sobre la cama, pesando la resolución que está a punto de tomar. Tranquila, luego. Como quien ya sabe. Como quien ha aprendido. Hasta que llega él —no ha ido al trabajo— violento, enloquecido aún, con los ojos llenos de bilis, sacando chispas con los dientes, entrando a golpes a su cuarto, mirando la fotografía de ese verano en el marco plateado y, luego, llorando en silencio, junto al cuerpo que se enfría, y diciendo al salir, como para consolarse, *tú sola te castigaste*).

—Así dijo al partir. ¿Se da cuenta? Y no hubo más noticias de él. Y todos pensamos que si ella no salía del cuarto, era de pura vergüenza. Sí, señor: “tú sola te castigaste”, eso le dijo.

Bajé las largas escaleras de tabla crujiente. Quise figurarme el camino de Miguel. Tendría que haber cortado hacia la playa, porque para arriba viene el descampado. Salir disparado y correr calle abajo como loco, hasta no dar más. Luego serenarse, ya sin energías que seguir gastando en ira. Exhausto. Caminar lento con la vista fija en nada, con las manos en los bolsillos, hasta ir poco a poco dándole forma, echándole fuego, a la idea. Dejar pasar una hora. Tú sola te castigaste, le dijo. Y quizás no haya podido soportar el peso de haber dicho esas palabras.

Un diario seguía informando el caso a medida que se iban descubriendo nuevos detalles. Nunca dieron con la verdad. Apareció la carta, la última del profesor. Mal escrita, poco interesante, ni siquiera fogosa. Burda. También publicaron las declaraciones de la concesionaria de los camarines. A las cinco había sido. Arrendó un traje de baño y dejó sus ropas. Después salió trotando y bajó la rambla hasta la arena. En ese punto se perdió su historia hasta este momento en que Miguel Torres, mientras una ambulancia hace turno para ocupar el hueco que va a dejar la micro, divisa como entre pesadillas paradójicamente dulces a la gente aglomerada sobre la arena, allá a doscientos metros, mientras el bote no llega, mientras el bote no llega.

## Su mañana

---

FUE EN EL PRECISO MOMENTO EN QUE EL NEGRO, CON los dientes arreglados y una flamante argolla matrimonial en la izquierda, me pasó el cheque por la ventanilla para que se lo cambiara, cuando sentí la revoltura, esa vorágine rápida como el inicio de los racontos en las viejas películas, cuando sentí los nervios comerme y hasta esperé, agachando la cabeza, que no me reconociera, mientras sus canciones y los días buenos me daban algo así como un lumazo en la nuca, un certero golpe de conejo, porque cuando esa vez el Negro Santana levantó la mano para hacer chirriar la tiza contra la pizarra, todos nos tapamos las narices y algunos comenzaron a abanicarse con los cuadernos y el Palote nos miró raro, como intrigado, pero sin antipatía, y con un tonito así como de que la paciencia ya se le acaba, nos preguntó “bueno, ¿de qué se trata ahora”.

—No, señor: es que Santana no es muy amigo de los desodorantes.

El Negro se dio vuelta en el acto y nos miró con ese rencor cariñoso tan suyo, sin verdadero enojo, pero sabiendo que otra vez lo íbamos a hacer cantar “Mar-ta” o “Catari”, que eran sus dos favoritas. Tenía una voz hartamente envidiable en lo que se refiere a potencia, como que por lo general los cabros de cuarto —en la sala del lado— decían que cada vez que el Negro cantaba prácticamente se iban al diablo las clases, por lo cual siempre nos estaban pidiendo que lo hiciéramos cantar, pero lo que pasa es que si bien en cuanto voz, Mario Lanza podía no llegarle ni a los tacos, el repertorio de nuestro tenor oficial era bastante mediocre, como que aparte de las dos canciones que mencioné, sólo le daba con una más que no recuerdo el nombre, pero algo así como que a la luz de clara luna, Arlequín brindaba no sé cuánto y se la quería jugar a Pierrot con la Colombina, que no sabía bien por cual decidirse, si por el traidor, o por su eterno y baboso enamorado. Cada vez que la cantaba se me venía la Tencha a la cabeza y me daba una rabia que habría llorado ahí mismo de no estar tan seguro de que después me iban a decir maricón; bueno, envidiable, decía, la voz, en cuanto a potencia, porque hablando del timbre mismo, resultaba un poco retumbante, o no sé si será que con el tiempo —tampoco es tanto, no se vayan a creer— en el recuerdo de sus canciones persiste ese zumbidito que hacían los vidrios cuando se mandaba un do de pecho y que, personalmente, me ponía la piel de gallina y me disparaba un escalofrío desde el cogote hasta donde la columna se convierte en otra cosa. Y para poner las cosas bien en claro, habría que agregar

que lo de los abanicos y eso, lo hacíamos —no voy a decir que no fuera un poco pesado como talla— debido a que se gastaba unos sobacos bastante fétidos y a que no era pariente cercano del jabón, y entonces cuando tenía que salir a la pizarra y levantaba el brazo, sobre todo en los meses de calor, y este día de que les hablo era como noviembre, emanaba de ellos un vaho relativamente fuerte, capaz, creo yo, de descomponerle el estómago al más parado de los gallos, fuera de broma, y le pusimos “Sobacana” (por la terminación de su apellido), pero la verdad es que estábamos demasiado acostumbrados a decirle Negro, y el apodo no cundió.

De modo que el Negro se dio vuelta y nos quedó mirando sin ese rencor que les digo y como a la espera, y el Palote nos lanzó una estupenda sonrisa de esas que afirmaban a las claras que las ganas de hacer clases eran pocas y que se acercaba de seguro un “calducho”, con chistes, recitaciones y, muy sobre todo, con el canto del Negro. Pero las cosas resultaron distintas, porque después que el Indio Moraga —le decíamos Indio porque era indio— recitó El Linyera, un latón bastante largo y sombrío que termina “mi mamma, mi mamma sí que era guapa” y todos con ganas de soltar la lágrima pensando en lo cabrones que a veces nos portábamos con la mamma, y después que Ramón Sáez contó el chiste de un cura que está predicando la paciencia y la virtud y que termina cuando dice “chucha, era abeja”, refiriéndose a una mosca que le revoloteaba por la frente y que en realidad era abeja, y nos reímos como brutos, el Negro despegó a todo pulmón con la linda flor de alborada que del cielo brotó, pero no iba ni en la segunda estrofa cuando llegaron a reclamar los de

cuarto porque estaban en prueba y el pobre Negro se frustró y todos nos deprimimos bastante pensando que seguiría entonces la clase, pero como les dije antes, el Palote no estaba de humor para el trabajo y nos preguntó si teníamos otras clases después de la suya, y como le dijimos que no, nos miró con los ojitos bailándole y lanzó la invitación:

—Bueno, vámonos. Qué hacemos aquí. La fiesta puede seguir en otra parte.

Dicho y hecho. Antes de diez minutos un grupo —los más viciosos, los mismos que nos pasábamos todos los recreos jugando al crap, o sea el Guagüi, el negro, el Indio Moraga, el Silva, otros dos y yo— estábamos sentados en la fuente de soda de la esquina tomándonos la primera pilsener de la tarde.

Entonces después de tres cervezas y unos cuantos chistes de esos como para sacarle chispas a una monja, el Palote nos dijo que partiéramos a un lugar que él conocía, donde había niñas y el Negro podía continuar la canción interrumpida, que él pagaba, total, pero yo le dije que también compartía los gastos y apenas tres cervezas me tenían así de generoso como para ofrecer todas mis ganancias de esa mañana en el crap, y los cabros me aplaudieron de puro gallo, esa sí que era de hombre, mierda, porque la verdad, esa mañana los ángeles se levantaron conmigo. En el primer recreo, mientras el Negro cerraba la puerta de la sala, ya el Guagüi, el Indio y yo nos apiñábamos alrededor de la mesa del profesor con los dados en la mano. Empieza, me dijo el Guagüi, y a mí qué me habían dicho: los hice rodar a los dos

cabrones dados de extremo a extremo de la mesa cuando cada uno de los compinches había depositado su apuesta, donde se detuvieron y siete, mierda —cuatro y tres a la primera— vengan para acá los billetitos, sigan, sigan, los dados son míos, listo, ahí van, chantarse suave como las bolitas que antes les sacábamos a los catres de bronce y rellenábamos con esperma para “tiritos” del hacha y cuarta, chantarse y otra vez siete, mi vida, la buena estrella, *ésa* era mi mañana, entonces a la tercera tirada, doblarse todos, mierda, y seguir dejando, con el once, que los pesos vengan a mí, a ver, quien va más: el Indio se corre, ya no le queda ni para micro, el Negro dice que ahora es la vencida y pone un flamante billete colorado, de los grandes, y el Guagüi, picado, tampoco deserta, que es de los que llegan siempre hasta el final sin achaplinarse, de esos raros tipos de “todo o nada” y lanzo los dados y nueve los miserables (cajón de muerto, dice uno), carajo, no podía la suerte hacerme la jugada ahora, si habíamos quedado en que era *mi* mañana. A buscar el nueve, ahí van, cinco, por la gran puta, seis después, y *nueve*, nueve lindo a la vencida tercera, vengan, vengan, chao Negro huevón y queda el puro Guagüi, con cara de gangster ofuscado en el Casino, George Raft o algo así, como diciéndome que ahora vamos a ver, pero suena la campana y alzando los hombros le digo —sin *decirle*: con los puros hombros— qué le vamos a hacer, aquí quedamos, claro que sabiendo que en el recreo largo de las once la cosa tendrá que seguir, aunque un tanto temeroso porque segundas partes nunca fueron buenas, pero en fin, ¿era o no *mi* mañana? Así que después de pagar las pilseners, nos encaramamos en el cacharro Ford-A del Palote y partimos más



felices que chanchos en el barro a donde él, haciendo un poco de misterio, aseguraba que conocía, aunque creo que cada uno de nosotros estaba cierto de que se trataba de Ricantén, y además, justo la cacharra marchaba entre toses y rebuznos Irarrázaval abajo, rumbo a esos callejones. Me sentía tan contento que le dije al Guagüi, “oye, Guagüi, no me des la chaqueta, te perdono la deuda”. Porque en el recreo largo jugamos los dos solos con el Guagüi. Yo no había perdido los dados, de modo que seguí sacando siete y onces y cuando a él se le acabó la plata siguió “a la negra” y yo, de hombre, le acepté, y como su intención era recuperar, después de perder los primeros diez de esa vuelta, jugó veinte, y luego cuarenta, y después ochenta, fue doblando, porque claro, alguna vez yo tenía que fallar y ahí, por lo menos, quedábamos en cero, pero ya les conté, esa era mi mañana y la deuda se acumuló hasta que el Guagüi dijo que no seguía, que la cueva yo la tenía de oro, y que la deuda era mucha para cancelármela en plata, pero que me daba a cambio una chaqueta de gamuza nuevecita que su papá le haba mandado de Caracas. Entonces, apretujados en ese auto antediluviano, le dije que no pues compañero, que entre amigos esa huevada no podía ser, pero —también viendo írseme la chaquetita— le agregué eso sí, que para otra vez no se pusiera tonto y supiera frenarse a tiempo con la cabeza fría, cualidad de todo jugador que se respete, le dije mandándome la parte, ya que como campeón mundial de los dados, podía perfectamente darme el lujo de dictar un poco de cátedra. Habíamos cruzado Vicuña y entrábamos por Diez de Julio, y todos los que llenábamos la carcacha, hasta el propio Palote, íbamos más felices que la recresta.

El Palote era "paleta", o sea, se podía contar con él —*I'll be there*— pese a su desgarrado metro noventa, sus escuálidas extremidades, su nariz quebrada y esos bigotes a lo Hitler que se dejaba, pero en cuanto a profesor, todos coincidíamos en que era nulo: enseñaba poco y enseñaba pésimo, considerando también que no era pedagogo profesional, sino un comerciante aficionado a la física a quien le gustaba, más que nada, la juventud, y como la juventud éramos nosotros, este pechito, ya desde tercero nos había ganado con su cordialidad, las invitaciones a su casa, las convidadas de cigarillo y todo eso, por lo cual nos sentíamos a las anchas con este hombre mayor mientras esperábamos la ponchera y empezaban a llegar al salón algunas niñas con cara de sueño. La casa era de las buenas, no del callejón, sino de Raulí (la calzada ancha perpendicular), y las niñas para qué decir, cosa de lanzarse no más al ataque, pero seamos francos, personalmente me sentía hartito nervioso, porque aunque en general las presumiera un poco de Don Juan, como reza el tango, debido a que la buena pinta me abría cancha entre las chiquillas del barrio, la verdad es que si me llegaba a encaprichar (con la rubia, por ejemplo), iba a ser (por la cresta, me da vergüenza decirlo) primera vez, ya que lo de la Tencha quedó ahí no más y no siguió, y bueno, por muchas ganas que uno tuviese, daba su poco de julepe aunque, desde luego, tampoco crean que venía de las chacras, de estar listo para la pelea, lo estaba en un ciento por ciento. Por eso, traté de dominar los nervios, de eliminar el trastabilleo lingual al abrir la boca, y de sonreír cada cier-

to tiempo a lo Tyrone Power, mostrando esa corrida formidable de perlas que me gastaba, pensando, claro, que todo el macaneo iba a resultar a fin de cuentas un poco más romántico, más, cómo dijera, no es que pensara que tenía que ser serio lo que iba a ocurrir, pero al Palote, ni por mucho que en mi pobre mente flamearan firmes las banderas de la fantasía, jamás me lo habría imaginado con la pichula al aire mientras el Indio con sus poderosos brazos lo sujetaba por detrás pasándoselos debajo de los hombros y uniendo palmas sobre la nuca para que entre dos niñas le maniobraran los botones del pantalón y se lo sacaran y otra, pronunciando una especie de oración en latín macarrónico con *picus* y *tetarum* y *pichulaminis*, procediera —todos nosotros entre abismados a muerte y muertos de risa— a un ceremonial bautismo en que después de unas cuantas sacudidas le derramó unas gotas cerezas de cherry brandy antes de comenzar la succión, y fuimos viendo extasiados —personalmente con un ardor agigantándose— cómo desde la carcajada irreprimible, el Palote pasó de golpe a las contorsiones, a la mueca adolorida de placer y a la desesperación, y el Indio malévolamente sujetándolo y nosotros más o menos enchufados cada uno con su mina, yo con la rubia, claro, corriendo mano como que Dios es grande, echándole moneditas por la ranura de los pechos apretujados con el sostén y tratando de sacarlas a lengua y dientes y ellas, entre otras gestiones, hurgueteando también a través de los marruecos de estos niños botados a grandes que después de tres pilseners y unas poncheras un tanto rancias con mucha frutita picada se hallaban algo desatados y que de seguro lo único que pensaban —al menos yo— era que si la euforia lle-

gaba hasta los catres, ojalá toda la cosa funcionara como Dios manda y no fueran a quedar como recién salidos del cascarón, con el prestigio trizado a la primera. Por eso mismo, como ya los tratos eran personales y seguro el único que tenía plata era este campeoncito de los dados, cuando la rubia, que tenía unas tetitas de volverse loco, me dijo que subiéramos y que por ser temprano me lo dejaba barato, vacilé un poco ya que también con la euforia no quería perderme cuando el Negro mugiera su "Catarí", pero terminé por ceder al embrujo mágico de la musa, y en menos que canta un gallo estábamos en su dormitorio privado y "lejos del mundanal ruido" como un par de locos de amor sacándonos la ropa encima de una colcha plateada después de haberle cancelado sus honorarios y antes de que en aquella sinfonía celestial de sensaciones recibiera también el ingrato pago de una gonorrea que casi me hace perder el año, ya que era la típica enfermedad que lo frenaba a uno de ver a un médico y métale y métale permanenato todos los días, pero para qué también soy malagradecido y no hablo sólo de ese baile por las estrellas y de la embriaguez sentimental y de esa sensación de superioridad sobre los otros —había funcionado, carajo, como el mejor— cuando bajamos y todos ya igual que perros rabiosos acompañaban espumosa y desafinadamente las notas del Negro, que estaba en uno de esos trances en que podía sin más ni más haber muerto cantando para el regocijo de todas las anfitrionas y la tortura del profesor Palote, que tirado como piltrafa sobre un sofá tapizado en raso parecía luchar fieramente contra el ejército de náuseas que lo atacaba desde la ponchera vacía, mi alma, mientras el Guagüi bailaba un solo de mambo sacándose

la ropa de lo lindo, y mientras era la época, los días perdidos, en que todo —el sol, el frío, la fiebre, la sangre, la peineta— no era más que pura vida sonante y armoniosa como el choque de las bolas de billar, puro ímpetu de vivir, puro presente sin ventanillas, sin ningún Negro al que después de estampar el timbre metálico tuviera que pasarle un fajo de billetes y hacerle un saludo apenas cordial, ahora sí, a pesar de la emoción.

## No me culpe

---

AL FINAL SIEMPRE LA MISMA BAGATELA. LE PREGUNTA de por qué había ido, o para qué estaba allí, es lo mismo, o por qué no elegiría otro lugar, lo mismo aún. El tiempo cada vez más lo hacía sentir algo como que la totalidad de sus poros estuvieran abiertos, como una puerta de escape para dejarlo partir tranquilo, se dice, entre los dedos. Las actividades del día, el trabajo, el viaje al Banco, el imprescindible almuerzo en casa de algún pariente, la pasada por el correo donde nunca nada, el par de viajes en autobuses de conserva, el café a las seis, el espasmódico café a las seis y la lectura del diario, ah, sí, la lectura del diario con los crímenes del día, en Vietnam, en Africa, en Recoleta y en Vietnam, todo era ya suficiente para un pobre miserable día. Bastaba. No existían en verdad razones para pensar cada anochecer largamente en algún lugar dónde quemar las primeras insomnes horas del sueño. Bastaba. A las

ocho el cansancio hacía nata, el alma había caído a los pies y se emprendía ya por suerte el regreso a la casa sola pensando en pisco o en aguardiente, o hasta en la novela con su misterio aún no concluido, o el Long Play de los Beatles, y entonces se llegaba a la esquina a esperar la “ocho” para irse. ¿Por qué entonces estaba ahí? —ah, claro, la “diez” pasó primero y bueno— ¿Por qué y para qué había ido? No es que no tuviera Paula su cierta gracia, sus encantos escondidos más allá de los años. No es tampoco que no encontrara calor y acogimiento en el saloncito con la alfombra verde y los libros y la cabeza reducida. Porque Paula sí tenía sus encantos escondidos más allá de los años, y en el saloncito con la alfombra verde también había calor y acogimiento. Así, mientras se comía las uñas esperando que ella terminara de peinarse, sentía rabia, impotencia, desazón, por la estúpidez de haber caído nuevamente y, mientras esperaba, lo remecía además un temblor de frío o de algo que tal vez no fuera frío, pero que se parecía al frío, algo que tal vez era miedo.

(Y como entonces usted no puede saber ni siquiera imaginarse que por dentro ocurren cosas, ocurren cosas que no dependen ya de nuestro control, ni siquiera de nuestros más primarios deseos y que esas cosas son las que me han determinado, las que han dirigido mi conducta sin pedirme consentimiento, y como entonces usted no sólo no puede saber, sino que tampoco puede sospechar, no tiene derecho a juzgarme. Por eso, ¡entiéndame!)

Miedo de que alguna vez. Porque eso sí, alguna vez la pregunta llegaría directamente a la involuntad

del corazón y tendría, no por deber sino por inevitabilidad, que responderla. Miedo de que esa vez pudiera ser ahora, ahora mismo que Paula sale del baño y llega al saloncito y, sobre la alfombra verde, lo besa cuando él se levanta.

Lo de siempre. Un trago bien preparado, suave músicaailable como ese neurotizante Gershwin de *The Man I love* que mide el nervio mismo del tiempo, dos o tres preguntas banales, sentarse en el sillón rojo frente al diván y mirarlo con fija insistencia. Salud, mi bichito, mi larva, salud, salud pequeño siervo casposo, salud. Por días mejores, mejores al menos que éstos. Y otro llenar de vaso, dos o tres preguntas más también banales y la sonrisa, la prolongada sonrisa mirándolo fijamente a los ojos con esa obsesiva persistencia, a los ojos que resisten un poco y que luego disimulan su flaqueza enfocando algún sector del librero, la reproducción de Kandinsky o la cabeza reducida, iguales a un blanco ratoncillo que en la vitrina del zoo se oculta de piedra en piedra mientras la mangosta ni siquiera se preocupa de hacer el primer movimiento insinuando que la hora de su almuerzo ha llegado, un ratoncillo nervioso que sabe, que no ignora. Porque ahora, sí, ahora, como siempre, viene el diálogo invariable.

(Entiéndame y no me castigue, ya se lo dije, porque por lo de la otra vez, no vale ni la pena, ya que la culpa —la verdadera culpa, quiero decir— no fue mía, ni de ella, ni de nadie, y si es que porque hay que castigar a alguien, así sin alternativa, las va a emprender usted también conmigo, déjeme decirle, o preguntarle mejor, por qué no castigan a la violentera, aunque esté muerta, y le atribuyen, aunque esté



muerta, la parte que le tocó a ella, para que de esta manera cada cual pague su cometido como le corresponde y nadie se vaya a quedar con la sensación de haber sido estafado, de estar sufriendo enteras las consecuencias de culpas que también fueron de otros o que incluso en el caso propio no fueron culpas, ni siquiera culpas, sino una de esas vorágines de circunstancias adversas que ocasionalmente se juntan algo así como para jugar una mala pasada que lo haga a uno decirse y repetirse otra y otra vez, ¡ojo ñato, ojo, porque así no más pueden salir las cosas y perjudicarte, no para hoy, no para mañana, sino para siempre!)

—No te has lustrado los zapatos, Guillermo.

—Eh, no... Es decir, sí, pero al cruzar el sitio se me llenaron de polvo. Tú sabes...

—Sí, es una lástima, una lástima, estando tan elegante como estás. Porque hoy estás elegante, sabes—. Se cambia del sillón al diván, junto a Guillermo—. Esta corbata, a ver, deja que te enderece un poquito el nudo. Y estos pantalones tan planchaditos. La raya tan filuda, da gusto—. Guillermo se estremece al sentir el paso de la mano desde la rodilla al muslo—. Tan filuda, da gusto—. Las dos manos reptan una y otra vez desde las rodillas a los muslos. Guillermo deja caer la cabeza, mentón contra pecho, y de la frente al pantalón bien planchado chorrean gotas de sudor. Se levanta con violencia.

—¡Hasta cuándo! ¿Me entiendes? ¡Hasta cuándo! Por qué no me dejas tranquilo, por qué me llenas de suciedad, de cochinas ideas.

—Pero no te sulfures. Sólo he dicho que es una lástima, estando tan elegante como estás, que no te

hayas lustrado los zapatos, Guillermo. Guillermito, no se enoje.

—¡Me los lustré! Ya te dije. Fue al cruzar el sitio que se me llenaron de polvo— el volumen de la voz ha bajado, el tono se ha hecho más amable, más humilde.

Entonces Paula se levanta también, corre al piano y desenvaina la daga.

—No, no, Paula, no, por favor. Otra vez no.

(Y usted, como un ingenuo, que vá a saber de esclavitudes, de las palabras *siempre* y *nunca* que cierran la vida y la meten entre dos rieles que parecen calabozos, y qué va a saber que es, usted mismo, sutilmente destruido por esa misma voluntad que se rechaza, esa misma araña que teje una red en la que, asintiendo y negando, pero asintiendo, se pierden los colores, como antes de cocerse en los aceites hirvientes del infierno que son la sangre, y a esa mujer que una vez con modestia pide colaboraciones turbias y se le dice *nunca*, pero se le accede porque luego ella, que es *la* mujer, la única mujer, lanza, ella misma, el *siempre* tan largamente esperado, promete que *siempre*, y entonces cómo negarse, si ya con eso se le es sometido, se queda a sus enteras órdenes. Y aquel primer *nunca* identificable con la justicia, que podría haber durado siempre, se bota humillado al cajón de la basura, mientras este otro *siempre* prometido y jurado dura lo que una chispa, lo que dura un crimen rápidamente perpetrado).

—¿Que no? ¡Ya vas a ver!

—Ahora no, mira, quiero lustrame los zapatos, que se me enterraron en el sitio. Si quieres vengo

mañana y entonces sí, podemos jugar otra vez a eso.

—Juguemos ahora.

—No.

—Ahora, dije.

Paula avanza con la daga apuntando al corazón de Guillermo. El retrocede y comienza una especie de baile ceremonial alrededor de la sala. Sí, por qué, por qué en verdad había ido, por qué no había esperado mejor la ocho.

—Ahora; ahora—. Paula ríe mientras avanza.

—Espera un poco... —Guillermo suda o llora mientras retrocede. Sí, las actividades del día, el viaje al Banco y, sobre todo, el diario, la lectura del diario—. Espera, espera.

—No, ahora mismo...

—¡Espera!—. La voz se le ha disparado en falsete. Claro, a las ocho se está de sobra cansado, se piensa en pisco o en aguardiente, o hasta en la novela no concluida. Pero Paula sí tiene sus encantos escondidos más allá de los años. Tropieza con el esquinero de caoba y termina arrinconado por el arma punzante contra su pecho—. Bueno —se resigna—. Bueno, va, ahora entonces.

—Así se habla, Guillermito. Así estamos mejor—. Deja caer la daga sobre la alfombra verde y lo abraza—. Subamos.

(Vea usted: como ya dije, yo no quería, pero a un dominio persuasivo que nace desde lo más honcío o íntimo u oculto del ser, quién se resiste. Y así cometemos simples actos que concatenándose dan como suma un total absurdo. Dejarse persuadir y partir entonces a buscarla, a encontrarla y traerla desde su pequeño escondrijo noctámbulo habiéndole

comprado todas las violetas y ofrecido dinero por otros servicios pequeños, buen dinero, mejor dinero. Entregarla entonces y esperar en el saloncito de la alfombra verde a que se consume arriba, en la pieza cerrada, el acto previsto que concluye imprevisiblemente. Después, ver la desesperación escalando a Paula, a la dulce Paula que pronuncia espasmosamente balbuceante la expresión del accidente, la pasada de mano, la incalculabilidad de lo ocurrido. Y después, de muy noche, cavar hondo en el sitio y quedar con los zapatos llenos de polvo y con ampollas tensas en las palmas, jadeante, babeando, para luego caminar como una bestia herida hasta la casa y sacar el cuerpecito en brazos y llevarlo, que casi no pesa, y depositarlo delicadamente —todavía tibio— en la humedad de la fosa y también depositar un ramillete de violetas, y entonces, tapar, tapar, tapar).

Sin embargo, por todo lo que se preguntara por qué había ido, para qué estaba allí, por qué en realidad había dejado pasar la ocho y esperado sin vacilaciones la diez, el estar llegando al cuarto cerrado del segundo piso manifestaba la inutilidad de la pregunta. El juego comenzaba una vez más. Tratarían de hacer el amor sobre la cama, en el suelo, de pie, bajo la ducha, y cuando todo resultase tan inútil como la pregunta, Paula abriría el closet y sacaría una nueva muñeca de trapo con la cabellera suelta, los labios coloreados y los ojos sumergidos en purpúreas ojeras. Paula se le apega y palpa las rayas perfectas de sus pantalones. Ya Guillermito, dice, esta vez sí, dice, ahora vas a ver, dice, dice tiernamente y comienza a desvestirse y a desvestirlo con impaciencia. Y después, del mismo closet sacará los guantes y se los

dará para que no le crezcan ampollas y con violencia le ordenará que busque la pala y parta al sitio.

(Por eso, entiéndame, no me juzgue. Yo fui sólo una parte, una cifra de la suma. El resultado fue un cadáver, pero la operación la consumaron las circunstancias. Compréndame, yo ya pagué lo que me tocaba, lo he pagado y pagado durante años. Pregúntele al fondo de usted mismo si no. Y aunque la interrogante subsiste con vida propia de por qué vengo, por qué estoy aquí, nada más puedo decirle que una de estas veces cavaré la fosa un poco más larga, un poco más profunda. Después, diga lo que quiera).

## La quimera del oro

---

ERAN DUROS LOS VIENTOS HELADOS DE ALASKA Y DENTRO de la gran cantina, Chaplín, con el tongo metido hasta las orejas lanzó el derechazo en recto y le dio justo al poste de madera de donde colgaba el pesado reloj que ahora, con el remezón, caía vertical y le daba al acicalado amante de la dulce en toda la cabeza, descartándolo definitivamente de la pelea, dejándolo sumamente bien tendido en el suelo mientras las manos de Carlitos hacen esfuerzos jalando el tongo que el mismo joven que ahora por poco no descansa en paz le había sumergido, hasta sacárselo para entonces ver a su rival fuera de combate y mirar con aire de satisfacción a los abismados parroquianos y a la niña atribulada y entonces emprender su camino triunfal hacia la puerta de salida frotándose las manos como pidiendo que se le abriera paso al vencedor, y uno con la garganta apretada y los ojos de la niña tristes, y los demás enmudecidos y uno también sufriendo por ese divorcio más o menos

cruel entre la ilusión y la palpable realidad, porque digamos, no a lo borracho, sino a lo sobrio, no a lo demente sino a lo sano, que también eso, eso mismo, la imagen de "La Quimera" a cada rato la ves contigo, la llevas al hombro, en los bolsillos, la llevas puesta, y eres tú creyéndote mucho, vociferando, diciendo grandes cosas, iguales, iguales que ese mandoble al poste, y luego lavándote las manos y pensando que vas derecho a la gloria, a la gloria que nunca, porque también de pronto te corres desde la pantalla a la butaca para mirarte y si te llegas a ver (porque a lo mejor ni ahí estás), bueno, como se dice, mejor sería, etc. ya que tu espectáculo, sabes, es apenas un mal circo de barrio, igual que cuando en Bilbao un personaje salido del propio Romanticismo sacaba de una bolsa de lana tejida moneditas de diversos calibres y con estudiada secuencia las iba tirando al suelo con cierto impulso y tú desde la triste galería escuchabas —una monedita una nota— el vals Sobre las Olas y llegabas a emocionarte con tus quince años —y la niña al lado— porque esa pobreza, toda la ingenuidad del mundo metida en cada moneda, no era más que pura poesía y de todos modos estabas enamorado de dos piernas largas y dos tetitas erectas que no se hallaban justamente a tu lado sino que estarían en ese instante hechas una mujercita adolescente que desde la ventana de su cuarto —mientras dormían los padres burgueses— no dejaría de mirar la luna —si es que había luna— o las nubes, o simplemente el cielo de esa noche fabulosa con un pañuelo en la mano, Claudette, de esos buenos para secar lágrimas que corren cuando se ha dicho que no (a la salida del colegio) y, sin embargo, es sí, *es sí*, pero también todas las cosas que no son *tanto* han

hecho que digas no, te han dictado la respuesta, *no*, aunque después las lágrimas se te arranquen autónomas desde los ojos, pero no desde el sueño, que escapa a tí misma, y entonces sueñes, ya metida entre las sábanas de batista rosada y frágil, con ese par de brazos toscos, ese mechón de pelo lacio que conforman un todo que se moriría por tí y que está en el preciso instante mirando cómo un toni deja caer monedas y va tocando Sobre las Olas con un amor al lado que no es *su* amor, porque también, a pesar de las manos tomadas, de las rodillas tocándose, de los ventana, ese pañuelo, cabra flaca, esas nubes, blanchita, esas lágrimas, carajo, todo siempre tan mal, siempre todo tan desafinado, las cosas tan como a besos que vendrán a la salida, también esa luna, esa destiempo, pero mañana, créame, larguirucha, yo voy a ser otro, yo voy a crecer y entonces verás que no habrá nadie que se me compare, nada que me ataje, igual, igual que Chaplín saliendo de la taberna cuando pienso que todo eso ha de toparse fatalmente con ese corpachón del Jeanneret, ondulado y elegante, que si no te vuelve, te volverá loca, porque digámoslo de una puta vez, tú no eres para mí, ni la miel es para boca de burros, y entonces resulta que el pedo que me acabo de tirar no debiera —no podría— ni mencionártelo, aunque los Beatles le metan firme a la marihuana y tu ídolo Lennon pose en pelotas con la japonesa de su mujer para la carátula de un L.P. que se venderá a furia en el mundo porque él es Lennon y tú, como no eres nada, ni siquiera puedes decir que te lo tiraste, porque entonces, ¡fuera el amor!, ya no hay respeto y hasta tratarás de cantar aquello de “una lágrima tuya me moja el alma” y estarás más jodido que poto de mula en tiempo de tábanos cuando So-



bre las Olas termina con la última moneda y sin aplausos el toni sale y grandes voces con tambores aspavorosos anuncian el número siguiente y entran tres perros de pie en dos patas que se desplazan saludando como si en las plantas les quemaran brasas ardientes, ardientes, amor, como yo, al lado de esta mujer que no es *mi* mujer y que, sin embargo, en este momento *es* mi mujer, de manera que entonces mejor hablemos de lo de las cataratas y de ahí saquemos conclusiones, sí, huachita, yo también estuve en Cuernavaca y de seguro en esos mismos años, y entonces permítanme hasta las vociferantes metáforas del sueño que diga con fidelidad nada más que eso, que nunca supimos el uno del otro (hasta ahora) habiendo estado juntos siempre, porque Cuernavaca no será más grande que Melipilla, pero que mientras dos señoritas de trece años y la vieja tenían muy abierta su colección de ojos, algo de lo que corría por debajo ya lo estábamos palpando y entonces pudimos habernos encontrado en la piscina —qué de veces nos habremos visto— y yo haberte sorprendido con un espléndido salto del segundo tablón, otra vez a lo Chaplín, o habernos perdido bosque adentro a buscar obsidianas, puntas de flechas, figuritas de greda enterradas desde siglos y en cambio ahora, en la pobre carpa de Bilbao, los artistas saludan desfilando al compás de una marcha y va el toni de las monedas más triste que Chaplín cuando se despierta y todo lo de la niña, la danza de los panes y todo, era puro sueño, y va la guaripola con sus piernas fofas y el potito muy bajo y, sacando un pechazo envidiable, sonrío un trapezista enano mientras todos aplaudimos y nos vamos parando dispuestos a salir del frío de la carpa al frío de la calle y ahí, a oscuras, cami-

namos de la mano yo y ella, la que no es, hasta el baldío cerca de su casa —y a pocas cuadras de la tuya— y entonces, apretados contra la pandereta lo hacemos mal, sin gracia, por el bordecito del calzón, lo hacemos pésimo, sin gusto, a lo sucio, a lo muy pobre, así no más, y claro, a lo muy niño, porque todo termina cuando no debe pegajoseando un calzón afranelado que no veo y me viene otra vez la rabia y de maricón que soy no se me ocurre otra cosa que largarme a correr a todo cohete y dejarla, el carajo, dejarla a la que no es, ahí botada, ahí no más con su carita de quince años sorprendida, en ese tenebroso eriazó a cuatro cuadras de su casa, y correr entonces sin tregua cruzando calles despobladas, sin faroles en las esquinas, dejar que casa y casa pasen como los postes eléctricos corren cuando vas mirando por la ventanilla del tren, y no detenerme porque tengo que saber urgente si estás en *ese* instante la-grimeando el tango *mientras rueda la luna por la montaña*, nombrándome, nombrándome con desconsuelo frente a tu ventana, y bueno no detenerme entonces hasta tu misma casa de dos pisos con ese antejardín lleno de dalias y azucenas y miro a tu ventana y ahí sí que me vino toda la rabia, flaca, porque no estabas, y esto no lo sabías, nunca te lo confesé, en todos esos años de colegio nunca me atreví a contártelo, pero el que cogió la piedra e hizo saltar en añicos los vidrios de tu ventana, fui yo en aquel momento desesperado, con toda la depresión de Santiago metida en el alma, por el combo al poste de Chaplín, por el vals del toni con las monedas, por el desconcierto de la empleadita de mi primo tras la pandereta del baldío, y por la ira, por todo lo que nunca haríamos juntos tú y yo, que no pudimos encontrarnos a la hora precisa.

## Bajo la ducha

---

LA MIERDA SI NO ES AL METERSE EN LA DUCHA CUANDO se descorre un tramito la cortina alcohólica, pero empecemos por partes mientras dura el humor y la ira se ataja, qué quieren que le haga, no voy a poder con esta famosa Unidad Popular que nos quebró la mano y sigue con la suya, de modo que me largo si total, de alguna manera mi vida ha sido siempre irse, porque no nos echemos arena a los ojos, abrámoslos bien y miremos abismados, claro, ahora, el incendio, y sin pelos en la lengua convengamos en que se ve bastante claro ya hacia donde marcha este país que me vio nacer, pero que tal vez no llegue a darme eterna sepultura, si pensamos que las fuerzas del orden no han sido hasta hoy capaces de contener los desbordes de la chusma que en estos momentos —basta una ojeada a los diarios— se anda tomando desvergonzadamente terrenos, casas, barrios, con el amén de la autoridad, se toma fundos y terminará por

echar definitivamente a los dueños e instalarse sin que nadie se atreva a decir esta boca es mía, mientras los militares parecen soldados de juguete —¿miedo?— o cómo explicar lo inexplicable: la luz verde al señor Allende, a los comunistas —¿nunca oyeron hablar de Hungría, de Checoslovaquia?—, como si Cuba, por citar el ejemplo más cercano, no les dijera nada, no les estuviera diciendo a gritos nada, y ahora sí vendrá, viene, ya está viniendo, lo peor, esas nacionalizaciones con que comienza todo —el cobre, ¡la banca!— y que siempre terminan por llevar un país a la ruina, al caos, por desencadenar la crisis, por barrer de una vez y para siempre con la poca libertad que a los hombres les ha sido otorgada sobre este mundo y entonces después de todo qué gran suerte fue que no nos casáramos, Teresa, porque las cosas serían más difíciles debido, bueno, en primer lugar a que tú, siendo quien eras, tenías tus ideas, y en segundo a que no es cierto, digamos mejor que es una falacia, aquello de que donde cabe uno, caben dos, o ¿por qué está la cordillera ahí, al frente, y atrás el mar? Y la mismísima mierda entonces si acaso no es bajo la ducha, la dulce lluvia tibia, cuando se descorre un tramo la cortina alcohólica de la noche anterior —*the morning after the night before*, decías, viejo pícaro y degenerado—, cuando se descubren algunas de esas cosas más o menos contundentes, cuando saltan las verdades como la liebre, como el gato encerrado fuera del saco, mientras se canta todo enjabonado, las mechas catarateándote los ojos sin dejar paso a la miserable luz que se cuelga con cierta insolencia por la ventana entreabierta, las paredes azulinas del cuarto de baño devolviéndote el eco retumbante de tu propia voz, se canta —el jabón arde también y

el cuerpo va multiplicándose en espuma— refregándose las axilas y el sexo y los entrededos de cada pie, sintiendo por suerte que los sesos vuelven a cuajar dentro del cráneo, así cantando y preguntándose por qué después de todo se canta —¿por qué ríe la hiena?— si la verdad nuevamente revelada por el despejo de la lluvia caliente va siendo clara como un día de septiembre, va diciendo, va gritando a sollozos que se está jodido, atrapado, cogido en la red morbosa de un mundo que cambia, de algo que se nos va, y bueno, entonces, ¿por qué cantar? Alguna vez leí que los hombres cantan porque están contentos, porque están tristes, o porque están locos. Pero sí. Me quedo con la segunda razón y al que no me acompañe, salud por los tiempos venideros. Las cosas son así.

Al Chevy se le pinchó una rueda y papá no tiene gata, ja, ja. Un camino sin asfalto, lleno de polvo gris, los tres sudando la gota gorda bajo ese sol seco y despiadado de ¿Laredo era? A cada tramo una iglesia, un torreoncito, pero gente nada, ja, ja, al Chevy se le pinchó una rueda y papá no tiene gata. Caminamos los tres por el polvo en busca de auxilio: un par de indios, o un par de bueyes. No tiene música ese paisaje. La poesía no alcanzó a llegar al norte de México.

—Fue un error traerlos, hijo.

Lily marcha atontada. Cada tantos pasos me mira como queriendo decirme que con mamá estaríamos tan bien en la casa de San Miguel de Allende, con piscina y murciélagos al atardecer, con los zorrillos caídos en la trampa y encontrados cada mañana.

Pero las vacaciones las pasamos con papá y papá no tiene gata, ja, ja.

—¿Por qué un error, papá? Si no es tanto. Ya luego tendremos que encontrar una casa.

El hombrecito ya tiene ocho años, pues. El acepta, él aguanta.

—¿Qué es error, papá?—. Lily lo mira de reojo con desconfianza. Ella alcanzó a conocerlo menos.

Y caminar, caminar, hacerse chicharritas bajo el sol estúpido, hasta que de pronto —el que lo dice lo es, date una vuelta al revés —allá no más abajito, pindós, pintrés, un rancho, unas casitas, fin de la marcha, un, dos, ¡un, dos! ¡rataplam, rataplam! El papá de puro bueno nos llevaba, porque en esos dos meses al año que lo veíamos, él quería darnos todo, o no, Lily, ¿ah, Lily, o no?

El tipo de pantalón blanquecino saco de harina y el pecho en cueros y un sombrero de pita y la cara arrugada y morena como que hay Dios, nos mira sin alegría.

—Quedamos en el camino...

—¿En qué puedo servirlo, señor?

—Papá, tengo sed.

—A ver, niña, traiga una jícara con agua para los señores.

—Si tuviera un par de bueyes.

—No desean sentarse; pasen por aquí. Descansen un rato. No, señor, bueyes aquí no.

Llegó la más negrita —como de mi edad— con un jarrito de greda y un cucharón. Todos tomamos. La menos negrita —como Lily— nos miraba con así unos ojos desde la puerta, ni apariciones que fuéramos.

Y al cabo fue-erón, al cabo fue-erón, al cabo fueron

los dos juntitos de una opinión. Partieron, sí, con dos maderos largos y macizos.

—Jueguen con las niñas— nos dijo antes de partir. Lily miró a las niñas y me miró con interrogación. Jugar a qué, ¿a los bolos? ¿O a la metrópoli? Buen, señor, por qué no se va no más y se deja de andar fregando a los que se quedan. Ahí, las dos inditas nos seguían mirando como si nunca en la vida hubieran visto niños decentes. Calculé que pasaría un rato largo antes de que papá y cara de cuero volvieran con el coche. Al coche se le pinchó una rueda y papá va con un indio, ja, ja, y llevan dos palos, ja, ja, porque papá no tiene gata, ja, ja. Jugar a qué, viejo loco. Sentados sobre una banca de madera, miré el retrato grande de la pareja, cara de cuero más jovencito y una señora parecida a la Lupe, una criada de mamá. ¿Serán parientes? Pensé preguntarle a una de las estatuas, pero qué iban a saber esas mugrecillas. Además, yo lo único que sabía de Lupe era que se llamaba Lupe. Y miré ya un poco irritado a las indiecitas, que permanecían inmóviles. Lily y yo somos rubios, debo aclarar: güeros nos decían en México por aquellos años un poco más felices.

—¡Qué andan mirando!— les dije.

La mayor sonrió un poquito y la más chica lanzó unos chilliditos como de ratón de pura risa.

—Ahora sí —insistí—, ¿que estamos de monos?

En eso debemos haber andado cuando sonó el claxon salvador y en un santiamén papá estaba junto a la puerta, dándole unos billetes y las gracias al hombre y nosotros pegándonos a sus brazos.

—¿Jugaron con las niñas?

Yo lo miré raro. Las dos inditas sonreían como idiotas, siempre muy abiertos los ojazos.

—Qué tiene que ver un rico con un pobre —dice—.

—¿Se llevan unas tortillitas para el camino?

Papá me mira como con severidad, con rabia, y mientras el viejo cara de cuero se aleja humillado, me dice que claro, hijo, por supuesto, un rico con un pobre no tiene nada que ver, no se mezclan, que no hay vuelta que darle, que si acaso eso me lo enseñó mi mamá.

Sí, basta tomar un manojo de periódicos y leer nada más que las primeras páginas, o los titulares, para no tener ni la sombra de una duda (permítaseme el lugar común). *Gobierno anuncia nacionalización de la banca* (yo lo había dicho, lo sabíamos); *Estatizados minerales de carbón*, pero de huelgas, ni agua. Los obreros son capaces de joder a un gobierno desde el primero al último día de su período. Le tiran huelgas aquí y allá, con una estrategia de ajedrecistas natos. Pero al señor Allende no. A él sí que lo dejan gobernar, a él sí que no lo joden, porque, claro, dos o tres medidas demagógicas y colorín colorado este cuento se ha acabado. Se lleva a veranear a un rebaño de rotitos al palacio de Cerro Castillo y un poroto a su favor (una punta de chiquillos a los que primero mejor les enseñaran a despiojarse, a decir buenos días sin humildad, a ser gentes). Disuelve el Grupo Móvil y todos los estudiantes dan brincos de gusto. Desata los odios, y dos porotos. Dejemos que hunda al país y tres porotos, que lo vaya hundiendo no de a poquito sino rápido y veinte porotos, que se lo entregue definitivamente a los comunistas y un saco de porotos, que lo llene para siempre de



mierda y toda la cosecha de porotos. Parece al fin de cuentas, a juzgar por la quietud que reina, que todos estuvieran muy felices con lo que está pasando, o que no entendieran nada, porque se puede decir que impera la calma y, sin embargo, ¿cómo pueden no verlo? las cosas se *están* haciendo, se van a *hacer*. Ni siquiera los norteamericanos dicen esta boca es mía, ojo señores. Ya verán los tontitos, ya verán. Sólo que cuando vean será tarde y el gol estará ya bien metido, lo tendrán irreversiblemente mandado guardar. Como pasó en Cuba, de donde se fue el son. Es verdaderamente una desgracia que los que nos hemos dado cuenta, los pocos con un sentido real de la realidad, con dos dedos de frente, con la vista más allá de las narices, no tengamos otra salida que irnos del país, olímpicamente, sin derecho a pataleo. Por eso, Teresa, le doy gracias al creador, que impidió —dígmolo así— que nos casáramos. Hablemos las cosas cara a cara, sin tapujos, a calzón quitado, de frentón. Tú debes tener veintiocho, yo tengo treinta y dos. Llevaríamos cinco años de casados y tal vez serían ya dos, hasta tres, los niños que nos acompañaran. Dos mujercitas acaso, y un hombrecito al que yo también le enseñaría a boxear y a jugar polo. Tendríamos la casa de papá en Las Condes, porque entonces yo no la habría vendido, y estaría lista la piscina, como pensábamos cuando a veces condescendías, para pasar las tardes de diciembre. Tal vez tú te hubieras dejado engordar un poco y yo sería una pizca más reposado, más dado aún al orden de lo que soy. Tendría mi Volvo sport y tú una citroneta para llevar los niños al colegio, el hombrecito al Grange, ellas al Dunalastair, por los idiomas. Y por las maneras, desde luego. A lo mejor nos estaríamos a estas altu-

ras construyendo un buen chalet en la costa, en Algarrobo, que te gustaba tanto, o en Las Rocas, para no tener siempre que pasar los veranos en el fundo del tío Domingo, bajo esa lluvia eterna, o en casa de tu gente en La Serena, con tanta cabrería dando alaridos día y noche. Quizás no nos quisiéramos tanto como al comienzo, ya que la convivencia, dicen, es la gran matapasion. O a lo mejor hasta nos querríamos más, con menos violencia, con mayor profundidad. Pero habríamos llegado solamente hasta aquí, hasta este momento de la historia en que yo me voy y tú te quedas y tú sabes bien que no te habrías ido, que no te irás, porque eres lo suficientemente insensata para querer *ver los cambios*, ser testigo, como dicen los tarados, "construir la historia". (Cavar la tumba, digo yo, con más conocimiento de causa). Y sabes también que no habría fuerza capaz de hacerme sufrir el comunismo que ya metió su bota en nuestra patria plácida. De modo que nuestra carrera hacia el amor eterno se hubiera detenido en estos comienzos de 1971 (cuando en el caso mío se avanza sin remedio hacia los cuarenta) y las víctimas de siempre serían los niños, porque a ver, ah, veamos, los niños qué. Muy chicos aún para elegir si padre o madre, tú sabes que se elige. Sabes que a los doce años elegí a mi padre y me fui a San Francisco, no tanto por amor, sino porque aquello era el bullir mismo de la vida, y también porque en San Miguel, vivir se hacía difícil con mamá. Siempre me imaginaba que él la había dejado por sus horribles gritos, por sus escenas insoportables, por cuando en las noches le daba por tirarse vestida a la piscina. Sólo más tarde vine a saber que fue ella quien lo dejó. Lily, en cambio, se quedó en México y pasaron años antes de que nos

viéramos de nuevo, madre y padre con hija e hijo de regreso en la tierra natal, en este Chile que ahora se nos va, Dios santo, esta tierra de vides y mariscos, de cielo tan dulce, Lily, tan dulce como los mameyes, los mangos, el jugo de los cocos, te acuerdas, cuando por las tardes el papá nos llevaba a esa laguna a pescar truchas y a la vuelta mamá nos metía en esa inmensa tina como una alberca de azulejos llena de figuras que se daban la mano. De modo que ahora me iría yo igual de solo, sin ti, Teresa, sin los hijos, y resulta pues que entonces yo habría tenido tres hijos para quedarme sin ninguno, tres hijos para el socialismo, para que mandaran a Rusia (ríete, por supuesto que no creo en esas leseras), tres hijos que después ni siquiera podrían salir a ver a su padre a donde él se encontrara, quizás Francia, quizás U. S. A., como íbamos Lily y yo a San Francisco en las vacaciones de verano. De manera que dime tú misma, con una mano en el corazón, si acaso no fue un toque de la providencia el que no nos casáramos, un regalo mejor que la primera bicicleta, que el primer Ford abierto de los dieciséis años. Sí, ya sé, ¡pero naranjas! Ya sé que piensas que viviendo juntos yo habría cambiado. Te lo digo otra vez: ¡naranjas!

Realizo a toda marcha la operación de sacar, bolear el lazo y tirarlo. Blacky gruñe y trata de zafarse de la soga que lo asfixia. ¡Hurra! Ha sido el séptimo intento. Apoyando una rodilla en el suelo, jalo ganando cordel con el torso muy echado atrás hasta tenerlo a mi lado. Lo libero triunfante y él me pone cara de pocos amigos. Se aleja. Ahora le toca su turno a Charlie. La camisa que él lleva es de franela a cua-

círos rojos y negros, de tipo escocés. Su sombrero color verde se asemeja más, debido a la copa alta, a los de Roy Rogers, pero no es como el mío, de buen fieltro, auténtico, si bien de copa baja y hormada y menos doblado de alas, como los de Gene Autry. Sus botas son de goma, para la lluvia. Mis botas, de cuero policromado y taco medio. En pantalones vamos parejos: *dungarees* de mezclilla muy gastada por el lavado y la marca *Lee* en cuero haciendo de traba para el grueso cinturón. Pero es la camisa, la camisa. Por eso la dejé para el final, saltándome inclusive los revólveres. Gabardina beige la pechera, con unos agregados verdes que forman bolsillos en semicírculo bordeados por una corrida de botoncitos rojo fuertes y con un cuello de punta larga respunteado de un fino cordón de plata. Papá me la ha encargado a una tienda especial de ropa para vaqueros, dice. Charlie tira el lazo —tiene su propio estilo— y zas que acierta a la primera. Blacky lanza otro gruñido.

—Me debes un *nickel* —grita Charlie. Es verdad: la apuesta era quién echaba menos tiros para lacerar al perro. De la ventana del living se domina la bahía. Miro un rato los barcos. Un remolcador da vueltas echando humo negro. Saco de mi bolsillo un dólar en billete y le digo toma Charlie, ¿tienes vuelto? Es estúpido. Charlie me mira con un par de ojos tristes, los que pone cuando vamos por la calle y siente frío porque ese año no les alcanzó para abrigo grueso y tuvieron que comprarle la chamarra azul y esas botas de goma que se usan sin zapato adentro. El papá toca clarinete y está sin trabajo.

También ponía esos ojos cuando servían el almuerzo los domingos. No fue preciso que me dijera que no tenía cambio, que no tenía nada, que lo pri-

mero que iba a tener en el día, en la semana, era ese *nickel*. Mala suerte, te lo pago después, le dije. En la esquina me podía comprar un par de "comics" y un chocolate con maní para darle su moneda. Así estábamos. Le había tolerado que me ganara la competencia, pero no fui capaz de aguantar eso de que me superaba como vaquero y que mi camisa, según su propia mamá le había dicho, era de las que hacen para jugar, como de disfraz, mientras que la suya era auténtica, de las que a diario usaban los vaqueros para sus faenas y en sus duelos. Le pegué un bofetón en la cara y luego otro y luego otro y cuando me miraba desconcertado con el labio sangrándole, le grité que se mandara cambiar, que qué se figuraba, mocosos, que cuándo los vaqueros iban a usar mugres como ésa y botas de goma. Charlie partió con la cabeza gacha (era más chico que yo unos dos años) y desde la puerta, con una voz apenas audible me dijo:

—¿Y mi *nickel*?

Le tiré un latigazo a la cara con el lazo y Blackie corrió ladrando hasta la puerta.

Lo que pasa es que en este país nadie se juega. Cuando L. C. y J. E. me propusieron que manejara uno de los automóviles para el secuestro del Comandante en Jefe, la verdad es que lo pensé bastante, lo consulté minuciosamente con la almohada. Era peligroso, cierto. Pero era también el único intento visible de salvaguardar la libertad de nuestra patria que, como bien lo dijo Pablito en la Concentración de Plaza Baquedano, había sido siempre democrática, siempre un ejemplo para América y el mundo y, entonces, compañeros, ahora, pensamos nosotros que no es se-

dición —como se pretende hacer tragar al pueblo— el hecho de luchar porque el Congreso le de la presidencia de la República a quien obtuviera la segunda mayoría en las elecciones, frente al clamor emocionado de quienes gritan don Jorge volverá, volverá, volverá, para que todos podamos tener un Chile mejor.

Nos disolvió la policía, los pacos, cuando quisimos marchar por Providencia después del discurso, finalizado el mitin. A *nosotros*. Era una pena ver a las niñas, todas tan lindas con sus minifaldas, sus pantalones ajustados de cadera, sus colores, y a nuestras propias tías, escabulléndose inexpertas del palo policial. No es, pues, sedición, sino muy por el contrario son sediciosos aquellos que pretenden impedir y que amenazan, señoras y señores que me escuchan, pueblo todo, con sumir al país en una sangrienta guerra civil, impedir que se cumpla una de las prerrogativas constitucionales que garantizan el libre desenvolvimiento democrático de nuestra patria. No al comunismo. Sí a la democracia. ¡Viva Chile!

Era peligroso meterse en ese juego, aunque justo es decir que no fue por cobardía que rechacé participar —no sólo ustedes son capaces de arriesgar el pellejo, Teresa— sino por el convencimiento íntimo, después de mucha meditación, de que ese intento iba destinado al fracaso. No porque estuviera mal concebido el plan sino porque somos un país de cagones —perdóneseme el término— donde es imposible encontrar aunque sea a un solo general dispuesto a jugarse por la patria (más bien sí hay, uno), dispuesto a dejar la misma crema, con masacre o sin masacre. Donde no hay un ejército capaz de plantar su bota sobre la suciedad roja, de frustrar las aspiracio-

nes absurdas de la rotada. Donde hasta los oficiales se están haciendo comunistas. Donde los escritores, los artistas, los así llamados intelectuales, son todos unos babosos que no entienden nada, buenos sólo para firmar proclamas y manifiestos sin sentido. Donde hasta los más recalcitrantes revolucionarios, los locos ya de atar, se harían pipí de susto antes de afrontar una lucha sin cuartel. Por eso y otras cosas, pero principalmente por eso: aquí todo sale mal. Teníamos la bomba para volar el aeropuerto entero. Apenas destruimos un estanque de parafina cuya explosión no repercutió para nada. ¿Falló Aranda? ¿Tuvo miedo a última hora y no colocó el artefacto en el sitio debido? ¿Estaba ebrio? ¿Y lo de matar carabineros por las noches? ¡Dos pacos muertos en dos meses! De maricones, somos un país. Por eso no acepté. Y nadie puede negar que los hechos me dieron la razón. Que ni de perpetrar un secuestro fuimos capaces, que hubo que matar al secuestrado porque se defendió. Que mientras los otros tendrán para hartarse en la cárcel, yo las emprendo. Porque me voy.

Eran puros verdes, cientos, tantos verdes, Teresa, cuando después de la lluvia nos encontramos en la hostería. Creo que fue vernos y amarnos, si es que los verbos “ver” y “amar” pueden conjugarse con tanta soltura. Porque aquella primera vez nos vimos de mesa a mesa y sólo después de la hora de siesta yo estaba de pie junto a la chimenea tomando un Scotch y a través de los ventanales te divisé parada junto al lago con un chaquetón verde que se sumaba al verdor bajando desde el mismo cielo a confundirse con los colores terrenales de los bosques. Eras tan delgada y

tan airosa, tan soberbia. La gracia de los dioses te había dado un toque y la nobleza de las reinas, de princesas delicadas, manaba hasta de los más ínfimos movimientos que hacían tus brazos, tus manos, tu cuello.

Tus ojos rieron, lanzaron un destello cuando al sentir mis pasos te volviste y nuestras miradas se enfrentaron desde cerca por primera vez. Debo haber dicho "qué linda está la tarde" o alguna otra vulgaridad pensando que tenía que decir algo, sin que se me pasara por la mente que el silencio suele ser más poderoso cuando arrastra ese caudal de sensaciones, de íntima comezón, de ardor, pues conservo bien la imagen de tu rostro, tu sonrisa, al no responderme nada. Caminamos hasta el nacimiento del río, el verde, el nilo, el esmeralda Petrohué y te propuse tomar un bote, pero era muy tarde, dijiste, tu mamá te esperaba, quizás mañana.

Después te busqué en Santiago, y fue, recuerdas, un año, un año y medio, para que te decidieras, para convencerte, para hacerte comprender que entre todas las cosas lo más importante también era yo, que no tenías, que nunca tendrías nada que ver con ese estúpido novio que se te había colgado del brazo, ese roticuaajo que contigo hubiese querido ennoblecer su sangre bárbara, ese pobrecito rogador capaz de estar toda una noche de rodillas prosternándose como un esclavo de Dios para pedirte, para implorarte que no lo dejaras, que no te fueras, que nunca te fueras, que lo tuyo y lo de él, sólo eso, eso y nada más. Fue la mañana en que te dije que te iba a llevar a comer frutillas.

Después, ¿fueron dos, fueron tres? ¡Fueron tres! Casi tres años enteros de ir por la vida no sólo amán-



donos, sino destruyéndonos fina, sutilmente. Yo quería casarme de inmediato, cuanto antes, tenerte asegurada para siempre, comprarte el alma; pero tú salías entonces con la sonrisita, el dedo sobre los labios, el esperemos —todas esas ideas “modernas” que tus porquerías de amigos, esa banda de comunistas, de herejes, te metían en la cabeza, todo el veneno de los libros— y yo me cohibía, Teresa, Teresa maldita que me dominaste siempre como a un niño, que lograste siempre que las cosas se hicieran a tu modo, que me negaste de la vida lo mejor. Después de todo, ¿qué se puede pedir de la vida sino vivirla? Yo quería casarme y tú decías no, y en eso nos debatimos a lo largo y a lo ancho del tiempo, entre felices viajes a Algarrobo, a las playas de Viña y al Casino, entre buen *champagne* y olímpicas orquestas para el baile, entre celos y torturas y otras cosas, hasta que más bien desesperado me embarqué a Europa por unos meses para ver al fin de cuentas de qué diablos se trataba todo eso, para saber si te mataba de una vez y para siempre o si podría vivir así toda mi vida. Fue un respiro ese viaje, embriagarse un poco con la buena mesa de París, con tanto cuadro, con los paseos a Versailles, Versailles, ¡Versailles! —¿te acuerdas mamá de tu Versailles?—, con los templos melancólicos de Roma la mala, con la distancia de Santiago, de la calle Codornices, de tu sonrisa, de tu cabello corto, de tu cuello suave, un buen respiro como para hinchar por mucho tiempo de aire los pulmones, un descanso de la tensión en que el amor y el desamor sumían a nuestra vida diaria.

Y fue la liberación —sobre todo, muy sobre todo, el mar, esa navegación tranquila a través del

Atlántico, la amabilidad de los buenos barcos—, la comprensión definitiva de que tú y yo no, así no más dicho con tanta sencillez, de que los bultos que mis espaldas cargaban, todo mi equipaje, nunca podrían hacerse carne de tu carne, ni aceptar las ideas, las formas de vida que siempre me quisiste imponer.

Por eso, Teresita, la tortilla se dio vuelta y te desconcertaste —a mí también me dolió— cuando a mi regreso, lista ya para aceptarme de por vida —me habías extrañado, no— encontraste a un hombre distinto, lo suficientemente enamorado como para sufrir por lo que estaba haciendo, y lo suficientemente noble como para romper definitivamente y de inmediato, sin ningún tipo de rodeos, nuestro largo noviazgo a fin de otorgarte la libertad necesaria para nuevas empresas amorosas o matrimoniales. Entonces fue duro. Ahora, en cambio, cuando de nuestras vidas se van los verdes salvajes y suaves y oscuros y claros y brillantes y también siniestros de las orillas boscosas del Todos los Santos, estamos conformes, Teresa, y no sólo conformes, sino dichosos, de que las cosas —en aras de aquellos hijos que no tuvimos— hayan sido así.

A babor, medio recostados sobre la baranda de cubierta, el gordo Mr. Davis me repetía cada tantas frases, como una muletilla, que no me fuera yo a equivocar al respecto, *don't you make any mistakes about it*. Pronunciaba “mishteiks” y su cháchara giraba fundamentalmente en torno a los cholos y los negros centroamericanos, que le parecían lo peor de lo peor. No iba a ser yo quien le discutiera sus con-

ceptos. Todos los días nos llegaban noticias sobre las reyertas de "tercera". Por eso también, a Danielle, la francesita, después de conocernos en la escala de Callao, empecé a invitarla a subir a "primera", pese a que el trasvasijamiento de clases estaba prohibido. Jugábamos pimpón, *shuffle-board* y conversábamos bastante, despaturrados sobre esas sillas que se pliegan como insectos. Porque me daba no sé qué saberla mezclada con la tropa de rufianes de la tercera, tipos borrachos, maleantes, depravados, la peor ralea, me imagino. Danielle era distinta: una estudiante patiperra de Marsella que había venido justo a Chile a encontrarse con unos familiares. Nada que ver con las cholos hediondas ni con agrías borracheras. Era trigueña y tenía sus formitas bien marcadas, y una gran sonrisa de buenos amigos. Estaba, digo, a babor con el gordo Mr. Davis "sin equivocarme acerca de ello" cuando pasó la señora Morris, una gringa sesentona que andaba de vuelta al mundo con su amiga la señora Jones. Las dos eran profesoras y habiendo llegado al final de sus carreras con ahorros y todo, dejaban a los maridos muy ocupaditos a cargo del hogar y emprendían la gran aventura tardía, el sueño que al fin se cumple, en busca del Africa, del misterio asiático, de América, del trópico y la barbarie, la empresa de tres buenos meses navegando y haciendo escalas, conociendo puertos, mirando con tierna nostalgia los torsos desnudos y bronceados de los marineros en la carga y la descarga, buscando en buenas cuentas una dosis de emoción para sus largas vidas metropolitanas.

—Buenas tardes— nos sonrió al pasar—; ¿han oído lo del ciclón? Pero si tiene nombre y todo— ha-

bía coquetería en su sonrisa—, se llama Windy. *How exciting*. Lo anuncian para antes de la medianoche.

—Suelen ser cosa seria— dijo Mr. Davis.

—Bueno, caballeros, nos vemos en el comedor—. Hasta provocativa diría yo que era esa sonrisa. Al partir me miró haciendo algo así como un guiño. Y digamos que ella *tenía* sus atractivos, pese a la edad. No habían languidecido sus carnes y tampoco sus pechos parecían decadentes, ejerciendo su presión erecta sobre el jersey fino de los vestidos. No es que yo fuera un ingenuo: “comprendo la diferencia que hay de patrón a inquilino” y también la que existe entre una novicia y, como dijera un hereje, la madre superiora. Pero una mujer que “pretende” *tiene* su ventaja. Y no es que esté de antemano justificándome. Es cierto que entre la rectilínea navegación Pacífico arriba, entre lunas vibrantes, entre mares quietos, entre langostas, entre pókeres bien jugados y mejor perdidos y entre el macizo recuerdo de tus ojos, de tu sonrisa, de tu irresolución, Teresa, me gustaba Danielle. Yo me atreví a duras penas a invitarla a “primera” para ciertas veladas. Yo indagué en su vida; yo le gusté. Pero a pesar de que viajaba sola y en tercera y a pesar de que era francesa, nunca en esos primeros días me atreví a decirle que entrara a mi camarote. Porque yo iba solo, y de alguna forma los dos éramos algo así como el uno para el otro. También pensaba en ti, Teresa, no vayas a creer que no, me preguntaba qué dirías, que estarías pensando y cuando terminaba la jornada, en la noche, ya después del cine, o del baile, o de los juegos, retirado en mi cabina te escribía cartas y qué cursi, después de todo, resulta que las haya tirado al mar desde la popa,

con el cabello flotando al viento y tu imagen metida más adentro que el alma.

Bueno, pero cuando bajaba al comedor, Danielle definitivamente no podía acompañarme y era ahí donde uno se amarraba, porque después de la cassata o el tortoni, el capuccino lo tomábamos en el salón de cubierta, a la brisa suave del atardecer, los mismos ocupantes de la mesa: Mr. Davis, las dos aventureras otoñales y yo, de manera que era difícil. Por eso cuando íbamos llegando a Panamá, hice de tripas corazón, me amarré bien los pantalones y desafiándolo todo bajé a "tercera" para invitar a Danielle a recorrer conmigo la ciudad, con la esperanza de finiquitar mejor la relación. Ella me gustaba, ella viajaba sola y en "tercera", ella era francesa y —por muy joven— debía ya conocer muchas cosas de la vida, ella me podía aceptar y, sin embargo, de todos modos, yo nunca lograba descubrir el punto preciso desde el cual descargar el ataque.

En las afueras del muelle nos trepamos a una especie de Victoria como las que tomábamos en Viña, Teresa, para ir a botar unos pesos al Casino. Le conté lo de la fiesta de disfraces que se iba a realizar y le propuse que compráramos una máscara para burlar los reglamentos del barco acompañándome en la alegría de las burbujas. Ella se dejaba entusiasmar por todo y reía y dejaba que yo la abrazara. Antes de bajar del carruaje hasta me atreví a besarla levemente y, como no hubo rechazo, un poco más tarde, deambulando a lo largo de esas calles cálidas, húmedas, de colores fuertes hasta en la madrugada, de calientes prostitutas mulatas, de comercios y de bulla, me atreví a soltar la primera descarga.

—Hablé con el *stewart* —le dije— para que tú

puedas subir a la piscina—. Era mentira: no había hablado, pero también era verdad, porque estaba en mis planes hacerlo.

—Lástima—. Su mirada fue de resignación. Había en ella algo lozano, joven, inmensamente ingenuo—. Lástima, porque ni siquiera tengo mi traje de baño.

Caché la situación al vuelo. Era noche y estábamos en Panamá y estaba todo abierto y a pesar de las estridencias tropicales de los Wurlitzer, desde un café persistían heroicas las notas de una deliciosa cursilería para orquesta y coro de ángeles y entonces, por Dios, de repente tuve la clave, la puerta por la manilla, la sartén por el mango y solte mis jinetes gritando “¡al ataque!” con toda suavidad.

—Yo sé que es feo poner condiciones para hacer un regalo —apreté el gatillo—, pero te voy a hacer un regalo con condiciones.

Me miró arriscando la nariz como un conejito.

—Te voy a comprar el bikini más lindo que haya en todo Panamá—. Ella pestañeaba, pestañeaba bastante—. Y la condición es que en el barco sea yo quien te lo ponga la primera vez, *c'est bien?* Se lo dije así de romántico y ella asintió complacida y dijo algo en francés y comenzó la búsqueda.

Lo buscamos hasta encontrarlo. Uno rojo que era como un reto al mundo, un insulto a los sentidos, una injusticia con todos los demás trajes de baño de la tierra. A mí no me gustaba, pero las francesas son las francesas. ¡Qué ciudad de calor y humedad, qué calles tan ruidosas y llenas de negros! Qué felicidad para los pies, para la espalda, para el alma, para el estómago, regresar al barco.

Lo del ciclón Windy fue pura faramalla. Nada

más que un viento fuerte que le dio al *paquebot* un poco de zandunga, de mareo, que comunicó la sensación de ir navegando mar adentro y no de estar en un hotel de lujo. Vaivén fuerte, algunas caras verdes. Pasajeros desaparecidos durante la comida.

Tomando arriba el capuccino, comienza la música, un suave *blue* de otros tiempos, de plácido deslizamiento. Bailemos, Mrs. Morris, y tratando de seguir el compás la anciana y yo subíamos y bajábamos de estribor a babor, apretándose nuestros cuerpos en cada oleada. Cierta calor, cierta sensación de ir seguro a la pelea, de madurez, de no preámbulos, se comunicaban desde su vestido de hilo. Volvió la ráfaga de ira y de un tris, delante de tantos otros ojos, Mrs. Morris y yo bailábamos chic-to-chic, y ella me decía al oído *come on now, be a good boy* y me pregunté si ser un buen chico significaba en ese momento dejarme de frescuras o seguir adelante.

La rubia Danielle me dice que si estoy loco, que siempre pensó que se trataba sólo de una broma, que ella no es ninguna monja, pero que se acuesta *cuando* quiere y con *quien* quiere y que conmigo simplemente *no* quiere, por lo menos ahora, y que ahí tengo mi traje de baño, que disponga. Pero, Danielle, si en cierto modo por supuesto que era broma, no te ofusques, el que yo te ponga el traje de baño, por lo demás, no significa que tengas que acostarte conmigo, aunque reconozco que con justicia puedes haberlo tomado así; de modo que yo te propongo, ven a mi camarote, déjame hacerlo y luego sales sin que absolutamente nada te haya pasado, mira que soy de esos que nunca le harían a una mujer algo que no quisiese ella que le hicieran. Quiero acostarme con una mujer que *quiera* acostarse conmigo, desde luego. Así

que tan simple como eso, déjame demostrarte que soy hombre de palabra, que tengo mis principios sólidos, déjame, déjame ponerte el traje de baño.

Santo Dios, ¡qué hipocresía! Obviamente no había pensado en otra cosa que meter a Danielle a mi cama y aún mientras le coloqué sobre sus hermoso pechos jóvenes el rojo sostén del bikini, me preguntaba si por parte de ella no sería todo eso nada más que farándula preambulesca y estuve al borde de cubrirselos con mis manos y presionar hasta dejarlos secos y hacerla poco menos que reventar de deseo. Sin embargo, la cosa terminó tal como se lo prometiera. A lo caballero. Y lo que no sé es si tan digno fin se debió a que respeté mi palabra de puro honor, o a que simplemente no me atreví a seguir el juego temiendo un estruendoso fracaso. Cuando salió de mi camarote, me dirigió una mirada burlona. Entonces después, en la soledad de la cabina, me vino la rabia, y después en la zambullida de mediodía, me vino la rabia, y después a la hora del postre, me vino la rabia. Danielle coqueteó esa mañana con el arquitecto sueco. En la piscina apenas si me miró. Eso ya era asunto concluido —la rabia, siempre la rabia—; acaso si hasta le estuviera contando al sueco la extraña experiencia que tuvo con un chileno. Por eso, ahora, también la rabia, Mr. Davis; me importan todo lo poco que se pueda imaginar sus ideas sobre los cholos y los negros de Latinoamérica y, bueno, esta noche, que sea el ciclón, y entonces, a la hora del ciclón siento que las piernas tienden a juntarse con las mías y siento de pronto, al ver en una de las mesas a Danielle con el sueco, ganas de poner el grito en el cielo porque se admiten en primera pasajeros de otras clases, y luego otra vez toda la rabia y a la anciana,



que me dice *be a good boy*, como entre dándole y no dándole un besito en la oreja, le susurro “señora Morris, ¿no se tomaría usted un buen trago? La invito al bar”.

El bar está vacío. Los pasajeros que no se encuentran en cubierta deben de hallarse rindiéndole cuentas al ciclón. Trago y conversa, trago y conversa. Algo le cuento —a medida que la lengua se va soltando— sobre lo nuestro, Teresa, sobre ti, y ella también me confidencia algunas cosas de su marido y ya el vaivén del barco ha disminuido cuando la invito a que me acompañe a mi camarote, porque quiero regalarle una barra de chocolate con almendras.

Sentados sobre la cama, ella le quita pulcramente el papel plateado, me sirve un cuadradito y lo prueba *oh, how wonderful* y me mira con la más agradecida de todas las sonrisas; su rostro permanece bien maquillado, las arrugas han sido con minucia ocultadas durante la mañana, durante la tarde, a toda hora, y sus ojos despiden una fuerza que en algún punto del aire se cruza con las emanaciones salvajes de mi rabia; cuando advierto que se dispone a pararse, me apresuro a tomarle con mi mano la barbilla, que acusa un ligero temblor. Entonces la beso largo y acaricio sus pechos sin timidez. Al final de este primer encuentro, ella se levanta como víctima de un mareo y alisándose las arrugas del vestido anuncia su partida. *Too dangerous*. Resulta, pues, que todo esto no está bien, que soy muy buenmozo (mi estatura, mi delgadez), muy atractivo y ahí está el peligro y es mejor no dejar que pase aquello de lo que más tarde podamos arrepentirnos. Por eso, apenas unos momen-

tos después la estoy poseyendo furiosamente —su cuerpo rugosamente ajado y yo con ganas de llorar— sin siquiera habernos desvestido: algo así como una violación, como la profanación de un viejo templo, furioso, estoy poseyendo la imagen rubia de Danielle, sin sentir todavía el asco. Ella aceza y gime levemente. ¿Te gusta?, le pregunto. *Oh, God. It's wonderful. It's heavenly!*

A veces cuando despierto, cuando los sueños me devuelven como un paquete al mundo, cuando igual que un ejército de hormigas la conciencia logra encontrar el orden y se coloca en su lugar, siento un dolor que me lepra el alma, un dolor agudo que me perfora, como una ráfaga, capaz de aniquilación total, punzante, un dolor que tendré aún que soportar algunas mañanas. Recién la ducha va disipando las nebulosas, y te encuentras cantando de puro triste, de pura desesperación, no de alegría, no de locura, multiplicándote en la espuma del jabón, escuchando desde las paredes el eco de tu propia voz, mientras también te lamentas, despotricas, porque hombres son lo que falta en este país de borregos. Hombres de verdad, no sólo dispuestos sino capaces. Hombres con hígados a prueba para impedir las cosechas, para incendiar las plantaciones; para defender a balazos su sagrado derecho a la propiedad, para meter sus uñas y aferrarse a las tierras que guardan el polvo de tantas generaciones de su sangre, para matar sin piedad a los nuevos bucaneros, para destruir las maquinarias de sus fábricas, para aniquilar pieza por pieza las imprentas, para volar los puertos, los trenes, los aviones, para demostrar, en fin, que los países no se improvisan, no surgen de la nada, para que los invasores no se alcancen a llevar a la boca la breva

pelada, que la cultura, señores, no se hace de un día a otro tampoco, que no están los manjares servidos y puestos en la bandeja, y te arrepentirás, Lily, de quedarte, aunque tú siempre te quedas, la inercia te hizo presa desde chica, desde cuando no quisiste aquel verano cambiar oro por plata y seguiste sumida en aquel infierno de San Miguel, te arrepentirás apenas empiece lo duro, cuando tengas que hacer cola para el pan, para las naranjas, y las cremas que usas no estén en el mercado, cuando a tus hijos les vayan diciendo en el colegio que no hay Dios, cuando al imbécil de tu marido le quiten hasta las ganas, te arrepentirás y acuérdate entonces de que tienes un hermano y veremos si podré ayudarte, no es seguro, porque soy chileno y éste es un país de gallinas, no. Diles que sí, Lily, diles que sí a todo. Eso es lo que falta: hombres, tipos de pelo en pecho, patriotas decididos que le hagan la cruz a la rotada agresora, que ofrezcan desinteresadamente sus vidas por la única buena causa. Un tipo solo está frito, no puede decir las cosas como son, en consecuencia, me voy, abro todas las ventanas y todas las puertas y me voy. Antes, por supuesto, como un pequeño gesto, una pequeña ofrenda a los valientes, entraré en algún bar céntrico, me dirigiré a los servicios y con un plumón negro que ya compré, escribiré sobre la pared, más arriba del lavatorio: ¡Muera Allende, viva la libertad!

CARTAGENA, enero de 1971.

## Indice

---

MAS ACA DE LAS NUBES .....	7
COMO BUEN CHILENO .....	15
LORO LA MILONGA .....	25
YESTERDAY .....	39
LAS ARAÑAS .....	51
ABRANME LA PUERTA .....	57
ADIOS A LA CANDELARIA .....	69
ANESTESIA .....	91
SER ALGUIEN .....	95
ESTRIBO AMARGO .....	101
FELICES .....	113
SU MAÑANA .....	125
NO ME CULPE .....	135
LA QUIMERA DEL ORO .....	143
BAJO LA DUCHA .....	149

VIVARIO

de Poli Délano

se terminó de imprimir el día treinta de Septiembre de mil novecientos setenta y uno en los Talleres de Arancibia Hnos., C. Alvarado 2602. Santiago de Chile.



**POLI DELANO** es el más prolífero y uno de los más destacados valores de la narrativa chilena joven. En apenas un poco más de diez años de labor literaria desde su primer libro, "Gente Solitaria", ha publicado siete obras y obtenido los más importantes premios que otorga el país a los géneros de cuento y novela. Aunque es un escritor profundamente interesado por la vida santiaguina y por el enjambre de personajes

que pueblan esta ciudad, sus múltiples viajes por varios continentes tienen también algunas de sus narraciones y así, de pronto, sin que Chile o el chileno estén ausentes, nos encontramos en sus relatos con escenarios japoneses o mexicanos o neoyorquinos.

Delano ha hecho una carrera rápida y segura. Entre sus obras más destacadas se cuentan las novelas "Cero a la Izquierda" (1966), "Cambalache" (1968), "Al que quiera celeste" (1971); y la antología de sus cuentos realizada por Zig-Zag en 1969.